QUEDATE
EN
CASA

Cuentos y relatos cortos de una pandemia

Título: Quedate en casa: cuentos y relatos cortos de una pandemia.

Editorial: Las viudas de Hobsbawm.

Colección: Cuentos y relatos cortos para la prosperidad.

Dirección: Isaías Mario Creig y Alejandro Sebastián Hernández.

Edición y corrección: Fernanda S. Varino Pérez.

Arte de tapa: Fiorella Beltrami Albertario.

Autores: Alejandro Sebastián Hernández, Camila Rafaela Núñez, Claudio Adrián Romeo, Fernanda Salomé Varino Pérez, Giordana Deganis, Gisel Soledad Ares, Gonzalo Ricci Cernadas, Isaías Mario Creig, María Eme, María Martina Alejandra Tolosa, Martín Federico González, Matías de las Carreras, Michael Josch, Natalia Emilce Domínguez, Pablo Agustino Magnino y Rodrigo Andrés Díaz González.

215 páginas, 21x15 cm.

ISBN: 978-987-86-4314-4

Buenos Aires, Argentina. Abril de 2020.

QUEDATE EN CASA:

CUENTOS Y RELATOS CORTOS DE UNA PANDEMIA

“Llega el poeta a la puerta del infierno y lee en ella una inscripción pavorosa:

por mí se va hasta la ciudad doliente,
por mí se va al eterno sufrimiento,
por mí se va a la gente condenada,
la justicia movió a mi alto arquitecto,
hízome la divina potestad,
el saber sumo y el amor primero,
antes de mí no fue cosa creada
sino lo eterno y duro eternamente.
abandonad, los que aquí entráis,
toda esperanza!”

Índice

DESDE ADENTRO

Claudio Romeo

Hacía una semana que la ciudad, y el país, habían comenzado con los preparativos para recibir el año nuevo, las linternas rojas y los mensajes de buena fortuna ya decoraban las calles y las puertas de la mayoría de las casas. Los boletos de tren, avión y bus, estaban agotados desde el pasado diciembre listos para comenzar la mayor migración humana jamás vista.

Día tras día las terminales se fueron llenando de gente repleta de maletas, llenas de regalos y con la ilusión de, finalmente, ver a sus seres queridos, después de un año de sólo verse a través de videollamada.

Feifei fue mi compañera de fila en el tren que abordamos en la estación Hongqiao, en Shanghaicon, destino a Huangmei. Dentro del caos absoluto de toda la gente intentando conseguir cómo acomodar sus maletas, bolsas, cajas y cualquier tipo de cosa empaquetada que llevaran, pude ayudarla con su equipaje y ahí comenzó nuestra charla.

Con el paso de las estaciones supe que Feifei, nacida en el Condado de Huangmei, provincia de Hubei, llevaba dos años trabajando en Shanghaien buscando de mejores oportunidades para ella y para ayudar a su familia que sólo poseían unos pocos acres de tierra dedicada al cultivo. Aún nos quedaban cuatro horas para llegar a destino, con lo que nuestra conversación se extendió placenteramente.

Ella volvía a casa para pasar unas semanas con su familia y yo comenzaba mis vacaciones de año nuevo, el plan para este año era visitar el Gran Buda de Leshan, un Buda de 71 metros de altura tallado en el acantilado del monte Lingyun en el siglo VIII. Comenzando el viaje en Huangmeipara visitar el templo budista de Longquan en el monte Lushan y continuando por una ruta de templos ubicados en Nanchang, Changsha y Chongqing hasta llegar al mencionado Leshan.

Me despedí de Feifei cuando arribamos sin saber que no sería una despedida.

La pequeña ciudad de Huangmei, a orillas del río Yangtze, parecía muy tranquila como cualquier otra ciudad del interior de China, pero pude notar que había algún tipo de tensión en el ambiente que no lograba identificar. Fui directamente al hotel para acomodarme y descansar, el día siguiente iba a comenzar muy temprano y necesitaba estar al ciento por ciento para el ascenso del monte y posterior visita al templo. Cuando me disponía a hacer el check-in pude escuchar al personal de recepción hablar sobre el rumor de una enfermedad, pero cuando les pregunté no supieron explicarme de qué se trataba, así que no le di mayor importancia.

Después de desayunar me puse en marcha hacia Lushan, recorrí un poco el paseo que bordea el margen norte del río hasta llegar al monte donde me encontré con un grupo de “ayis" (calificativo para nombrar a cualquier señora de

mediana edad), haciendo sus características coreografías, escena común de ver temprano en la mañana o al atardecer en cualquier plaza, esquina o lugar público a lo largo y ancho del país.

Una vez iniciado el ascenso ya podía divisar la pagoda en todo su esplendor. Poco me separaba del antiguo templo que al llegar a la entrada me encontré con la grata sorpresa, de que no sólo era sin costo, sino, que gratuitamente también se podía compartir el almuerzo con los monjes si uno lo deseaba.

La vista desde esa cima era magnífica, el Yangtze con sus delicadas curvas guiando al puñado de barcazas que descendían lentamente y un poco más allá el puente Jiujiang le rendía homenaje a la homónima ciudad vecina. Luego de contemplar por un rato la panorámica vista de la ciudad continúe con mi recorrido. Al descender del monte recibí un mensaje de Feifei, parecía un poco raro al preguntarme si me encontraba bien. Le respondí que todo estaba bien aunque no muy seguro sobre de qué me estaba hablando. Aproveché la situación para invitarla a cenar, más que nada utilizando la excusa para verla nuevamente.

De alguna forma me había quedado con la intriga del porqué el mensaje y eso estuvo dando vueltas en mi cabeza por un rato, de pronto recordé lo que había escuchado en la recepción del hotel y pensé que tendría alguna conexión,

después de todo, se trataba de un rumor en una ciudad chica y eso tenía bastante sentido.

Nos reunimos en un restaurante de comida local, y entre conversaciones varias, mencionó que en Wuhan un grupo de personas habían enfermado de una neumonía desconocida. No me pareció algo de qué preocuparse ya que Wuhan estaba como a 200 kilómetros de distancia, y estando en pleno invierno, unos casos de neumonía sonaban de lo más común, pero seguí escuchando ya que lo decía en un tono bastante serio para ser una gripe solamente.

Feifei continuó, estaba entre confundida y preocupada ya que al recién llegar de Shanghái, al igual que yo, no se había interiorizado en lo que estaba pasando. Las noticias locales iban desde neumonía aguda a un brote viral desconocido, desde una docena de personas afectadas a más de cuarenta casos, un puñado de muertos, un mercado de mariscos y animales salvajes, hasta el cierre de emergencia de la ciudad. Continuamos la cena cambiando el foco de la conversación, pero me había quedado pensando en si de verdad era una situación grave o sólo noticias sensacionalistas.

Terminamos la velada y nos despedimos, de regreso al hotel iba decidido a buscar más información en Internet, quizás alguna otra fuente me daría un mejor panorama de la situación. Para cuando llegué a mi habitación estaba

completamente exhausto, así que abandoné la búsqueda para la mañana siguiente.

Una vez levantado preparé uno de esos cafés instantáneos que siempre llevo cuando voy de viaje y me puse a navegar. La información en la red era confusa, había incluso más versiones que las que Feifei me había contado la noche anterior. Una de las hipótesis decía que un infectado trajo el virus desde afuera y luego comenzó a propagarse en el mercado. No se sabía con exactitud pero evidentemente algo estaba pasando. En algún portal leí un artículo que mencionaba una “fuga" en un laboratorio de biotecnología en las afueras de Wuhan, cosa que me paralizó lo suficiente para hacerme olvidar que estaba tomando un café.

Pero la noticia que terminó por alertarme fue, que debido a la situación que se estaba viviendo en dicha ciudad, epicentro del brote de este nuevo y desconocido “Wuhan virus", y con la masiva ola de gente viajando de un lado a otro por la llegada del año nuevo, las autoridades locales habían determinado el cierre de toda la provincia de Hubei para evitar la propagación, este mismo día.

Según mi agenda de viaje, tenía programado dejar Huangmei al día siguiente, pero teniendo en cuenta la inesperada situación de quedar atrapado en esta pequeña ciudad por una semana, un mes o quien sabe cuánto tiempo, tenía que moverme rápido. Lo único que necesitaba era llegar al puente

Jiujiang, cruzar el río, y ya me encontraría a salvo del confinamiento en otra ciudad y en otra provincia.

Empaque todo rápidamente y dejé el hotel. Estuve intentando por alrededor de 20 minutos parar un taxi pero me fue imposible, absolutamente todos estaban ocupados, algo extraño para ser un día de semana por la mañana en una ciudad tan pequeña. Un poco más tarde me iba a dar cuenta que no era tan extraño. Decidí cargar mi mochila y caminar hasta el puente que había visto ayer desde el monte, no estaba muy lejos y preferí andar a estar parado esperando. Ya me encontraba bastante nervioso y lo único que quería era salir de ahí cuanto antes. Moverme me daba la sensación de estar más cerca de mi objetivo.

Alcanceé el camino que recorre el río, ese donde un día antes había visto bailar a las Ayis y, casi inmediatamente, el puente apareció frente a mí, quizás a unos 700 u 800 metros de distancia. A medida que me acercaba el tráfico de autos se iba atascando y se empezaba a ver más y más gente, ahí confirmé que la noticia no era un rumor y el plan de éxodo estaba en marcha. Por supuesto, esta vez no vi a las Ayis.

La entrada al puente estaba completamente obstruida por gente y autos que quedaron abandonados. Casi sin poder avanzar, intentaba abrirme paso escurriéndome entre las personas y deslizándome por algún que otro capot. Si bien la calle no era muy ancha, no podía creer la cantidad de

personas que querían cruzar al otro lado del río. Yo estaba solamente de paso y aún no era la hora programada para cerrar las fronteras, pero me preguntaba a donde iría toda esta gente, si con seguridad la mayoría de ellos vivían ahí. Quizás tendrían otra casa en Jiujiang o familiares, amigos o simplemente ante la desesperación de quedar atrapados en un lugar que sería infectado por un virus que a ciencia cierta no se sabía qué tan mortal era, preferían al menos estar del otro lado del problema.

Cuando llegué a China, a los dos meses para ser exacto, tenía ganas de salir a caminar y como ya había visitado la principal calle turística de Shanghai y me había parecido increíble esa combinación de edificios antiguos y torres modernas llenas de luces, quise volver a ir, ésta vez sin saber que lo que iba a encontrar iba a ser una postal totalmente diferente. No tenía ni la más mínima idea de que la primera semana de octubre es la llamada Golden Week, y que cualquier punto turístico estaría atestado de gente de una forma casi inimaginable. Me bastó esa experiencia para nunca más en los años siguientes volver a visitar uno de esos sitios en vacaciones. Aunque está vez nadie estaba festejando nada, la situación me hizo recordar esa imagen por un momento.

Estaba estancado, casi inmovilizado por la masa, que se apretaba queriendo alcanzar el puente. Los gritos y ruidos parecían ser cada vez más fuertes, algo o alguien

estababloqueando el paso, pero no podía ver qué era. Le pregunté a un chico que estaba al lado mío si sabía qué era lo que estaba pasando, pero no estaba seguro, supuse que quizás ya habrían cerrado el paso, pero me dijo que eso estaba pautado para las doce de la noche, tal como yo había leído en la noticia, lo cual hizo confundirme aún más.

El tiempo pasaba y nada cambiaba, por momentos sólo la presión que se sentía de la gente que estaba detrás disminuía un poco para volver con más fuerza. De tanto en tanto el puente ejercía su movimiento natural lo que hacía que uno sintiera que en cualquier momento se vendría abajo.

Aunque intentaba mantenerme calmado, ya estaba impacientándome demasiado. De pronto, como si una puerta se hubiera abierto o cedido por la presión, salimos todos disparados hacia adelante. En ese momento los gritos de protesta que se escuchaban antes, se mezclaron con gritos de dolor, y mucha gente intentaba reincorporarse. Desde el frente se escucharon como disparos y la presión que antes venía desde atrás, ahora venía desde adelante. Todos estaban retrocediendo, pero sólo fueron unos metros.

Aproveché ese movimiento, hizo que la masa se descomprimiera, y entonces me adelanté lo más que pude, estaba decidido a cruzar o al menos intentarlo. Cuando llegué adelante pude ver qué era lo que estaba pasando. Había cedido la primera de dos líneas de contención, la segunda se

encontraba unos treinta metros por detrás y en medio había docenas de policías formados con escudos y algunas patrullas.

Lo primero que pensé fue que por algún motivo se adelantaron, y ya habían activado el protocolo de cierre, pero para mi desconcertante sorpresa, esos escudos pegados uno al lado del otro formando una línea que cubría el ancho del puente, no pertenecían al cuerpo de seguridad local, ni provincial, se leía claramente "Policía de Jiujiang". Lo que sólo significaba una cosa, la ciudad de Jiujiang decidió cerrar el paso antes que las autoridades de Hubei lo hicieran, impidiendo que la gente, quizás para ellos ya infectada, escapase buscando refugio y propagando la infección en la sana ciudad.

La escena era caótica, y empeoró cuando algunos de los que estaban a mi alrededor no se amedrentaron y saltaron el caído vallado para enfrentarse cuerpo a cuerpo con los uniformados. El pueblo chino en general, y por décadas de imposición, es muy calmado. Pocas veces en estos últimos años se han visto reacciones colectivas y lo poco que se vio, fue gracias a los teléfonos móviles. Ésta parecía ser una excepción.

Al grito de Huangmeijiayou ("Vamos Huangmei"), se abalanzaron contra los escudos. En cuestión de segundos una avalancha de gente tomó el espacio libre detrás del vallado como una horda de guerreros bárbaros, golpeando con lo que tenían a mano. Los uniformados retrocedían metro a metro,

algunos perdían sus escudos y eran golpeados con los mismos en manos de los civiles.

Si no hubiera sabido que la infección no había llegado a Huangmeiaún, hubiera creído que ya estaban todos infectados por el virus y querían comerse a sus vecinos. Me dejé llevar un momento por todas las películas de zombies que vi, dado que la situación era realmente de película zombie clase B, sólo que en este caso, la horda que quería atacar desesperadamente, eran la de los sanos.

La batalla no amainaba, y cada vez se acercaban más a la segunda barricada. La gente completamente enfurecida comenzó a destruir las patrullas, estallaron sus vidrios, las patearon, saltaron sobre ellas y las volcaron. La violencia crecía a cada segundo, no podía creer el espectáculo del que estaba siendo testigo. En China, en un lugar tan tranquilo, que se estuviera desatando terrible conflicto.

Quizás producto de la poca información que se tenía sobre el virus, o solamente llevados por el miedo y la paranoia del fantasma del brote de SARS ocurrido años atrás, los ciudadanos enloquecieron buscando protegerse como sea. El caos era tal que fue cuestión de tiempo para que la policía de Huangmei llegara, arribaron una docena de móviles y otros tantos de personal uniformado. Ahora sí, definitivamente, no sabía que esperar, estábamos en el medio de dos frentes.

Los recién llegados se abrieron paso hasta la entrada del puente, dispersado a la gente que todavía intentaba avanzar, y se posicionaron. Por megáfono comenzaron a pedir que se tranquilizaran y se retiraran de la zona por voluntad propia. Lo cual precisamente no estaba sucediendo,tal vez por la propia adrenalina del momento, ni siquiera habían escuchado la orden. Pero el mensaje se repetía una y otra vez, hasta que lentamente, algunos comenzaron a abandonar el lugar.

Como pude, retrocedí para irme también y buscar otra vía de salida. Trataban de dispersar a la gente para hacerse paso y no hubo que esperar tanto, porque antes de que pudiera salir de ahí, un grupo de oficiales avanzó por el medio del lugar hasta llegar directamente a donde estaban los agentes de Jiujiang. Se detuvieron y comenzó un diálogo, que parecía poco protocolar para tratarse de una comunicación entre fuerzas de diferentes jurisdicciones.

Más actos vandálicos contra la policía.

Los gritos eran cada vez más fuertes, algo iba a pasar y ese algo no era bueno. Estaba claro que el enfrentamiento del puente pasaría de civiles contra policías a policías contra policías. Y casi tan rápido como llegaron los nuevos oficiales, estalló el nuevo conflicto. Se golpearon unos a otros, los civiles retrocedían y los oficiales se trenzaban en una riña que jamás hubiera imaginado presenciar. Caían al suelo, se levantaban, volvían a caer y forcejeaban con los escudos hasta

que llegó la fuerza anti disturbios de Huangmei y comenzó a arrestar a los agentes de Jiujiang.

En ese momento no pude imaginar cómo iba a terminar ese caos, pero no quería que me arresten, así que como muchos otros, me retiré inmediatamente. Ya habían pasado horas desde que llegué al lugar, y por lo visto, la situación no iba a mejorar, así que antes de que empeorara aún más, decidí que era el momento de retirarme del puente.

Esquivando gente me alejé unas cuadras hasta que todo estaba relativamente calmo. Tenía hambre, estaba ansioso y molesto por lo que había vivido desde la mañana, tenía que reorganizar mi plan y no contaba con mucho tiempo. No quería demorarme parando para comer, pero necesitaba también un momento de calma para tranquilizarme y pensar. Encontré cerca de donde estaba un pequeño restaurante y hacia allí fui. Ordené lo primero que estaba en el menú, poco me importaba realmente elegir tal o cual plato, los minutos parecían correr más rápido desde que me había alejado del puente.

Busqué en mi teléfono un mapa para ver dónde estaban ubicados los demás puentes que me sacaran de Hubei. Al ser una zona bastante rural alrededor sólo hay campo y pequeños poblados, El cruce más cercano que tenía estaba a unos veinte kilómetros en Xinzhou. No estaba seguro de cómo estaría la situación ahí, pero no tenía más opciones. Esta vez, en lugar

de esperar un taxi que posiblemente nunca pararía, pregunté en el restaurante por uno clandestino o por alguien que quisiese hacer un viaje y ganar algo de dinero. Rápidamente la señora que atendía salió hasta la calle y llamó a un muchacho que estaba sentado en la vereda de enfrente, quien supongo era su hijo. Hablaron un momento y el muchacho dijo “muy bien, vamos”, mientras señalaba un auto negro estacionado a pocos metros. Agarré mis cosas, agradecí a la dueña del lugar y me subí al coche. El interior del vehículo estaba impregnado de un olor a cigarrillo que haría vomitar a más de uno, si es que ya no había sucedido. La tarde estaba fría pero preferí mantener la ventanilla baja.

El conductor de nombre Ling comenzó con las preguntas de rutina, esas que sólo cambian el orden pero siempre son las mismas que hacen cuando ven a un extranjero, especialmente en lugares como estos donde no es muy habitual.

"¿De dónde sos?”

“¿Hace cuánto tiempo estas en China?”

"Hablas muy bien chino"

Y acto siguiente te convidan un cigarrillo.

Si bien el tráfico no estaba muy congestionado, le dije que se apresurara, y como en OverThe Top, SylvesterStallone interpretando a Lincoln Hawk se daba vuelta la gorra para

ganar la pulseada, mi chofer comenzó a conducir velozmente esquivando todos los coches que tenía delante. Ahí recordé que decirle a un conductor que se apure es un arma de doble filo.

No controlé cuánto tiempo tardamos en llegar, pero creo que no fueron más de unos pocos minutos. Nos dirigimos hacia la entrada principal del pueblo, que para nuestra sorpresa ya estaba vallada. Mi cara lo debe haber dicho todo porque no pude exclamar ni una palaba, Ling me miró y hubo silencio. Si bien la hora del cierre se acercaba cada vez más, se suponía que era sobre los bordes de la provincia y nosotros estábamos moviéndonos dentro de ella. No entendía el motivo de esa barricada, ni tampoco de que no hubiera policías o agentes de tránsito, quizás todavía estaban en el puente de Jiujiang. Como fuera, no podíamos pasar con el auto y todavía faltaba para llegar a destino.

El hábil Ling sin perder un segundo más me dijo “no te preocupes, conozco otra entrada". Una pequeña luz parecía encenderse con sus palabras. Retomó por un camino que salía hacia la derecha, atravesamos unas casi desmoronadas casas y el campo arado se abrió ante nosotros. El camino estaba en bastantes malas condiciones, pero ese pequeño coche parecía poder soportarlo.

Las edificaciones volvieron a aparecer lentamente y me indicó que era ahí. Desde donde estábamos no se veía nada

fuera de lo normal hasta que llegamos a la primera esquina y ahí estaba, una calle que hacía de entrada secundaria y no estaba vallada como en la entrada anterior. El corazón se me salía del pecho, no por la alegría de poder pasar, si no porque no daba crédito de lo que había delante nuestro.

Cuatro tipos bloqueando la calle con la cara cubierta con una mascarilla quirúrgica portando cada uno una lanza. Sí, una lanza como esas que alguna vez se usaron en las batallas que cuentan los libros de historia. Quedé atónito. Nomás el coche se detuvo, dos de ellos se acercaron portando sus armas de defensa y abordaron ambos lados de auto. En este punto ya empezaba a creer que lo de los zombies era real. “No pueden pasar,” dijo uno, “vengo a llevar al extranjero hasta el puente para que pueda cruzar a Jiangxi,” dijo Ling, pero le respondieron que “nadie que no sea de Xinzhou puede entrar, todas las entradas estaban cerradas, el otro con lanza en mano permanecía en silencio.

Chen quiso bajarse pero el centinela no le permitió abrir la puerta, así que continuó hablando desde adentro tratando de convencerlo. Le convido un cigarrillo, pero ni eso hizo que se relajara y accediera a su petición. “El virus se está expandiendo por todos lados y nuestra gente no está infectada,” dijo en tono más serio. Yo me preguntaba cómo estaba seguro de eso, pero claramente no iba a preguntarle y correr el riesgo que empezara a atacarnos con su rústica arma.

Nos miramos con Chen y sin decir nada supimos que no íbamos a poder continuar. Sentí un vacío por dentro y un ataque de pánico me invadió, las manos me sudaban, no podía ordenar todas las cosas que me pasaban por la cabeza al mismo tiempo.

¿Era tan mala la situación?, ¿Cuánto tiempo iban a tardar en levantar el bloqueo?, ¿Era sólo una neumonía?, ¿El virus estaba acá también?, ¿Y si ya estábamos infectados y no lo sabíamos? Lo que me había contado Feifei, el mercado de animales, el laboratorio, la gente muerta.

Todo era muy confuso y nadie parecía saber exactamente qué pasaba, la paranoia nos había alcanzado a todos y cada uno hacía lo que podía para cuidarse. Estaba por oscurecer y ya no tenía ni esperanza de lograr salir de Hubei, por lo que volvimos a Huangmei. El mismo camino que antes me había parecido tan corto, esta vez fue eterno, durante el viaje seguía pensando en cómo iban a ser los próximos días, estaba asustado, tenía miedo, me había resignado… iba a quedar confinado en un hotel, lejos de casa, por quién sabe cuánto tiempo.

Ya pasaron 34 días desde el día que cerraron la provincia. La situación empeoró día tras día, los casos de contagio y el número de muertos se incrementan a un ritmo escalofriante. Los mercados y tiendas de abastecimiento quedaron vacíos y ya no se consiguen suministros médicos. En su lugar la gente

improvisa como puede, vi máscaras echas con botellas de agua y personas envueltas en gigantescas bolsas plásticas, algo que al principio me pareció extremo, casi bizarro, pero con el correr del tiempo me resultó aterrador. Mantuve contacto con Feifei aunque hace días desde la última vez que me respondió. Las medidas se volvieron más extremas, no sólo estamos confinados en la ciudad si no que ya no se nos permite dejar el lugar que habitamos, el aislamiento es total. Solo un equipo de trabajadores designados a repartir comida y controlar el estado de salud recorre cada vivienda en dos turnos diarios.

Las vacaciones ya no importaban, tendría que esperar para conocer el Buda de Leshan, si es que sobrevivía.







Desmanes en Huangmei



“No se permite el acceso a forasteros”

EL VIRUS DEL MIEDO

Fernanda S. Varino Pérez[1]

[1] Podes seguir a Fernanda en www.instagram.com/fontlima

Estábamos tomando un gin sodic (sí, sodic, así se llama el trago en Sifón, una sodería muy bonita) en la tarde noche del domingo 15 de marzo, con Cami y Diego, cuando entró el primer llamado de alarma: “mañana no vayan a la oficina, esta semana vamos a trabajar desde casa”. Miré mi celular, por si me había llegado algo similar pero no, a mi me llegó media hora después; directo con indicaciones de cómo debíamos hacer esa semana para ir a buscar cosas a la oficina y quiénes no debían asistir. Pasó de repente, no sé si no lo vi o no lo quise ver venir.

El jueves 19 de marzo, cuando la cuarentena fue decretada obligatoria, todo cobró otro sentido. El viernes nos despertó un patrullero con altavoces haciendo aviso de que había que quedarse adentro y que cualquier persona que esté circulando sin poder justificar qué estaba haciendo en la calle, podría ser demorado. Era un viernes de sol pero lo viví como un día gris.

Los helicópteros. Las calles vacías. El marcador de personas afectadas. Trabajar desde casa. Todo era extraño y generaba en mí una sensación de incertidumbre, la cual me prometí transitar sin ponerme a llorar como nena chiquita, pues, como empleada de salud tenía que estar entera, como ser humano y en lo personal… eso lo vería después.

Un, dos, tres y así los días. Al principio tuve miedo. Miedo de ese que te cala hondo los huesos, no sólo por el virus, mis miedos siempre se generan adentro de los lugares que habito y éste, no fue la excepción.

Llevamos dos años saliendo y creo que desde el día dos de conocernos que dormimos juntos y hacemos que convivimos pero siempre con la ventaja de que si une se cansa o lo que fuere, el otre puede irse a su casa. Esta vez, por decisión de ambos, íbamos a pasar la cuarentena juntes. Así, rápido, todo tenía sentido… ¿por qué no íbamos a pasarla juntos si prácticamente estamos juntos siempre?

Pero en frío, cuando me desperté la mañana del sábado 21 de marzo y me senté al borde de la cama antes de levantarme y después de darle un beso como de costumbre mientras seguía dormido, me di cuenta que nos esperaban 15 días de desafío: 24 horas juntos, encerrados en un monoambiente de cuarenta metros cuadrados, sin ver a otras personas, trabajando, comiendo, existiendo, etc.

Montamos dos oficinas y me encargué de que tengamos matecito, tecito y caramelos, para simular mejor un lugar de trabajo. Le hice chistes de que me ponía nerviosa trabajar con un compañero tan lindo en frente y él se encargó de que mis miedos se diluyan poco a poco con el pasar de los días.

Un día antes de que termine el aislamiento social obligatorio, Alberto Fernández salió en la tele a decirnos que no se acababa, que 15 días más. Volví a sentir miedo.

Un, dos, tres y así los días del segundo tramo de cuarentena. Nos acostumbramos a la oficina en casa, a turnarnos para salir a comprar, a reírnos del poco espacio, a vanagloriarnos de tener un balcón de uno por uno pero que a la mañana nos da el sol, a bancar la chinchudez del otre. Nos acostumbramos o simplemente entendimos que el mundo como lo conocíamos ya no lo era más.

Un día volvió del supermercado y sacó de la bolsa un esmalte. Él, que es un anti de los sentimientos me había escuchado quejarme de no tener un esmalte para pintarme las uñas y volvió con uno. La cuarentena, además de ablandarlo a él, me hizo pensar a mí que no hace falta que me diga que me quiere todo el tiempo, que el amor son esos pequeños gestos y recordé que de mi parte el amor es dejarle siempre el toallón más mullidito.

Dos días antes de que termine la segunda parte de la cuarentena, Alberto Fernández, quien para esta altura ya me había hecho sentir orgullosa de demostrarle a los indeseables de siempre la importancia de un Estado presente. Alberto, quien con sólo cuatro meses de asumido como presidente tuvo que afrontar esta pandemia mundial y puso a todo, absolutamente todo, el aparato estatal al servicio del

ciudadano, volvió a decirnos por televisión que la cuarentena, no había acabado.

Un, dos, tres y sigo tachando días de este tercer tramo. A él le llegó un poco más tarde, el día 24 de la cuarentena para ser más exactos, esa inquietud y negatividad frente a lo acontecido. La incertidumbre de no saber qué sucederá más antes que después con todo, y entonces llegó mi momento de no tener más miedo, no al menos adentro, porque si algo aprendí en este tiempo es que cuando une está mal, el otre tiene que estar bien para sostener, para contener, para acompañar.

EN CASA CON SU MARIDO

Michael Josch[2]

[2]Podes seguir a Michael en www.instagram.com/michaeljosch/

Me acostumbré a pensar que el resto piensa que no veo. Que estoy acá, inmóvil, cuando yo, además de ver, también escucho.

Hace siete años que llegué acá.

Buena parte de mi vida la pasé sin ver la luz. Recuerdo –algo fugaz y distorsionado– estar rodeado de máquinas, movimientos, ruidos y gente que iba y venía; nunca supe bien a dónde. Me miraban extraño. Después, fueron pocos los recuerdos vivos; la oscuridad encandilaba. Mi hermana, mi primo y yo estábamos juntos, pero separados. A mi primo y a mí nos dejaron al lado. Mi hermana quedó abajo, entre la muchedumbre, y en silencio. Percibí, durante toda la travesía, que lloraba por las noches. También por las mañanas. Ella fue siempre mucho más sensible que yo.

Llegamos con la ilusión de volver a juntarnos y ser, de nuevo, una familia. Reencontrarnos. El deseo se esfumó por culpa de otro que nos robó el vínculo y se la llevó para otro lado. Nos robó todo, pero jamás los recuerdos; eso nadie puede hacerlo.

Desde hace siete años que no sé más nada de mi hermana.

A mi primo se lo llevaron unas semanas después, justo cuando empezábamos a acomodarnos, a acostumbrarnos a esa nueva realidad. Me separaban de mi familia en cuotas.

Esa palabra la aprendí porque, un día, a mí también me llevaron de esa manera: en cuotas.

Tal vez, en esta vida, todo se paga en cuotas y yo recién me enteraba.

–Vamos a tener que llamar a un técnico, Mónica –escuché apenas volví a ver la luz–. ¿Sabés lo que debe ser conectar esta máquina?

–Hacé lo que quieras, Dani… Necesito que esté funcionando para el lunes porque hay un montón que lavar.

Mónica y Dani me depositaron dentro de un lugar deshabitado hasta que llegue el técnico, así dijeron.

Durante estos siete años, pasaron por mí una infinidad de productos: jabón líquido, en polvo, agua, sábanas, toallas sucias, húmedas, con sangre, llenas de crema y hasta con espermatozoides de regalo, que siempre me costó mucho despegar. Los bóxers del señor Dani, los rayados –sus preferidos–, algunos arrugados, gastados y agujereados. Los corpiños gigantes de la señora Mónica y sus tangas rojas –también gigantes– de encaje. Lavé hasta ropa que no era de ellos, tamaño de niños. Ropa de deporte transpirada con un olor repugnante. Ropa negra, mucha ropa negra. Ropa blanca. Pantalones de cualquier color. Cierto día me pregunté cómo les daba para usar ese tipo de cosas.

Lo más divertido de lavar los pantalones –o jeans, como le dicen ellos– son las cosas que aparecían en sus bolsillos. Casi siempre se desprendían papeles con números, palabras, rostros de gente o animales. Recuerdo el día en que lavé muchos de color verde. Me divertí tanto, los hice volar por el aire y los llené de espuma. Ellos no se separaban, eran más bien tímidos, pero me lo terminaron agradeciendo. Muchos de los que entran en mí arrancan de esa manera. Pasamos un buen rato hasta que escuché gritos enfurecidos del señor Dani.

–Mañana la rajo –le comentó a Mónica–.Yo te dije que nos estaba robando y no me escuchaste. Son más de tres mil dólares, querida.

–No sé qué decirte… echala. Vos querés escuchar eso. Echala, Dani: e-cha-la. Para mí, no es ella, no tuvo la culpa. Carmen es de confianza, vio nacer a Damián, a Cami… pensá un poco. Le regalaste una cartera Gucci original y ella no sabía ni lo que era.

–Y no sólo eso. Toda la ropa que sacamos siempre se la damos… siempre cobra a tiempo, nunca un no. ¿Y si es… cómo se llama la que viene los miércoles?

–Verónica.

–Es Verónica. Ya te lo digo. Esa sí que es una muerta de hambre.

–No me gusta que hables así de la gente.

–No te hagas… que vos pensás lo mismo.

Al miércoles siguiente, Verónica abandonó la casa sin muchas explicaciones por parte de su patrón. Verónica se sumaba a la extensa lista: Selva, Fátima, Norma, Gladys, Eva, Yolanda, Antonia y Janette.

El señor Dani nunca supo las atrocidades que ella le contaba a Carmen cuando estaban solas en el lavadero. Cada miércoles, cuando se acercaba hasta mis ojos para depositar las sábanas de la señora, ella nunca lo supo, pero yo le miraba los moretones que escondía por el hombro y que se lograban disimular gracias al delantal celeste. Contaba Verónica que le suplicaba por favor a su marido que en la cara no le pegara para que, al día siguiente, pudiera ir a trabajar. Le recordaba que ella era la que mantenía la casa mientras que él se la pasaba tomando como un hijo de puta, mientras que su hijo estaba a punto de repetir de año.

Por eso su esposo acataba las órdenes: en la cara no, pero en el resto del cuerpo sí.

Fue tarde, muy tarde, para cuando Carmen lo llamó a su patrón:

–Señor, mire… –y le mostró con cierta vergüenza algo que, tal vez, jamás tendría de nuevo en sus manos–. Encontré esto en el fondo del lavarropas.

Carmen parecía inmune al mirar cómo pasaban, sin gloria y con pena, el resto de sus compañeras. Pero un día llegó algo inesperado para todos. Incluso para mí, que tuve que adaptarme a nuevos vocabularios que repetía el periodista de la televisión que le habían instalado a Carmen en su habitación y que era su compañera en los silenciosos días de una casa de cientos de metros cuadrados mientras sus patrones trabajaban. "Es oficial: el presidente anunciará una cuarentena obligatoria para todo el país", repetía el periodista. Carmen, descreída, continuó planchando y yo, en simultáneo, lavaba las remeras deportivas del señor Dani. Mónica llegó, como todos los días, la saludó y le dijo que se iba a la clase de yoga, que si hay llamados que los deje anotados, como si Carmen no supiera que debía hacer eso.

Dani apareció y se estacionó frente a mis ojos. Logré ver sus patas esqueléticas. Escuché todo.

–Carmen, la cosa se está poniendo difícil afuera… todo este tema del Coronavirus, ¿viste? Hay que quedarnos en casa, cada uno en la suya. Cuidarnos entre todos.

–Pero, señor…

–Yo tampoco voy a trabajar, eh… nadie. Mirá que para que yo no trabaje… Esto es una cosa mundial. Y no te preocupes por el sueldo, ahora te voy a dar para que tengas. Si necesitás más, lo hablamos. Por lo pronto, hay que mantenerse guardados. Sólo te voy a pedir un favor antes de que te vayas, enseñame cómo se usa el lavavajillas, el lavarropas, secarropas… ¿tenemos algo más? Espero que no sea mucho tiempo, pero el que sea… vamos a tener que usar esto –le dijo sin ánimo y me miró.

–Enseguida le enseño… Bueno, por lo menos va a aprovechar para estar más tiempo acá que siempre llega tarde y cansado.

Dani esbozó una leve sonrisa y le dijo que, por un lado tenía razón, que la cuarentena viene bien, pero que por otro lado… ella no sabe cómo es Mónica en realidad.

–Es exigente la señora, sí... Créame: la conozco mejor que usted. Son años.

–No tengo dudas, Carmen. Bueno, a ver, mostrame…

Carmen se agachó, abrió mis ojos, la tapa, y le dijo:

–Este es el lavarropas… se lo presento.

–Estás chistosa –le dijo Dani.

Y después de siete años, conocí a mi patrón. Pelo blanco, raya al medio y la cara, al igual que sus bóxers, arrugada. Sus ojos cristales me penetraban. Se subió los anteojos que le colgaban de su remera, esa que decía Armani. Yo la conocía bien. Trescientas cuarenta y dos fueron las veces que la lavé: conté todo, soy una máquina. La había lavado dos días antes, pero nunca había tenido el privilegio de ver cómo quedaba puesta.

Carmen le enseñó a usarme con el cariño y con la paciencia que sólo Carmen podía aplicar "Acá, pone el agua… después lo cierra". "Siempre los productos de limpieza están en ese placard, mire". "Es importante que apriete este botón, sino… no va arrancar".

–Carmen, tampoco soy un idiota… –le dijo en confianza.

Después del tour por el lavadero, fueron a la cocina y ahí dejé de escuchar.

Carmen volvió para buscar sus cosas. Realizó un Padrenuestro, se saludó con Dani y Mónica, y salió.

Quedamos ellos dos y yo.

Los días pasaron. Habían cerrado mi puerta y no escuchaba nada; sólo el silencio. Hasta llegué a sospechar que ellos tampoco lo hacían entre sí. La televisión, sin Carmen, no

había vuelto a encenderse. No supe más del mundo por un tiempo. Y el mundo tampoco de mí.

Llegó el señor Dani una noche de domingo con una remera blanca un poco grande y un short azul con tres tiras –después de que el presidente decidiera extender la cuarentena– y, apático, abrió la tapa y tiró un arsenal de toallas, ropa negra, medias, tangas de Mónica. Lo hizo en un solo movimiento.

–Todo junto no, eh. Sólo ropa negra –le gritó ella desde lejos, como si lo hubiera estado vigilando.

Dani chistó y sacó todo hasta dejarme sólo la ropa negra.

–Obvio, Mónica… ¿qué te pensás?

Cerró la tapa y realizó el procedimiento que le había enseñado Carmen. Abrió el placard, agarró el jabón líquido… todo al pie de la letra, y salió susurrando que no veía la hora de volver a trabajar. Volvió después de un tiempo a confirmar que ya estuviese listo el lavado y así pasar la ropa negra al secarropa para, ahora sí, poner las toallas.

–Qué maravilla… –se dijo–. ¡Mónica! –la llamó atónito–. ¿Vos sabías que el lavarropas también seca? No entiendo para qué tenemos un secarropas adicional. Esto es increíble.

–¿Qué decís…? –contestó Mónica, en camino.

Por fin pude conocerle la cara a mi patrona. Tenía el pelo del color de sus tangas; se ve que por eso le gustaban tanto. Lo usaba corto.

Metió su mano y sacó algunas remeras. Las olfateó.

–Esto sigue igual –le recriminó.

–Imposible, querida.

Mónica dio un portazo tan fuerte que me dolió.

–No me digas que… –apretó el botón y arranqué a lavar, a girar, a ser feliz–. Sos tan boludo a veces… –le dijo a su esposo y salió.

El señor Dani, con los brazos en la cintura y mientras se acomodaba sus mechones, me miraba dar vueltas.

Él y yo lo sabíamos. Carmen lo había vaticinado.

Dani se mordía los labios. Estaba desesperado.

Su propia casa lo encerraba cada vez más.

Sólo pensaba en volver a trabajar.

Yo pensaba en Verónica, en que andaba en su casa con su marido y que, aprovechando que no tenía que ir a trabajar, ahora podría pegarle en donde se le antojara.

Era un secreto que compartíamos con Carmen.

LAS VENTANAS

Tite Ares[3]

[3] Podés seguir a Tite en www.instagram.com/crestafloja

—Son unos soretes! ¡Estoy harta! Me tienen a manzanas, estoy con una nena, ya llamé a la policía— Escucho mientras miro La ley y el orden. Pongo en silencio el televisor, abro la ventana y me asomo. Veo que algunas siluetas empiezan a aparecer. Reconozco a una chica. Estuvo conmigo en los dos aeropuertos y mientras esperábamos bajar del último avión la vi sentada dos filas atrás mío. Me llamó la atención porque se reía mucho y en épocas de virus y encierros, reírse es una virtud. Ahora no se ríe, está asomada, nos miramos, creo que nos miramos, es de noche y no se ve bien, puede que esté mirando a la ventana de al lado. —Qué bardo— dice, me río.

Escucho que la mujer sigue gritando, viene de abajo, dice que está en el tercer piso, yo estoy en el noveno, no llego a verla. Alguien le responde ¿Querés que te pida un delivery? ¿Te hago un pedido al super? y así se van sumando otras ventanas ofreciendo cosas, comida, contención. Le dicen que seguro nos largan antes, que es por prevención, que aguante unos días más.

Es la segunda noche que estamos acá, yo ya tuve sueño, hambre, lloré, me calmé, comí, dormí, ya me acercaron mi mate. Pienso que es una pavada, pero a la vez, despertarme y desayunar con mi mate de madera y mi bombilla chata me da un calor de hogar bien cursi y empalagoso. Yo también estuve enojada como esa mujer que gritaba, cuando tocaron la puerta

de la habitación y en lugar de encontrar mis valijas, encontré una bandeja con un café y una barrita de cereal, lo tomé como una señal para que me fuera acomodando, iba a pasar un largo rato ahí.

Al aterrizar había sentido alivio, estaba más cerca de mi casa. No me importaba no poder salir, sólo quería abrir mi puerta, oler el difusor de vainilla, acostarme en mi cama, escuchar al vecino de al lado que abre la ducha a las seis de la mañana. Toda esa imagen se me borró cuando nos separaron en grupos para hablarnos, mi casa se alejaba. Se me caían las lágrimas, aunque se me caían hasta ahí nomás, al salir de los ojos tocaban el barbijo y lo rodeaban, mojando los bordes. La nariz se me llenaba de mocos y mientras buscaba un pañuelo me acordaba de cómo sacarme el barbijo sin tocarme la cara, sentía que me ahogaba. Me pidieron que avanzara en una fila hasta un micro, ahogada y con los bordes del barbijo mojados; cuando me senté y pude sacar un pañuelo sentí un poco de vergüenza, el micro estaba lleno de gente, nadie estaba yendo a su casa, pero yo era la única que lloraba.

Me acuerdo de esa sensación y pienso que la mujer que grita en la ventana se está ahogando en su habitación. Veo todas esas ventanas abiertas para recordarle que todes nos ahogamos en algún momento desde que llegamos. La mujer deja de gritar, cierra la ventana y no la escuchamos más. Me gustaría poder ir a tocarle la puerta y darle un mate. El resto

de las ventanas se cierran de a poco. La chica que reía se queda hablando con alguien que está en la habitación de arriba mío.

Cierro mi ventana y vuelvo a ponerle volumen al televisor. El capítulo de La ley y el orden ya terminó.

EL OTRO LADO

Martina Tolosa[4]

[4] Podes seguir a Martina en www.instagram.com/martinatolosa/

Cuarentena año 12 / día 354.

Mañana llega Lucas. Estoy desesperada por verlo: no sé cuánto tiempo ha pasado ya. La última vez que hablamos, le mandé abrazos por correo. Le llegaron al instante, pero no es lo mismo que abrazar en serio. Ninguna tecnología, por más avanzada que sea, puede reemplazar el contacto humano.

En tres meses se cumplen trece años de la pandemia. Tengo recuerdos difusos, como si el bicho hubiera acabado —también— con mi memoria. Lo poco que me acuerdo es lo siguiente: la manera desesperada en la que intentábamos aferrarnos a cualquier cosa que nos hiciera sentir normales. Yo, por ejemplo, seguí vistiéndome como si fuera a trabajar los cinco años siguientes. Cinco años, por Dios. Ernesto se reía de ese hábito, creo que lo que él quería conservar era su costumbre de reírse de las desgracias. No pudo hacerlo por mucho tiempo. Cuando perdió la cordura y saltó desde el onceavo piso, no lo hizo riéndose.

Los años siguientes a su muerte fueron espantosos. Lucas ya estaba viviendo en el sur. Fue imposible para él venir para el velorio de su padre, de hecho, también fue imposible velar a su padre. Cuando el virus mutó, las muertes empezaron a acumularse así que ya nadie podía darse el lujo de ser velado. Ernesto fue a parar a la fosa común, como cualquier hijo del vecino.

“La muerte no conoce de clase social. El virus mata por igual al pobre y al rico, nadie tendrá acceso a una tumba exclusiva”. Eso dijeron desde el gobierno. No sé cómo alguien podría soportar ser enterrado al lado de algún indeseable. Por suerte, desde hace algunos años, en Este Lado el gobierno asegura tumbas privadas para todos sus ciudadanos. Lástima que tuvimos que pasar por la fosa común para que se dieran cuenta. Pobre gente.

Ya estamos listos para Navidad. Pude conseguir algunas cosas. Acá es más fácil. Gracias a Dios, Ernesto nos dejó una pequeña suma que alcanzó para quedarnos: si no se hubiera suicidado, nos tendríamos que haber mudado a El Otro Lado.

Creo que nadie se acuerda de quién es Jesús. Pero la navidad no nos la han quitado.

355

No sé qué hacer: Lucas no llegó. Su avión aterrizó perfectamente, sólo que él no estaba dentro. Estuve llamándolo todo el día, intentando contactarlo por todos los medios posibles. Sus amigos no saben dónde está: todos ellos viajaron para pasar las fiestas con sus padres. El dron que envié a su casa la mostró vacía, pero perfectamente ordenada. Esto fue planeado, puedo intuirlo. No sé dónde pudo haberse metido, no entiendo por qué no contesta a mis formas de

contactarlo. Tuve que salir corriendo por las calles de Buenos Aires hasta la Nueva Policía (NP), quienes enviaron un móvil a su casa del sur para corroborar lo que yo ya sabía. Me consultaron si sería posible que Lucas se fuera al Otro Lado. ¿Qué mierda les pasa? ¿Por qué mi hijo se iría con esa plebe? No pude evitar reaccionar: les grité que estaban locos, ellos no conocen a Lucas. Él sabe todo el esfuerzo que tuve que hacer para quedarnos en este lado. Y si no lo sabe, debería imaginárselo.

356

El gobierno decoró todas las calles de Buenos Aires; se parece a Nueva York en sus buenas épocas. Hay un árbol de navidad enorme, flores por todos lados, puestos de comida navideña, las veredas están decoradas con hojas de oro puro, incluso armaron algunos monumentos impactantes. La gente anda vestida con sus mejores ropas, las mujeres maquilladas, no se ve una sola persona en malas condiciones estéticas en todas las calles: hace años que no veía algo parecido.

Ojalá pudiera disfrutar toda esta parafernalia, pero no sólo Lucas sigue sin aparecer, sino que me contacté con Melina y me confirmó lo peor: Lucas se fue al Otro Lado.

—¿Por qué haría eso?— le pregunté, sollozando, a mi hija.

— No todos son tan egoístas como vos, Helena. Algunos no estamos de acuerdo con esto. Por favor no me llames más, ya no sé cómo decírtelo.
— ¿No me digas que se fue por esa estupidez que repetía sobre la inequidad?
— La gente se está muriendo del otro lado. No es necesario que yo te lo diga.
— No es problema mío, ni de Lucas.
— Chau, Helena.

Hace varios años que Melina se niega a decirme “mamá”, supongo que desde que se enteró de la verdad o al menos de lo que ella considera que es la verdad. Es una cosa de locos dar todo por los hijos y que ni siquiera te reconozcan como su madre. ¿Cómo es posible que ellos no agradezcan ni admitan los sacrificios que una tiene que hacer?

Me sorprende a medias lo de Lucas: siempre tuvo esa especie de rebeldía, ese impulso estúpido de cambiar un mundo que no puede cambiarse y que ya está bien como está. Cada uno tiene lo que merece: no hay mucha más vuelta que darle. Yo siempre creí que era una forma de rebelarse ante mí, pero —esta vez— llegó demasiado lejos.

Para llegar al Otro Lado, hay que tomarse un avión hasta el norte de Este Lado y caminar cuatro horas hasta la frontera. La NP no se hace cargo de los ciudadanos que deciden cruzar: una puede hacerlo con libertad, siempre y cuando al regresar a Este Lado se someta a los estudios y pruebas pertinentes y pueda, claro, demostrar que puede pagar un lugar para vivir, que tendrá trabajo, entre otras cosas. Lucas ha estado ganando muy bien estos últimos años, así que él puede pagar lo que deseé. Distinta hubiera sido la situación si esto hubiera pasado hace ocho años, cuando movilizaron a toda la plebe hacia el Otro Lado y dejaron en Este sólo a quienes podían afrontar los gastos. Lucas ni siquiera tenía trabajo en ese entonces. Se hubiera quedado allá, en la mugre.

Cuando salí de Este Lado, tuve que firmar no sé cuántos papeles que le quitaban responsabilidad al gobierno. Estaba lleno de policías con armas, nueva robótica con bombas, una pared interminable que electrocutaba a cualquiera que intentase traspasarla o escalarla. Me preguntaron mil veces si estaba segura de querer irme y todas las veces dije que sí. Expliqué la situación:

— Voy a buscar a mi hijo que es médico —dije —Voy a traerlo para este lado, donde pertenece.

A la NP no le importaba en lo más mínimo qué iba a hacer yo o cuándo iba a volver. Lo único importante era… que pudiese pagarlo.

Las cuatro horas de caminata hasta la entrada del Otro Lado me mataron. Hacía un calor que rajaba la tierra, la ropa, la piel, todo. En un momento creí que no llegaría, los pies me pesaban como dos ladrillos. El paisaje no ayudaba: esos kilómetros hasta llegar a la entrada eran de puro campo. Todo estaba desierto, no había ni un dispenser que vendiera agua helada. Tampoco había nadie que me acompañara, ya escribí que el gobierno te deja sola en esta. Lo único que crucé en el camino fueron animales pequeños, árboles y un lago contaminado.

Cuando llegué a la entrada creí que me desmayaría. Por supuesto que tampoco había nada: solamente un mísero cartel que daba la bienvenida al Otro Lado. Nada de policías, papeles por llenar, agua para higienizarse. No podía creer que tuviera que estar adentrándome ahí, a ese mundillo de salvajes, enfermos e indigentes.

Caminé más tiempo, no sé cuánto. El panorama era cada vez peor. Ya se sabe cómo vive esta gentuza: hacinados, sucios, sin una mínima noción de estética o de higiene. Tirados por la tierra —ni siquiera había veredas—, algunos me pidieron comida. Intentaron tocarme. Fue verdaderamente traumático, no importa cuánto alcohol en gel pudiera ponerme al regresar. Nunca podría quitarme ese olor a… porquería.

Cuando empecé a ver un poco más de urbanismo —siendo generosa con el término—, pregunté a dos o tres desgraciados

si conocían a Lucas Brooks. No me respondieron; no sé si no sabían hablar, si no me entendían, si se habían olvidado o si no lo conocían. Las posibilidades son infinitas. Tuve que seguir caminando.

358

Vi cadáveres. En plural. Parece que aquí sigue vigente la lamentable fosa común. No tenían ropa ni dientes; sólo un montón de huesos que no se distinguían. Órganos dispersos que las aves de rapiña desgarraban para sobrevivir. Mugre. Olor.

Lloré como si fuera un recién nacido. Me pregunté qué carajo hacía ahí, yo que me he ganado estar en dónde estoy a razón de mi esfuerzo y sacrificio. No se me ocurrió cómo Lucas podría devolverme el favor que le estaba haciendo.

Anoche no dormí, me quedé parada hasta que amaneció debajo de un techo que apenas me protegía de la lluvia que empezó a caer. La gente salió de sus ranchos como desesperada, con las bocas abiertas para tragar al menos unas pocas gotas de lluvia. Son unos salvajes.

Cuando amaneció seguí caminando por esa suerte de aldea, esquivando todas las porquerías que aparecían en el suelo. Nuevamente pregunté a uno o dos desconocidos si conocían a un Lucas Brooks.

— Es médico —les dije —bajito, un poco rubio. Limpio. Blanco.

Una mujer desdentada me dijo que Lucas estaría en la rudimentaria construcción que hacía las veces de salita.

— ¿Muy lejos?— pregunté, con señas.

No sabía o no pudo decirme qué tan lejos era: no existían las cuadras o las calles, todo era parte de un mismo terruño enorme por el que la gente andaba. Vaya una a saber qué tamaño tenía ese lugar. Tampoco se acordaría de la escala del tiempo como para indicarme cuántos minutos debía caminar. Tantos años habían pasado ya. Solamente me marcó la dirección en la que tenía que ir.

Caminé muchísimo. Creo que cuatro horas, otra vez. La mugre, la pobreza y el calor eran insoportables. Intenté pensar en cosas bellas, en mi casa, en Lucas, en el hermoso año nuevo que pasaríamos juntos. Pero ninguna de todas las cosas lindas del mundo podía quitarme la visión.

Cuando encontré la cabaña o la choza, entré sin preguntar. Un tipo enorme y bien comido se abalanzó sobre mí para separarme de la salita. Grité.

— ¿¡Qué hace!? ¡Sáqueme ya mismo las manos de encima, bestia desagradable!

Lucas salió de la construcción envuelto en una bata blanca.

— Perdón, Marcelo. Es… mi madre. Entrá a ver si necesitan algo, yo ahora voy.

Quise abrazarlo, pero no me lo permitió.

— ¿Ya te olvidaste de cómo era?— Dijo.

Contesté que no. Limpió sus manos con alcohol en gel y me compartió.

— ¿Por qué viniste?
— Vine a buscarte, mi amor. No entiendo qué hacés acá. Tenés una casa en nuestro lado. No es necesario que… estés acá.

Me miró como nunca me había mirado antes: con desprecio. Y no se preocupó por esconderlo.

— Melina me contó todo—. Dijo.
— ¿Qué cosa?
— Empujaste a papá del balcón para quedarte de ese lado. No entiendo, no puedo entender cómo hacés para vivir con vos misma.

De repente lloró; no de manera escandalosa, sino como si se hubiera estado guardando el llanto por años. Se quedó parado mirándome, como haciéndome saber que esperaba una respuesta o explicación. Tantas veces me había imaginado esa conversación: en ninguna Lucas estaba así de tranquilo.

Hubiese preferido que se enojara para siempre antes de causarle una tristeza y decepción tan profundas.

Se me cerró la boca del estómago y también lloré. Se me aflojaron las piernas de tal manera que terminé en el piso arrodillada, mugrienta, intentando dar una explicación que no podía pronunciar por los hipos y sollozos que me interrumpían.

— Lo hice por ustedes, Lucas. Queríamos darles una vida mejor—. Logré decir.

No dijo nada. Se me quedó mirando con una mezcla de desprecio, lástima y tristeza. Volvieron a llamarlo del interior de la salita.

— Tengo que irme. Lo mejor va a ser que vuelvas a tu lado. Yo voy a quedarme acá, se necesita muchísima ayuda. Cada día más.
— ¡No! No podés quedarte, es peligroso. Podés contagiarte. Por favor, no hagas que el sacrificio que hice sea en vano. Tenés un lugar del otro lado, ¿por qué te quedarías en esta…
— ¿En esta qué?
— Nada. Es que no lo entiendo.
— No mamá, ya lo sé. Nunca entendiste.

Volví a rogarle que volviera. Una, dos, cinco, seis veces. Nunca perdió el control; nunca fue hiriente. Sólo estaba

completa y totalmente vencido. Las lágrimas se acomodaron en su cara sin rodar, como si se le hubieran pegado con el polvo del aire.

— ¿Sabés qué, mamá? —dijo, de pronto. —Hay una cosa que podés hacer para que yo pueda perdonarte.

Pregunté qué, pero con desesperación. No existen las palabras. Lo que me digas lo voy a hacer, dije. Cualquier cosa.

— Quedate.

Sentí cómo las piernas se me aflojaban de nuevo. Tuve que sentarme en un banquito precario que parecía haber sido construido con chatarra.

— No me pidas eso, mi amor, por favor. No puedo hacer eso, yo…
— Siempre se necesita ayuda —dijo. —De cualquier tipo.

Lo miré con las lágrimas cayendo por mi cuello. Después miré a mi alrededor, el polvo… la gente arrastrándose. Algunos desmembrados. Lucas entró nuevamente a la salita y yo me quedé en ese banquito por varias horas. Todo volvió a mi cabeza: la enfermedad de Ernesto, lo que me había pedido aquella tarde, la decisión que debí tomar sola, la idea de

hacerlo parecer un suicidio para que el gobierno no se entrometiera.

El calor no cesaba y cuando cayó la noche, un grupo de mosquitos enormes volaba alrededor de la salita. Lucas se tomó un descanso a la una de la mañana, cuando me llevó a su casa. Nadie festejó la navidad.

365

Mañana es año nuevo. Una señora que tiene una huerta en su jardín intercambia verduras con los ciudadanos que cumplan años en el mes de enero, a cambio de alguna cosa de valor. Entregando mi collar, podré hacerme de algunas de ellas para que Lucas coma algo rico cuando llegue de la salita.

Vivimos en una habitación cerca de su trabajo. Tenemos vecinos agradables. Lucas me dejó la cama e insiste en dormir en un colchón que algo parecido a una novia le prestó. Yo no quiero: él se merece descansar lo mejor posible.

Le conté la verdad: que lo del suicidio fue idea de Ernesto. No sé si me cree, tampoco importa demasiado. Los vínculos pasan a otro nivel en este contexto. El umbral del perdón se alarga y se ensancha hasta parecer un territorio vasto e inexplorado. Ya no me importa si me cree o no.

También Melina va a venir para este lado. Justo cuando termine el doctorado. Parece que lo planearon hace algunos años.

Por ahora no sé bien cómo manejarme: mi título en diseño de interiores no sirve de mucho. Lucas dice que puedo cuidar ancianos, colaborar con la construcción de algunas otras salitas, en fin. Ayudar a reconstruir el mundo. No importa demasiado qué trabajo, sino trabajar. Construir la sociedad que viene. Que la gente deje de tener miedo. Que se termine el reino del que tiene más fuerza. Todo eso dice Lucas. Y yo asiento y sonrío.

TESTIGOS

María Eme

I. Las piernitas de Lucía van y vienen por el piso del comedor. Los talones fuertes contra el suelo. Toco toc, toco toc.

Una puerta.

La abre.

Salta.

Da la vuelta.

Una silla.

Trepa.

Se estira.

Con la agilidad de un animal silvestre se desplaza de una punta a la otra de los extensos, para ella, 20 m2 del comedor. ¿Sabrá algo Lucía del encierro? Seguramente intuiciones.

El día se despliega como una mera sucesión de juegos, actividades, siestas y comidas.

¿Extrañará el exterior? Para ella no hay adentro y afuera. Hay, en realidad, un escenario cambiante adjetivado por las pocas palabras que ya aprendió.

El encierro extra uterino tiene ruidos más estridentes: ollas que caen, la lluvia en la chapa del techo, papá se dobló el dedo del pie.

Clara la mira en su incesante hacer y piensa que no puede sentirse atrapado quien no conoce el tiempo ¿Sería ella capaz de descubrir manchas en los cerámicos del piso? ¿De estirar un hilo hasta deshilacharse y recomenzar?

Lucía puede. La jaula, entonces, es subjetiva.

II. Clara acaba de lavar por cuarta vez los platos. Le resulta particularmente llamativo cuántas veces se puede ensuciar la vajilla cuando se está todo el día en casa. Pero lo que más la inquieta es toda la ceremonia de limpieza que puede desarrollar cuando el tiempo sobra.
Porque para ella las horas se desbordan, como una masa recién levada escapando del recipiente. Se estiran, se pegotean. Así es que la cocina brilla y cada pedacito de vidrio o porcelana reluce. La esponja corre lenta por el género y friega y refriega.

Mientras Lucía se golpetea contra la casa como deben hacerlo los elementos que componen un átomo, Clara mira la pila de cosas recién lavadas. Le agarra un picor en la nuca, bien conocido por anticipar toda situación que comience a tornarse alarmante. No tiene miedo de enfermar, tampoco al encierro. Pero le teme al letargo. A la rutina repetida que cae hora a hora con la cadencia propia de la siesta de un domingo que nunca acaba.

III. Clara cocina. No ahora mismo, en tiempo presente. Cocina todo el día: las cuatro comidas. Las cuatro comidas de Vivaldi, piensa. En este mismo momento sería de suma utilidad un libro que está en la biblioteca de su mamá. A catorce kilómetros de casa, en un estante de algarrobo, hay un libro de Ketty de Pirolo.
Además de cocinar incansablemente, Clara se acuerda con mucha claridad cuántas veces se rió del nombre de la autora. Y del título “El freezer, usted y yo”. Una canción de Sui Generis, piensa.

Con las manos llenas de puré de papas trata de sacar un mechón de pelo que fue a parar entre los ojos y los cristales de los lentes. Con una contorsión de la muñeca intenta hacer la maniobra lo suficientemente higiénica para enorgullecer a los comunicadores de la salud que explican las pautas de cuidado. Mientras su brazo se zarandea como una serpiente enloquecida evita que el puré llegue a los ojos y las manos entren en contacto con los ojos, la boca y nariz.

Con la cara transpirada, igual que cuando se desempeña cualquier ejercicio aeróbico, Clara siente la satisfacción de haberlo logrado.

¿Pensará lo mismo Lucía que al mismo tiempo come un pedazo de galleta del piso que quedó escondida debajo de la silla desde la mañana?

IV. Sobre un mueble del comedor hay un anotador de hojas celestes. La portada tiene estampado un cuadro de Quinquela Martín en color verde estridente. No es especialmente vistoso. El anotador, no el cuadro. Pero fue un regalo de la escuela Técnica de Artes Gráficas de La Boca. Por eso el pintor y el paisaje de la ribera.
Lo que importa no es eso, sino que ese anotador fue viajando con el equipaje de Clara de casa en casa. Tres, en los últimos años, pero nunca tuvo escrita ni una hoja.

La explicación es simple, Clara siempre empieza a usar los anotadores más feos y guarda para una ocasión especial los otros. Los elegidos. Aunque verde chillón, éste era uno de esos.

No es acopio de papel higiénico, sino de papel para escribir. Por eso las listas de supermercado se hacen, a su criterio, en los papeles más berretas y las palabras importantes tienen reservada alguna hoja más querida.

Pero el tiempo está trastocado. Y con él los rituales.

Y así es que ahora se agolpan listas con las modificaciones que hay que hacer en la casa cuando acabe el encierro, las compras del supermercado y algunas ideas garabateadas para dejar registro de esta inmensa excepción en la historia. Como una suerte de bitácora accidental se condensa la vida de las últimas semanas.

Ahí mismo Roberto dejó anotados los materiales necesarios para proteger la escalera.

Tanto tiempo en la casa le permitió a Lucía desplegar sus mejores dotes de acróbata y terminó por aprender a franquear cualquier barrera móvil que le ponen frente al objeto de su deseo: subir sola.

Mientras Roberto saca un manojo de precintos y desenrolla la malla plástica que compró para concretar su cometido, Clara relojea el anotador como un testigo de sus días.

V. Alrededor de las once de la mañana comienza el trajín en la mesada que anuncia que al mediodía la comida va a estar en la mesa. En el mismo momento en el que los brazos de Clara sacan un zapallo anco del cajón de la heladera, los bracitos furtivos de Lucía abrazan otro. Uno casi igual, pero más pequeño, y lo liberan del encierro invernal.
Con una ternura inigualable lo acuna y le canta una nana. Lo lleva hasta el cochecito y lo pasea por la cocina, al tiempo que

la mano verduga de su madre decapita al hermano que va a camino a ser horneado con mucho queso, cúrcuma y una pizca de sal. Pero estas contradicciones del mundo adulto escapan el interés de la chiquita que persiste su tarea de cuidado.

Todavía no puede ponerle un nombre. Conoce algunos y puede repetirlos, sabe el propio, pero no es capaz de bautizar. Hasta el final del día irán de la mano entre juegos y piruetas. Quién sabe si advierta en algún plato futuro el sabor conocido de quién amó. Esas perversiones sin sentido que pueblan el mundo aunque Lucía, todavía, no lo sepa.

VI. La ventana tiene unas rejas grotescas, de obra, pintadas de color negro. Nunca supieron a cárcel, pero ahora.

Ahora se ha trastocado la semántica del mundo.

Lucía puso una semilla de ciruela en una maceta fucsia que en el marco de la ventana contrasta, estridente, con los barrotes horizontales.

La tierra embarrada corría por sus manitos el día que, con un poco de impresión por el tacto rugoso, depositó el carozo en el centro del recipiente.

Siempre hay una primera vez para hacer cada cosa, piensa Clara cuando la mira recién estrenada. A su hija y la futura planta.

Ojalá que crezca, agrega mentalmente, y no está segura de a quién nombra.

Clara mira a Lucía, que mira la maceta, que mira los barrotes.

Ojos dentro de ojos.

Una primera fila privilegiada para adentrarse en los inicios de la humanidad. Así se fabrica un ser humano. Así crece una mujer, piensa.

Clara sonríe.

INSTRUCCIONES PARA REALIZAR UNA VIDEOLLAMADA

Rodrigo Díaz[5]

[5]Podes seguir a Rodrigo en www.instagram.com/suicidiodelpensar/

1. Higienice su cara y elija una prenda distinta al pijama para adornar su tren superior (puede mantener la parte de abajo del pijama). Es la excusa perfecta para darle algo de movilidad a su ropa, que se llena de humedad en el placar.

2. Escoja un fondo adecuado. Las bibliotecas o estantes con libros están muy bien vistas, al igual que los cuadros o posters con frases como: "Makeyourdream come true".

2.1. En caso de no contar con ninguna de las posibilidades anteriores, prefiera una pared blanca que resalte su tren superior previamente higienizado y adornado (punto 1). Debe estar contigua a una ventana, diversos estudios aseguran que 20 minutos al día de vitamina D son necesarios (en caso de que realice la videollamada de noche, omita el temita de la ventana y la vitamina D).

2.2. Si no cuenta con una pared blanca, hágalo donde estime conveniente y vaya pensando cuál será la pared que pintará para la próxima.

3. No es necesario que utilice barbijo.

4. Defina qué silla va a emplear durante su participación en la llamada virtual. Intente que sea cómoda, puede que esté más de lo que cree en ella.

5. Resista. Todxs estamos hartxs de estos encuentros virtuales que simulan un acercamiento social en medio de este confinamiento estricto. Aunque tenga algo en claro: es la única posibilidad que tiene de interactuar con algo distinto a sus muebles, y romper con la maldita incertidumbre que conlleva el no saber cuándo finalizará.

6. Encienda el dispositivo electrónico (computadora, tablet, celular -este último de seguro lo tiene prendido-) por el que realizará la videollamada.

6.1. En caso de utilizar la computadora, desprenda el papelito que le puso a la cámara para que no puedan espiarle.

7. Elija cuál será la aplicación que utilizará para llevar adelante la videollamada.

7.1. Si de 123 elecciones posibles, prefirió utilizar Zoom, sepa que su conversación saldrá al día siguiente en el noticiero del *prime time*.

8. De aquí en adelante acepte cualquier petición que le haga la aplicación, sobre todo el uso del micrófono y la cámara.

9. Mientras espera a que sus amigxs se conecten (sepa que hay gente que se atrasa estando en su propia casa), practique a ojos cerrados los tipos de abrazos que dará a las personas que quiere una vez terminada esta debacle.

9.1. No se preocupe, hasta que usted no acepte la invitación la cámara no entrará en funcionamiento, por lo que sus amigxs no verán la ridiculez hermosa que está haciendo en este momento.

10. Acepte la invitación que le hizo llegar la persona más entendida en tecnología del grupo.

11. Sonría para saludar.

11.1. No es necesario que salude individualmente a cada unx de lxs participantes, haga como cuando llega a esas reuniones sociales en las que no conoce a nadie y prolifera un saludo general.

12. Recuerde preguntar “¿qué día es hoy?”, hay alguna posibilidad de que alguien tenga esa información y que usted pueda saber, de una vez por todas, en qué día de la semana se encuentra. No es necesario que explique que todos los días le parecen iguales y que solo los diferencia por si se duchó o por la comida que ingirió. Al resto le pasa lo mismo.

13. Saque a flote su capacidad de síntesis y relate el último vivo de Instagram que vio.

14. No ceda a la tentación de responderle “Pero si nunca lo hiciste” a esa persona que acaba de decir que extraña caminar.

15. De vez en cuando beba algo en copa.

16. ¡No! ¡no! No piense en el teletrabajo que le queda por hacer, está de recreo. Por favor, vuelva a concentrarse en lo que sucede en la videollamada.

16.1 Aunque para su tranquilidad, según una nueva actualización de la RAE, ahora teletrabajar es sinónimo de explotación.

17. No odie a los chinos.

18. Por norma se debe levantar al menos una vez bajo el argumento: “voy y vuelvo”.

19. Mientras orina, intente no pensar: “Cuánto extraño mi rutina” o “Cómo me cagó la vida este virus de mierda”.

20. Vuelva a su silla con cara de “¿me perdí de algo?”. No diga nada, con la expresión facial basta y sobra.

21. Tiene permitido cuestionar, ojalá con tono enfático, a la persona que propone solo ser productivxs durante la cuarentena. Defienda su derecho al ocio.

22. En caso de que quiera cortar la comunicación, comience a bostezar de manera progresiva.

22.1. Si las personas no captan el mensaje, continúe bostezando, ahora de forma ininterrumpida.

23. Si alguien propone terminar con la videollamada, acceda de forma inmediata.

24. Para despedirse mueva la mano de lado a lado.

25. Presione el botón rojo para colgar.

26. Apague el dispositivo electrónico (computadora, tablet, celular -este último de seguro lo deja encendido-) por el que realizó la videollamada.

26.1. En caso de haber realizado la videollamada por computadora, vuelva a pegar el mismo papelito en la cámara para que no lx espíen. Asegúrese que sea el mismo papelito, no queremos generar más basura ¿cierto?

27. Ahora sí, puede volver a su soledad inicial.

VARADOS

Giordana Deganis[6]

[6]Podés seguir a Giordana en https://twitter.com/giorddeg

No había conocido el verdadero significado de las palabras miedo y desesperación hasta aquel 15 de marzo en que el Presidente de Perú dispuso por Cadena Nacional el cierre total de fronteras para el ingreso y egreso de ciudadanos y extranjeros.

Habíamos llegado apenas unos días atrás con la ilusión de conocer Machu Picchu. Y, de golpe, el sueño se transformó en una pesadilla. La noche del anuncio presidencial pasé del llanto a la resignación, hasta que finalmente caí rendida en la cama. A la mañana siguiente, nos despertamos con la noticia de que debíamos evacuar el pueblo. Nos fuimos corriendo a la estación de tren. Mientras hacíamos fila para abordar los trenes, sentía el ruido de mi estómago que suplicaba por un café con leche y unas tostadas, pero mi cabeza fría y racional lo censuraba. Es que la idea de quedar atrapada en ese pueblo, durante dos semanas, me daba pánico. Después de cinco horas de espera, logramos abordar un tren y luego, un bus que nos llevó de regreso a Cusco. Cuando llegamos, la ciudad era completamente otra, distinta que la que habíamos dejado dos días atrás. La Plaza de Armas, que solía desbordar de turistas sacándose las fotos típicas y locales que los asediaban intentando venderles todo tipo de artesanías, estaba desierta y completamente militarizada. Apenas pusimos un pie en la plaza escuchamos el primer silbato:

— ¿A dónde están yendo? ¡No pueden circular por la calle sin barbijo!

Era lo más parecido a una dictadura que podía experimentar alguien nacido en democracia.

Emprendimos el camino al hostal donde nos habíamos estado hospedando. Afortunadamente, el lugar se encontraba abierto y nos garantizaban dos comidas diarias: desayuno y cena.

Enseguida nos pusimos en contacto con el resto de argentinos varados a través de un grupo de WhatsApp que bautizamos 'Varados en Cusco'. Parecía que la tecnología sí estaba de nuestro lado, ya que en pocas horas el número de miembros fue aumentando hasta alcanzar la capacidad máxima.

Una noche estábamos próximos a dormir cuando recibimos un mensaje con buenas noticias. La Embajada nos notificaba oficialmente que al día siguiente partiríamos en un micro rumbo a Lima, para abordar allí nuestro vuelo de repatriación. Nos fundimos felices en un abrazo. No podíamos creer que, finalmente, aquel día hubiese llegado. Armamos las valijas y nos despedimos del dueño del hostal, quien muy amablemente se ofreció a alcanzarnos con su auto particular al punto de encuentro. Él contaba con un permiso para circular que, junto con el listado enviado por la Embajada hacía las veces de salvoconducto, y nos permitiría pasar sin problemas los controles policiales.

Apenas pudimos dormir, un poco por la ansiedad de creernos más cerca de casa y otro poco por el miedo a quedarnos dormidos y perdernos la que, parecía, la única oportunidad de regresar al país.

Ni bien llegamos al lugar donde debíamos abordar el micro, el resto de los argentinos que allí se encontraban nos informaron que éste no vendría, ya que el gobierno peruano había restringido aún más los permisos de circulación, precisamente la noche anterior, y resultaba imposible llegar por tierra a Lima. Intentamos volver al hostal, pero no nos aceptaron. Habíamos estado en contacto con otras personas y éramos un "potencial foco de contagio". Ya no nos quedaban lágrimas para seguir llorando.

Caímos en una pensión de mala muerte. La tapa del inodoro brillaba por su ausencia, pero tenía tantas ganas de hacer pis que tuve que hacer parada. Menos mal que contaba con un arsenal de pañuelos descartables y alcohol en gel, porque no había papel higiénico ni mucho menos jabón. Mi novio tampoco tuvo mucha suerte cuando intentó bañarse: como era de esperar, el agua salía helada y se inundó todo el baño.

A la hora del almuerzo, un grupo de argentinos, que paraban en el hostel de al lado, nos invitó a comer en una especie de restaurante que seguía funcionando en forma clandestina. No hubiésemos aceptado de no ser porque estábamos muertos de frío y la idea de un pollo con arroz bien caliente nos hacía

agua la boca. Mientras disfrutábamos de aquel manjar, sentimos el primer temblor y luego, otro, y así varios más. Un sismo justo en ese momento en que mi mundo se zarandeaba para todos lados.

La sola idea de volver a la pensión me generaba tal nivel de depresión que, a pesar de ya haber pagado, le propuse a Francisco irnos a otro lado antes de que comenzara el toque de queda. Empezamos a buscar un hospedaje un poco más decente, pero ninguno parecía dispuesto a recibirnos. Después de mucho insistir, logré persuadir a la gerente de un hotel de que estábamos sanos y le prometí que nos tomaríamos la temperatura por lo menos 10 veces por día.

En este hotel se hospedaban varios argentinos. Es por eso que ahí nos sentimos realmente contenidos y, de alguna manera, más cerca de casa. Quién podría decir que aún en las situaciones más extremas se pueden hacer buenos amigos. Nuestros días en cuarentena con ellos se hicieron un poco más llevaderos, entre risas y charlas. Sin embargo, los días pasaban y no llegaba ninguna respuesta concreta de parte de las autoridades.

Cuando ya estábamos resignados y sin esperanza alguna, llegó la buena noticia. Nos iban a repatriar en aviones de la fuerza aérea argentina. Primero nos trasladarían en un vuelo charter a Arequipa y allí nos estaría esperando un Hércules.

Esa misma noche me desperté creyendo que me moría. Me latía el corazón tan fuerte que creía que me iba a explotar el pecho. Intenté como pude calmarme con ayuda de una meditación guiada de YouTube. Cuando por fin había logrado calmarme y estaba a punto de dormir, llegó la hora de partir.

Luego de colocarnos los barbijos y los guantes, salimos del hotel y empezamos a caminar con las valijas hasta el punto de encuentro. Una vez allí, la policía peruana nos escoltó hasta el aeropuerto, siempre guardando distancia y mirándonos de reojo con cierta repulsión. Recién en el aeropuerto de Arequipa, cuando estábamos por abordar el Hércules y, calculo, a modo de despedida, hallé a un miembro de la fuerza militar peruana con un cierto dejo de humanidad. Sin barbijo y con una sonrisa, nos despidió en nombre de Perú y nos pidió disculpas por el modo casi de huida en que debíamos abandonar el país.

Nunca creí viajar a Perú para no conocer Machu Picchu. Mucho menos volver a casa en un Hércules. Si hubiese sabido de antemano todo lo que ocurriría, definitivamente no hubiese viajado, cambiando así el final de esta historia. Aunque de haber sido así, no estaría ahora escribiéndola sentada en el sillón de casa, en mi día diez de cuarentena, mientras escucho en vez de silbatos, aplausos desde los balcones.

ENUNCIADO DE KELVIN-PLANCK

Matías de las Carreras[7]

[7] Podés seguir a Matías en www.instagram.com/matidelascarreras/

A mis quince años le dije a la chica con la que más o menos salía, Lucía, que cuando terminara el colegio me dedicaría a escribir pornografía: cuentos, en principio; novelas, tal vez; y que, si podía, si aprendía a dibujar, incluso haría las ilustraciones. Ella iba tres grados más abajo; tenía doce años, pero parecía de catorce. Eso, al menos, decíamos con los otros: que parecía más grande; de catorce, decíamos.

Con el tiempo dejamos de vernos porque ella quería que nos pusiéramos de novios y yo lo único que buscaba en la vida era no tener responsabilidades, así que, con la idea de liberarme por un tiempo, le facilité el asunto para que empezara a verse con otro tipo de mi grado –uno de esos con los que nos escondíamos durante los recreos a fumar pero con quien, en realidad, no éramos muy amigos–, a la espera de que unos meses más tarde, cuando yo quisiera retomar el tema con ella, las cosas siguieran tal como las había dejado. Teníamos algo con Lucía: cierta conexión de la cual ella era más consciente que yo, pero yo, un poco, también sentía; algo que a esa corta edad me parecía incondicional e inmutable. Pero ellos se pusieron de novios y estuvieron en eso como cuatro años. Cuando cortaron, mis viejos ya estaban divorciados y yo había terminado el colegio y me había mudado a Capital Federal a vivir con papá; mamá se había quedado con mis hermanos en la casa en Pilar.

2.

Fue una noche, bien de noche, por esa época en que Lucía cortó con el novio –yo tenía diecinueve–, que papá me llevó al Parque Las Heras, detrás del Shopping Alto Palermo. Caminamos un buen tiempo como esquivando los senderos de cemento hasta que llegamos a una zona en que las copas de los árboles obstruían complemente la luz del alumbrado público y de la luna. Papá venía manteniendo en secreto el motivo de la salida; yo había empezado a fantasear con la idea de que perteneciera a una secta y me iban a iniciar o, mejor aún, a la mafia. Con eso fantaseaba: con que íbamos a matar a un tipo.

Papá me indicó que me sentara en uno de los bancos y, como si fuera parte de un antiguo ritual, algo que había hecho mil veces, se alejó unos pasos, separó un poco los brazos a sus contados, puños cerrados, tomó aire y soltó un largo grito que trepó por las paredes de los edificios, lejos, del otro lado de las avenidas –Coronel Díaz, Las Heras– y resultó que ese era el plan. Gritar. No había desahogo en su voz, ni euforia, ni violencia, sino, lo otro: el grito desesperado de un hombre a la deriva, a punto de hundirse en el mar. Cuando lo cortó, me

hizo un gesto con la mano para que me uniera a él en el pasto y volvió a gritar: su voz estuvo un tiempo rebotando adentro de mí, destruyendo todo a su paso.

– No gritaste –me dijo casi media hora después.

Papá estaba completamente transpirado, tenía la respiración agitada y, un poco, temblaba. Se pasó el antebrazo por la frente. En ese tiempo, durante la sesión, yo me había acostumbrado a la oscuridad y podía distinguir algunas formas en la noche: otros árboles, juegos para los chicos, el alambrado de las canchas de fútbol, gente en los senderos que miraba en nuestra dirección, como buscándonos entre las sombras.

– Sí, grité –le dije.
– Eso es hablar alto. Tenés que gritar. Soltarlo bien. ¿Qué te importa?
– Es que no lo necesito.

Papá se acomodó la ropa y el pelo, y encaró hacia el sendero.

– Todos lo necesitan –dijo.

Esa fue la última vez que consideré la posibilidad de que tuviera algo medianamente útil o relevante que ofrecerme y empecé a cuestionar –realmente cuestionar– la validez de todo lo que había recibido de él. Así que, en cierto punto,

hubo algo trascendental en todo eso. Quizás, de alguna manera, sí había matado a alguien esa noche: su sombra, al menos.

Cuando volvimos al departamento, papá encargó comida por teléfono y yo salí a fumar al balcón. Estuve un tiempo largo ahí, como intentando distinguir entre los sonidos de la ciudad el eco de sus gritos y pensando en algo que en el momento me parecía importante y que sentí que debía anotar: algo que vibraba en la punta de los dedos y me cargaba de ansiedad.

– No sabía que fumabas –dijo papá.

Había salido para decirme que había llegado la comida.

– Ahora sabés –le dije y volví a pitar. Era el tercer cigarrillo que me mandaba en esa sentada. Las colillas anteriores las había reventado contra las baldosas; papá bajó un segundo la mirada hacia ellas. Estuvo por decir algo, pero se detuvo. Hubo, de su parte, algún entendimiento; cierta aceptación.

Unos años después se fue a vivir a San Isidro y yo me mudé con mamá y mis hermanos al departamento que ella, con su parte de la plata de la venta de la casa en Pilar, acababa de comprar en Capital. Al tiempo me recibí de abogado y corté con mi novia. Hacía mucho que había dejado de verme con mis amigos de la infancia. De eso que había hablado con Lucía, nada: no había descrito ni una teta en Word; no había

ni una letra sobre esas cataratas de semen y flujos vaginales que me imaginaba de chico.

3.

La computadora familiar, de escritorio, que a mis seis años mamá había instalado en esa casa que eventualmente se vendería, parecía un centro de comando para lanzar misiles. El monitor de caja parpadeaba en la oscuridad del living, el CPU rugía como un animal enfermo, y el teclado, desde la silla, me quedaba altísimo. Estuve horas para escribir cada palabra, porque no estaba familiarizado con la ubicación de las letras, mis manos eran minúsculas y usaba únicamente los dedos índices para darle a cada tecla. No pensaba en términos de novela en ese momento, pero después de un buen tiempo en eso, ahí estaba: el primer capítulo (tres páginas) de una historia que, en mi cabeza, se extendía ad eternum. Lo imprimí y se lo mostré a papá. Él, más que leerlo, lo sostuvo un rato entre sus manos sin mirarlo hasta que vino un segmento de publicidad en su programa de televisión y buscó una birome para, ante mi ansiedad y progresiva desilusión,

detenerse en cada oración y marcarme los errores de ortografía, agregarme comas, puntos, tachar cosas que creía que estaban de más, modificarme el orden de algunas palabras mediante flechas y subrayar todo lo que, en términos de redacción, le parecía confuso. No había llegado ni a la mitad de la primera página cuando volvió su programa (periodismo deportivo, algo de autos o un segmento de infomerciales) y dejó mi texto sobre la mesa ratona con la intención de retomarlo después; mis palabras, en esos primeros párrafos, quedaron sepultadas bajo un laberinto de tinta. Hasta ahí llegó ese primer intento de novela. Papá ni se dio cuenta cuando me llevé las páginas; nunca me preguntó: las destruí y esa misma noche eliminé el archivo. La computadora familiar la seguí usando, pero para otras cosas: juegos, tarea del colegio y un programa para hacer carteles y tarjetas de navidad o de cumpleaños.

4.

La primera vez que compré cigarrillos –antes del divorcio; antes, incluso, de conocer a Lucía– todavía vivíamos en Pilar.

Había bastado con alejarme dos o tres cuadras de casa para que el country se me presentara como un lugar remoto, abandonado y peligroso. El cielo estaba cubierto de una pesada capa de nubes en tonos de gris y el aire, tibio, levantaba olor de las plantas y picaba un poco en el fondo de la nariz. Sabía que la mayoría de las casas a mi alrededor estaban vacías porque era un día de semana y los dueños las habían construido o comprado para usar de quinta de fin de semana, pero no podía sacarme la impresión de que los tipos estaban ahí, adentro, muertos en sus camas, suicidados sobre las mesas del comedor o ahogados en el fondo de las piletas en los jardines. Esa era la sensación: como de cementerio. Tenía once años. Sobre el pantalón gris del colegio me había puesto una remera azul que no pertenecía al uniforme. El tipo del kiosco del clubhouse asumió que los cigarrillos eran para mamá o papá y no tuvo problemas en venderme. Esa noche, cuando todos en casa se fueron a dormir, volví a salir y caminé hasta la rotonda al final de la calle con la caja de fósforos que usaba mamá para encender el horno. Prendí un cigarrillo y lo fumé entero sintiendo como la boca se llenaba de una saliva pesada, espesa, que me obligaba a escupir. No tragué el humo porque no sabía cómo era el asunto –nunca había fumado–, pero estaba bien eso. Todo. Respondía a algo, aunque no supiera a qué, ni por qué.

5.

Una semana antes de que Francia cerrara sus fronteras por la pandemia que se había originado hacía unos meses en China, me crucé con Lucía por la calle. Desde que había terminado el colegio, hacía ocho años, no nos habíamos vuelto a ver o a hablar; recién cuando le dije mi nombre me reconoció. Me miró de arriba abajo dejándome en claro que, en su opinión –al igual que esas pocas personas que me había cruzado en esos años–, el tiempo, conmigo, había sido despiadado.

– Es el cigarrillo –le expliqué y poco me señalé la cara como si fuera un cuarto con humedades y baldosas rotas; empuñaba entre los dedos, justamente, uno de esos violentos de tabaco negro que, además de la apariencia, me estaba carcomiendo la voz.

Lucía también estaba cambiada: había perdido ese aire de inocencia y todo eso de ella que en su momento me había atraído se había potenciado. Me contó, aburrida, como si estuviera respondiendo un formulario, que estudiaba filosofía, que trabajaba en una empresa internacional de medios de comunicación y que, cada tanto, hacía trabajos de publicidad

como modelo; yo le conté un poco de mí, pero hasta que le dije que había escrito una novela –iban cinco, en realidad; todas en esos tres años desde que me había terminado la facultad–, ella no me venía escuchando: asentía como ausente cualquier cosa que yo dijera, se fijaba la hora en el teléfono y medio que relojeaba la Avenida Callao para cruzar. Le aclaré que la novela no era porno y ella, como confundida, como intentando procesarlo, lo repitió: "no es porno", dijo, cuidadosamente separando las palabras entre sí; ojos bien abiertos, pero sin mirarme.

– Claro, digo. No es pornografía –insistí–. Nada de eso.
– Pero, está bien ¿no? –me hablaba como a un demente–. Digamos. Está bueno que no sea… porno.

Caminamos unas cuadras juntos. Cuando nos despedimos le dije que me diera su número. Lucía dudó, pero yo prácticamente le había puesto mi teléfono entre las tetas para que me lo anotara y ella lo agarró casi por acto reflejo. Aunque no se acordara de eso que hacía tanto tiempo habíamos hablado, al final un poco se había reído con el tema de mi aclaración. Unos días después fuimos a comer y al poco tiempo se hizo evidente que, ese vínculo que teníamos seguía ahí. Medio oxidado, pero mejor: con más batalla; más peligroso. Al final de la noche acompañé a Lucía hasta su edificio y ella, quizás, esperó que le diera un beso ahí, pero

me había gustado tanto que no me jugué. Pensé que habría otras oportunidades. Le dije de volver a vernos y ella me dijo que sí, pero más adelante porque al día siguiente viajaba a Paris por laburo.

– Pero se fue todo a la recontra pija allá –le dije; me refería al virus que de a poco fagocitaba el mundo.
– Sí, ya sé. Pero tengo que ir.
– ¿No están en cuarentena?

En esa época ya eran varios los países de Europa que habían adoptado el distanciamiento social obligatorio.

– Ni idea, los medios están eximidos.

Se iba por dos semanas así que, al día siguiente, me preparé un bolso con algo de ropa, buena pila de libros, un frasco de marihuana y cinco blísteres de ibuprofeno y también decidí irme: papá estaba en un congreso en Brasil, y, enterado de que yo andaba de licencia en el laburo –había trabajado en enero–, me había pedido que le cuidara la casa en San Isidro. Cuando me preparaba para salir, Lucía me mandó una foto desde el aeropuerto: ella con un libro de un autor del que habíamos hablado; de fondo la pista de aterrizaje. Con eso, con esa foto, entendí que era ella: no sabía qué, pero, de ahí en más, para mí, algo importante.

El vuelo de Lucía estuvo entre los últimos en entrar a Francia antes de que cerraran las fronteras.

6.

A sus trece años Lucía intentó suicidarse. Me lo contó de chicos, al día siguiente, por mensaje. Se había metido varias pastillas antes de dormir, pero no funcionó y estuvo todo el día así, como mareada. Sabía que, si me concentraba y lo analizaba, yo eventualmente llegaría a sentir algo: cierta preocupación, al menos. Tuve la impresión de que Lucía un poco me lo exigía: algún tipo de reacción; algo más de lo que yo, en el momento, podía darle. No le contesté los mensajes y ni siquiera se me cruzó por la cabeza la posibilidad de hablar con algún adulto en el colegio. Esa fue otra de las razones por las que, poco después, dejamos de vernos.

7.

El altillo de la casa de papá fue el último lugar por el que pasaron los tipos de la empresa fumigadora. Se movieron como pudieron con sus tanques de plástico y sus pistolas vertedoras por el laberinto de cajas cerradas, lámparas de techo desarmadas, frascos vacíos y maderas sueltas y rociaron de insecticida las esquinas y detrás del tanque de agua y del termotanque. Era una de las pocas cosas que papá me había encargado que hiciera: abrirles la puerta a los tipos.

El resto de la semana fue así: Lucía recorría con dos compañeros franceses un París desierto, surrealista, impecable para un informe periodístico y yo no podía ni salir al jardín porque ahí también había partes de ese universo de cosas innecesarias que papá había arrastrado a lo largo de su vida –bancos de exterior a medio armar, sillas rotas, pelotas de fútbol pinchadas y bicicletas oxidadas– y me drogaba como un cerdo, me emborrachaba, comía basura, jalaba ibuprofeno y cigarrillos y destruía, a base de literatura, mis precarios vínculos con la realidad; cada tanto, tal como en los últimos cuatro o cinco meses, intentaba escribir y no me salía nada. Al cuarto día de eso, por la aparición de varios casos de infección en Latinoamérica, se decretó la cuarentena en Argentina así que, al final de mi licencia, no tuve que volver a trabajar y ya no había nada que pudiera detenerme en la espiral descendente hacia lo peor de mí.

En ese tiempo los mensajes de Lucía, que se había convertido en mi única conexión con el mundo, se volvieron cada vez más cortos y esporádicos. Los míos, ya en la segunda semana, más largos, erráticos y desesperados. Un día le conté que, sumergiendo la red que usábamos para limpiar la pileta, había empezado a ahogar una avispa que había caído al agua –de las gordas, violentas–, pero que, al final, me había arrepentido y la rescaté; no le conté que, en eso, en rescatar a la avispa, casi me caigo yo al agua y que definitivamente hubiera muerto porque, de lo borracho que estaba casi que me había olvidado de cómo se caminaba y no había chances de que me acordara como era toda esa movida de nadar. Me respondió varios días después y sin mucho en términos de conversación (nada) y sentí que eran los franceses –uno de ellos al menos– quienes me estaban robando su atención así que decidí ponerme poético y le conté que habían pasado a fumigar la casa y que las cucarachas muertas en los pasillos estaban todas boca arriba –no sabía por qué– y que así, con las patas en el aire, tipo mástil, parecían barcos sin vela y medio a la deriva; no le conté que había pasado una buena parte de ese día fumando y mirándolas, que estaban ahí, así, desparramadas, hacía más de diez días porque yo, más que limpiarlas, las venía esquivado o que, cada tanto, aparecían en distintos lugares del pasillo como si algo las estuviera moviendo. Ella algo me escribió varios días después y yo, que había desarrollado una insólita

fijación con los insectos, como un imbécil le mandé siete fotos de un cascarudo que encontré cruzando la galería.

Ahí sí: Lucía vio las fotos, pero no me volvió a escribir.

Ahí sí, en serio, me empecé a romper: a papá no le gustaba el whisky, pero sí acumular botellas, y como todos mis lazos con el mundo exterior estaban suspendidos y seguía siendo incapaz de escribir una línea en Word, las empecé a abrir y a vaciar adentro de mí tal como venía haciendo, de alguna manera, con el frasco de marihuana (no le quedaba mucho para volver a ser sólo un frasco) o con los blísteres de ibuprofeno. Debajo de eso, estaba la sensación de que nunca me había recuperado del todo del mareo que había sentido por las emanaciones del insecticida que habían tirado los fumigadores. Las páginas de los libros que leí en esos días quedaron medio quemadas –varias veces se me cayó sobre ellas la punta de un porro mal armado–, sucias (en principio ceniza, pero, cada tanto, algún mosquito aplastado porque en su búsqueda de mis brazos o piernas se posaban sobre el papel y yo cerraba el libro de golpe para matarlos) o acartonadas porque en mi precario equilibrio se volvió inevitable que les volcara un poco de alcohol al pasarlas.

A la tercera semana de mi estadía en lo de papá me enteré de que Lucía se había infectado con el virus y que estaba internada en terapia intensiva. Consideré la posibilidad de que ese fuera el motivo de su repentino silencio. Cuatro días

después, en la cúspide de uno de mis peores momentos –había decidido bajar una botella de whisky con media de vino–, recibí el llamado al celular desde lo que podía ser un teléfono de línea porque el aparato no me reconoció la llamada. Por un instante me ilusioné con que Lucia me había perdonado todos mis delirios o que les había reconocido el valor que yo les había encontrado. Atendí y escuché, del otro lado, un llanto femenino: me imaginé que estaban por desconectarle el respirador artificial o algo y que quería despedirse o, peor, que era una de sus amigas para avisarme que se había muerto.

Pero no: era mamá la del llamado y el que se había muerto era papá, en Brasil, hacía dos días, por el mismo virus por el que estaba internada Lucía. El virus a papá le había afectado el sistema coronario: lo habían levantado en la calle con un pre-infarto, pasó cuatro días en terapia intensiva, incomunicado, y, por el desborde del hospital en San Pablo, recién habían encontrado el número de mamá.

Sentí algo en el pecho. Algo que hacía años estaba ahí como impidiendo el paso de otras cosas. Un poco se movía y, en eso, amenazaba con destruir parte de mí. En mi esfuerzo por mantenerlo en su lugar empecé a temblar, pero eso cedió y se me cayó el teléfono y la pantalla explotó contra el suelo. Hundí la cara en mis manos y solté. Mi llanto, escuché, me escuché, no era muy distinto a los gritos de papá en Parque Las Heras. Pensé en todas las cosas que él no había llegado a

hacer y que ahora, en parte al menos, tendría que hacer yo. Arreglar o tirar las bicicletas, por ejemplo; desarmar las cajas. Por lo pronto, me acordé de que papá me había pedido que le regara las plantas así que así, como estaba, borrachísimo y deshaciéndome y deseando tener algún tipo de estabilidad intelectual para defenderme de toda esa situación que se me venía encima, estuve media hora caminando para llegar a la cocina, cargué una botella de agua y volví a salir. Pero, en mi negligencia, por el tiempo que pasaron sin ser atendidas, las plantas también estaban muertas.

8.

Al día siguiente, en la peor y más peligrosa de mis resacas, llevé la computadora a la galería y volví a escribir. Sentí que me conectaba con algo profundo, visceral: era el mismo cielo que el de la primera vez que compré cigarrillos, el mismo aire bien cargado de vegetación y el mismo profundo pesado silencio del otro lado de las medianeras. Tal como esa vez, de chico, imaginé que en esas casas –solo se veían los techos desde donde estaba– los dueños estaban muertos. Esta vez,

por el virus que a pesar de la cuarentena pisaba fuerte en el país, había cierto grado de probabilidad de que eso fuera cierto. Sentí el cerebro como envuelto en alambres de púa; el estómago bien cargado de desechos radiactivos; el sonido de las teclas bajo mis manos me perforaba los oídos. Pero estaba bien eso: escribir, pensé, un poco tiene que doler.

Lucía se recuperó del virus unas semanas más tarde y volvió al país en un vuelo especial, como si fuera un héroe de guerra. No volvimos a hablar, pero a mí ya no me interesaba ella, sino la versión de ella que, desnuda, abría bien las piernas y se separaba los empapados labios vaginales para ser penetrada, se chupaba los dedos para revolver algún orificio anal o alegremente se arrodillaba para llenarse la boca de carne. En esa novela, en esas páginas, en ese archivo de Word, Lucía todavía tenía doce, pero no parecía de catorce: parecía de diez.

FALSA TERRAZA

Mía Saldivar[8]

[8] Podes seguir a Mía en www.instagram.com/palabras.maquilladas

Hace dos meses me mudé a un complejo de casas. Mini casas. No es lo mismo que en donde vivía, pero no me puedo quejar. Voy a evitar los detalles, pero muy a mi pesar tuve que ceder mi hogar. No hubiera podido dormir en esa cama, donde ella decidió invitarlo a mis espaldas. Supongo que no estábamos destinados, o a ella le funcionaba el famoso poliamor. No sería mi caso. Además ¿Cómo harán? Es decir, poli significa muchos. ¿Tendrán una agenda? “jueves 20:00 hs cena y postre con fulano; sábado 15:00 hs viene mengano”. ¿¡Pero en qué estoy pensando!? ¿Qué me importa a mí si tiene una agenda o no? Apenas van cinco días de “aislamiento preventivo y obligatorio” (cuarentena, para los íntimos) y mi cabeza pensando boludeces. Encima este martes más que nunca parece un eterno domingo. Nadie rompiendo las reglas en el complejo. Que correctos son. Que correctos somos. A parte ¿por qué quiero que rompan las reglas? Sería más tedioso aún. Me siento en época de guerra. Supongo que sería algo parecido. Los bomberos pasando tres veces en el día, recordándonos mediante megáfono que estamos en emergencia sanitaria y debemos quedarnos en casa. Los noticieros sólo analizan y súper analizan al “enemigo público”, como si eso ayudara a combatirlo. Llegás a salir de tu casa y te persiguen hasta debajo de la cama para lincharte socialmente y que toda la comunidad de este país se entere que sos peor que el mismo virus.

Con esta pandemia, este lugar parece fantasmagórico. Me acuerdo cuando llegué. Me recibió Elvira, una abuela que vive a dos casas de acá. Me recuerda a mi nona. Por suerte tenemos delivery para evitar que salgan, ella y una pareja que vive del otro lado, son los que más se deben cuidar. Ella es un amor de persona, también es muy graciosa. Después que le conté mi historia, cada vez que me ve, no pierde oportunidad de decirme: "Tomás, vos sos joven, tenés que buscarte una novia (hace una pausa) o novio. La vida sigue." Pero a este paso, voy camino a tener una relación seria o con la televisión o con la guitarra, que son a las que más frecuento. En algo tiene razón. La vida sigue y yo a Federica la estoy olvidando. Ya no me importa saber qué publica o qué deja de publicar. Ni siquiera si ve lo que yo publico. ¿Estará con alguno de sus fulanos? Ojalá. Ojalá esté encerrada con alguno y que ése alguno tenga un solo boxer para usar en esta cuarentena. Porque algo que odia ella es que sucedan imprevistos. Y que su caramelito media hora se quede tantos días y encima con una sola muda de ropa seguro le carcome las ganas de echarlo. "Dale Tomás, déjate de joder. ¿Qué te importa si Fedeesta encerrada con un fulano?" Es esta soledad impuesta que me vuelve resentido. Perdoname, perdonamePini, te debo volver loca. "Loco estás vos que empezás a tomar un rumbo intrigante hablando conmigo, corrijo, con tu mascota." Ya estuvo bueno de tanto diálogo, Pini. Voy por unos mates, de paso dejo que mi cama me extrañe un poco. "Los objetos son

inanimados, Tomas”. ¡Shh! Los gatos no hablan. “Por lo menos podrías hacerme una voz más femenina, soy gata, con A”. Mate, urgente. ¡Uff! Pero no quiero sentarme en el patio, me recuerda que tengo que cortar el pasto. ¡Ah! Ya sé ¿Y si improviso una terraza en el descanso de la escalera? ¿Qué decís, Pini? Voy a tomar tu maullido como un “si”. Lo bueno es que esa ventana da para enfrente, tal vez veamos a tus enemigos perrunos haciendo guardia, esperando a que te escapes, como haces siempre, porque sos adicta a la adrenalina ¿mm? Si, si, “miau” es todo lo que decís. Bueno, voy a preparar el mate, ya vuelvo. Fijate si sale alguien.

Pini, ponete feliz, encontré un paquete de pepas. No van a ser mates solitarios. ¿Pini? ¿Piniii? Ya se escapó otra vez. Es más fuerte que ella, nunca vi un gato tan obstinado como ella para porfiar a los perros. Igual no es tonta, sólo se pone a la vista y les maúlla como diciendo “¿Y? ¿Dale, vení, no te la aguantás acá arriba?” ¡Ja! Sería re bardera. Bueno Pini, veré tu show desde mi falsa terraza. Lo que me gusta de esta vista es que veo las copas de los árboles, aún verdes y frondosas. Me hacen sentir que estoy viviendo en un bosque. El silencio que rodea este lugar, te deja disfrutar de los sonidos de la naturaleza como el canto de los pájaros, el ruido de las hojas que bailan por el viento, algún que otro vecino escuchando música al palo. ¿Qué? No, eso no es ruido de la naturaleza. ¿Quién será el desubicado que a estas horas se armó un concierto? ¿No sabe que se duerme siesta? Es cuestión de

tiempo que el grupo del chat en el celular comience a activarse. “La musiquitaaaa”. Porque la educación, ante todo. De ambas partes, obvio. Que buenos me salieron estos mates, los mejores jamás cebados. En fin, me gustaría saber quién es tan copado para no dejar dormir la siesta. Porque se escucha cerca y lejos a la vez. Ahora lo escucho más cerca ¿Quién será? Bueno, por lo menos busca ponerle onda a este encierro, porque canta también. Si abro un poco la ventana, también puedo sentir la cálida brisa que hay afuera. Como extraño poder salir. Ahora lo aprecio un poco más. Es verdad que uno valora las cosas cuando no las tiene. ¿A Federica le pasará lo mismo? ¿Me valorará ahora que no estoy? ¿Qué opinas, Pini? Pero qué cariñosa que estamos, no tiene nada que ver que tengas hambre ¿no? Si, “miau” tu respuesta automática. Y está bien, porque si me hablaras saldría espantado. ¿Vos también la extrañas a Fede? Yo a pesar de todo sí. Qué se yo. MiráPini, es la vecina de enfrente la que hace el show. Si supiera que desde acá arriba la vemos bailando mientras acomoda su ropa, moriría de vergüenza. Va a ser un secreto, jamás se va a enterar.

Cada uno en su casa es otra persona. Quien diría que Flor sería tan divertida para ordenar su pieza. Es muy graciosa. Bueno, yo te hago voz a vos para que hablemos. Uno puede ser quien quiera, es tu lugar, tu refugio. Creo que estos días, son para descubrir eso. Quiénes somos y qué no somos. Mirala, baila, canta, disfruta de su aislamiento poniéndole

onda, mientras yo me pregunto miles de veces al día si la f…, si Federica, me extraña o si ya me olvidó. Quisiera hacer como ella. Quiero. Quiero disfrutar de este mate sin tener que pensar en mi ex. Quiero poder mantener una conversación sincera por chat como ella está haciendo ahora, quiero disfrutar de estar en mi casa y de mí. ¡Uy! ¿Un mensaje, será de Federica? No lo voy a leer. Ahí mandó otro. Te podés estar muriendo por verme Federica, no voy a contestar. Claro, no puede dejarme en paz. Si me escribís y no te contesto, qué te hace pensar que voy a atender. Y vos no me mires así, no me muero por atender. Bueno, sí.

— Hola, Fede ¿Cómo estás?
— ¿Fede? No, soy Florencia, tu vecina.
— Aahh! Flor, Florencia, disculpá, esperaba una llamado.
— Mmh…sí. Te mandé mensajes, pero no los leías.
— Uh! N-no escuché el celu. Estaba ocupado. ¿Necesitabas algo?
— Sí... vi, muy ocupado mirando para mi casa.
— ¿Eh? N-no, nada que ver. Yo…
— Tomás…. Te vi. Llevás rato ahí.
— Bueno, creo que la mirona sos vos.
— ¿Qué dijiste?
— N-no nada. Perdoná. No quise. Estoy aburrido y…
— ¿Mirás que hacen tus vecinos?
— ¡No! No, no soy de esos. No quería tomar mates en el patio, quería otra vista.
— Mmh, seguro.
— De verdad. No, yo no soy de mirar o espiar. Soy re colgado, vivo en la mía, por eso me dejaron.
— … .
— ¡Eehh! En realidad, yo…
— Hasta luego Tomás.

¿¡Porque le dije eso!? Pini! Venía acá, necesito hablar. ¡¡Pini!! Soy el winner de los gorreados. Encima no quiero ni leer los mensajes. Seguro deben decir "¿Te gusta lo que ves?" o "¿Te cortaron el cable?". Qué boludo, porqué le tuve que decir que me dejaron. Soy el más gil. Cuando le cuente a Elvira me va a decir que así me quedo solo. Tiene razón Elvira. Qué vergüenza. Bueno, basta, soy grande carajo y los grandes nos hacemos cargo de lo que decimos, así me enseñaron en mi casa. Así que Tomasito, ponele el pecho a la bala y entrá a ese chat y hacete cargo. ¿Eh? Yo pensé que me estaría diciendo unas cuantas barbaridades. "¿Estás bien?" me escribió. Soy el más gil, repito. Está en línea, ¿Qué le pongo? Un sí solo va a quedar re ortiva y un no voy a parecer que estoy triste. Pensá Tomás, pensá. ¡Ah! ¡Claro! "llevando la cuarentena, ¿vos?". Lo leyó enseguida. "También, como puedo, ya lo viste.¡Jaja!". Faltó que agregara "mirón". "Disculpá, no quise ofenderte. De verdad, no me senté acá a mirar para tu casa." Me clavó el visto, no es para menos, en su lugar ni me hubiera contestado. Pero no soy un mirón y se lo voy a dejar en claro. "No fue mi intención este malentendido. De verdad, te pido disculpas." Otra vez, el visto. Bueno, tengo un doctorado en perder amigos, este caso no es la excepción. Tomás, tenés las proporciones exactas de siempre meter la pata. Voy a juntar este invento que armé y mañana veré cómo arreglo esto.

Vos Pini, me dejaste re solo. Me abandonaste en plena batalla, sé que me estás escuchando escondida en algún hueco. Con vos me ahorro en buscar enemigos. Ya te va a dar hambre, gata traidora. Encima para qué abrí el chat, silencié los grupos, no tengo ganas de hablar con nadie y que nadie se sienta mal porque estoy en esta cuarentena solo, ¿Me escuchaste, Pini? SOLO. Qué intensos todos, ¿por qué no aprovechan a hacer vida de familia?, afortunados. Te escuché, sí, estoy molesto. Muy molesto. Voy a desconectarme de wifi y vivir en la ignorancia, feliz, tocando la guitarra y cantando. Voy a cantar tan fuerte Pini que te van a dar ganas de… Me mandó más mensajes."Perdoná, me desubiqué." ¿eh? No entiendo. Le voy a preguntar "¿? ¿con?" "por lo que te puse recién, una desubicada" ¿Qué me puso? Si borró todos los mensajes. "¡jaja! No sé qué pusiste, cuando entré ya los habías borrado ¿Qué decía?" Otra vez el visto.

Que difícil va a ser comunicarnos así. "Te pregunté si cenabas solo" ¿Y eso? "No, con Pini." "Ah, ok. Disculpá, no sabía que estabas con novia. Bueno, hablamos." ¿Qué novia? "Pini es mi gata." De nuevo el visto. "Pero no sé si va a comer conmigo hoy, estamos peleados" "¡Jaja! ¿Cómo es que te peleás con tu gata?" "Historia larga. La convivencia en cuarentena va a lograr divorciarnos. ¡Jaja!" "¡Me haces reír!" "¿Por qué preguntaste lo de la cena?" "Nada, te invitaba a cenar si estabas embolado." "Pero, estamos es aislamiento." "Si, pero se puede. Cada uno desde su casa" "¿Por la

ventana? Va a ser medio raro, además, acabo de desarmar la mesita. Ahí la armo." "¡¡NO!! Por videollamada. ¡Jaja!" "¡AAHH! Qué bobo. Bueno, dale. Nunca lo hice" "¡Genial! Nos vemos más tarde, tipo 21, ¿te parece?". "Ok. Jaja."

Okey, eso fue distinto. Me invitó a cenar, bueno, a "video-cenar" sería. Pini, ya podés salir, te perdono. Necesito tu ayuda para elegir qué ropa usar. "Miau" ¿Qué pasa con ella? No sé quién es Federica. ¿Cuál te gusta, la camisa blanca o la negra? Dale Pini, elegí, que este es el primero de muchos buenos momentos que vamos a conseguir en cuarentena. Ya no quiero perderme pensando en esa tal Federica.

CUIDADO CON LO QUE DESEAS

Pablo Agustín Magnino[9]

[9] Podes seguir a Pablo en www.instagram.com/kushpodcaster/

Todavía no puedo creer que estoy en este avión. Finalmente voy a conocer a mi familia italiana, que arribó puerto argentino en las vísperas de la primera guerra mundial cuando ya era inhabitable el continente europeo. Mi bisabuelo Lito era uno de los agricultores más importantes de Italia en ese momento, tenían una buena posición económica, pero mi bisabuela, Lidia, hacía meses que no dormía y ya no podía tolerar los conflictos bélicos y la tensión social, es por eso, que decidieron realizar una fuerte inversión inicial y venirse a la Argentina, incluso sabiendo que las pagas eran muy bajas y que era muy difícil ganarse un lugar entre los terratenientes oligarcas argentinos. En esa época ser argentino en el mundo era sinónimo de lujo, de riqueza, incluso algunos llegaron a tener el descaro de llevarse sus propias vacas en tren para que sus hijos y esposa tomen leche de calidad en el viaje, algo insólito.

Viajaron durante días e incluso meses en barco para llegar a nuestras tierras. Era requisito necesario ser agricultor para ingresar al país, por ende, mis bisabuelos no tenían problema. Apenas llegaron, Lito averiguó y consiguió una parcela para alquilar con un contrato para hacerse la casa en el fondo. Naturalmente (porque si no, yo no estaría acá) tuvieron hijos, tres para ser más exactos, todos varones. Cuando cumplieron setenta años decidieron volver a su país de origen y reencontrarse con su pueblo, su cultura, sus costumbres y sus

seres queridos, pero acá dejaron un apellido y un legado, los Franchetti.

Mis viejos me contaron esta historia infinidad de veces, imposible de aproximarse con un número exacto, pero creo que esa es una de las razones que explica mi obsesión con conocer Italia e ir al pueblo de mis bisabuelos, Casabona, bien al sur, mucho más al sur que Nápoles.

Siempre fuimos una familia de clase media tirando a baja, laburando mucho, siendo obreros, mano de obra muy calificada, pero cobrando el salario mínimo y viviendo en una hermosa casa en zona norte del gran Buenos Aires. Tuve la suerte de poder ir a una muy buena escuela técnica y siempre me di maña con los talleres, por eso me seleccionaron para un proyecto en una empresa automotriz muy importante a los diecisiete años para ser operario de fábrica e ir aprendiendo mientras hacia el último año del secundario. Apenas terminé el colegio, me ofrecieron trabajar a tiempo completo y no lo dudé, me encantaba el clima que se generaba con los compañeros, tirarnos todos a descansar en el almuerzo, charlar y cagarnos de risa.

Desde el momento que cobré mi primer sueldo me propuse conocer Italia, tenía que juntar bastante plata porque en casa había muchos gastos fijos y mi vieja tuvo que dejar de trabajar por problemas de salud, pero nunca perdí de vista mi

objetivo. Fueron años y años de un ahorro extremo, permitiéndome sólo lo necesario, sin lujos ni gustos.

En 2019 cuando todavía el dólar estaba estable y a un precio razonable saque un pasaje para el 30 de enero de 2020 a Nápoles con vuelta el 31 de Marzo, me ofrecieron un paquete por una de estas páginas que te dejan comprar todo junto y te venden “la experiencia” y me congelaron el precio en cuotas durante un año, con alguna que otra cláusula en dólares pero nada impagable, con mis ahorros y el sueldo de cada mes lo podía costear e ir cambiando los dólares para gastar allá. En Nápoles veía que podía tomarme para llegar al pueblo de mis bisabuelos.

Desde ese día en 2019 que me confirmaron el vuelo, me propuse aprender un poco de italiano para poder al menos comunicarme y encontrar a algún familiar, la última casa de Lito y Lidia, donde están enterrados o cualquier cosa que me acerque a ellos y a mi sangre. Averigüé cursos en facultades, en institutos, pero todos superaban ampliamente mi presupuesto, así que decidí bajarme la aplicación Duolingo al celular, pagar el plus por doce meses y así aprender, y te digo que me funcionó muy bien, gracias a la aplicación y a mi constancia.

Siento algunos golpes en la pierna, es la azafata.

– Señor, aterrizamos. Puede ir desembarcando.

No quedaba nadie en el avión, qué vergüenza.

Cuando bajé fui a retirar mi equipaje, anda a saber quién habrá inventado esa cinta giratoria de mierda, ¿no se les ocurrió algo más sencillo? En fin, me estaba esperando un hombre con mi apellido escrito en un cartel y me llevó al hotel en Nápoles.

Estaba en tierra italiana, estaba en el país que toda mi vida soñé y del que nunca, pero nunca querría irme.

Sin perder el tiempo, a primera hora del día siguiente me dispuse ir a Casabona, eran trescientos cincuenta kilómetros desde mi hotel en Nápoles, pero Google Maps no me daba ninguna ruta con transporte público así que alquilé un auto y me fui manejando. Cuando llegué me encontré con un lugar hermoso, lleno de verde, árboles, algunas calles muy empinadas, otras en subida, cortadas a mitad de cuadra, pero lo más hermoso es que era un barrio humilde y alejado de todo. No había casas con vidrio en la entrada, ni patios enormes, el verde estaba afuera. ¡Cómo explicarles las casas!, la mayoría tenían balcones con macetas y muchas plantas, escaleras en la entrada y eran de dos o tres pisos máximo. No había edificios ni nada que pudiera arruinarte la hermosa vista del pueblo y los supermercados eran almacenes símiles a los chinos de Argentina.

Me sentía en una película, empecé a preguntar en la calle, en los negocios y toqué timbres preguntando si alguien conocía a algún Franchetti. Como pasa siempre, toqué sesenta timbres, hablé con cuarenta italianos e italianas y entré a ocho negocios y no hubo caso, nadie los conocía. Sin embargo, cuando casi pierdo las esperanzas, vi una plaza con dos nenes jugando y sus padres mirándolos en un banco a un par de metros. (Las conversaciones fueron en italiano, pero las voy a poner en español para facilitar su entendimiento ya que el lenguaje es meramente anecdótico).

– Buenas tardes, ¿cómo están? Disculpen la molestia, estoy buscando a la familia Franchetti.

La pareja se miró asombrada, casi con miedo. El hombre se paró, se puso delante de su esposa como en posición defensiva y me dijo:

– Nosotros somos Franchetti, ¿Qué necesitas?

Me va a costar describir este momento porque fue una mezcla de adrenalina, amor, sentimientos encontrados, sueños cumplidos y orgullo. Sentí cosas parecidas en mi vida como cuando compré el pasaje o cuando me compré mi primer auto para poder ir a trabajar, pero nada se comparó con esto, un sueño cumplido, un corazón latiendo más de lo que estaba permitido anatómicamente. En ese mismo momento me puse a llorar y deseé abrazarlos, pero no quise parecer más loco

aún asique inhalé, exhalé, tomé un poco de agua que me había sobrado del viaje y les conté todo.

Sábado primero de febrero, cenando en la casa de mi primo Danielle, con su esposa Donna y mis dos hermosos sobrinos, todavía no caigo. Me ofrecieron quedarme a vivir ahí hasta cuando yo deseé y sin dudarlo acepté. Comimos las mejores pastas caseras que probé en mi vida, con salsa cuatro quesos, mientras que en el noticiero se confirmaban los primeros dos casos de Coronavirus en Roma, provenientes de dos turistas que arribaron de Wuhan. Con este tema nos quedamos tranquilos porque los casos eran en el norte y los especialistas decían que no había de qué preocuparse.

Las siguientes tres semanas fueron las mejores de mi vida, conocí casi todo el sur de Italia con mi familia, toda la historia completa de Lito y Lidia, jugué a más no poder con mis sobrinos y me regalaron una reliquia familiar que cuando la vea mi viejo se desmaya.

Los problemas empezaron exactamente el veintidós de febrero, estábamos volviendo del Parque Nacional de la Sila, después de pasar un hermoso día en el lago, cuando escuchamos en la radio que el presidente anunciaba medidas especiales para contener el Covid-19 en once municipios del norte. Quedaban suspendidas las visitas a museos, las clases y cerraban los negocios, salvo farmacias y supermercados aquel que violace esta norma tendría consecuencias penales.

Ese día nos empezamos a preocupar, pero con mucha calma para no alarmar a los niños y porque todavía no había casos en el sur, hasta que llegó el siete de marzo. El día que comenzó a derrumbarse mi vida. Prendimos la tele y estaba hablando el primer ministro, Giuseppe Conte, anunciando un decreto que prohíbía todo desplazamiento en Lombardía y otras catorce provincias del norte, pero esa misma noche los italianos, con esa asquerosa sangre criolla y ventajera decidieron que la mejor idea que podían tener era fugarse al sur ya que el ministro había dado quince días de "vacaciones".

Lo más grave de todo esto es que mi primo y su esposa trabajan en turismo y cuando volvieron a casa el ocho, estaban aterrados de la cantidad de gente que fue a informes en un solo día. En el norte ya se estaban tomando todas las precauciones con la atención al público, distancia de dos metros entre persona y persona, alcohol en gel y demás; acá, nada.

Cuando empezamos a ver la multiplicación descontrolada de casos en el norte, nos empezamos a preocupar, primero por nuestra salud y segundo por mi vuelo. En el mundo estaban comenzando a cerrar las fronteras y mi mayor sueño se convertía en mi peor pesadilla de un segundo al otro, no iba a poder salir de Italia.

Automáticamente los llamé a mis viejos y les comenté la situación crítica en la que me encontraba, intentaron calmarme y yo les expresé todo mi miedo de no volver a verlos nunca más.

Donna empezó a sentirse indefensa y con dolor de cabeza siete días después del ocho de marzo, gracias a eso pudo dejar de ir a trabajar, pero Dani tenía que seguir yendo, aunque ya con todas las precauciones porque los muertos habían ascendido a mil en todo el país y el virus no le hacía asco a nada ni a nadie. No importa la plata que tengas, lo importante que seas, o los contactos que manejes, el Covid-19 te mata igual. Nuestras ínfimas esperanzas se esfumaron cuando Donna levantó fiebre (38.7 para ser más exactos) y eso significaba lo peor, que todos en la casa podíamos estar infectados.

Al día siguiente, mi primo comenzó con el mismo cuadro sintomático que su esposa y decidieron irse ambos al hospital y dejarme a mí con los nenes que por suerte, no se sentían mal y yo tampoco.

A todo esto, las noticias en el mundo fluían, hacíaya un par de días que la Organización Mundial de la Salud (OMS) había declarado este brote como una pandemia y todas las fronteras se estaban cerrando a aproximadamente quince días de mi fecha de retorno a Argentina.

Decime, ¿Cómo mierda le explicas a dos nenes de nueve años una pandemia mundial virósica que está matando una cantidad irrisoria de personas por día y que puede ser el causante de que nunca más vean a sus padres? ¿Cómo?

El último mensaje que recibí de mi primo es que estaban aislados en un hospital de Nápoles, que les estaba costando muchísimo respirar y que no creían poder volver a comunicarse.

Mi mayor preocupación en ese momento eran mis sobrinos y mis viejos en Argentina, que para esta fecha, dieciséis de marzo, ya habían declarado la cuarentena obligatoria y Alberto Fernández había anunciado el cierre de fronteras. Igualmente, yo no podía dejar acá solos a los nenes, incluso si un avión argentino venía a buscarme, tenía un compromiso con mi primo y con Donna.

Días después, empecé a sentirme mal, emocional y físicamente. Primero diarrea, luego tos seca, fiebre y sin darme cuenta, el veinte de marzo, estaba tirado en la cama, con dificultad para respirar y con dos nenes de nueve años poniéndome paños de agua fría en la cabeza.

Llamé a mis viejos, les mentí. No me despedí y corté.

Cerré los ojos y caí en la cuenta que me iba a morir donde soñé vivir.

REDUCCIÓN DE DAÑOS

Gonzalo Ricci Cernadas[10]

[10] Podes seguir a Gonzalo en www.facebook.com/gonzalo.ricci.7

Siempre miraba la misma estrella. Le gustaba imaginarse la indiferencia de un astro a miles de millones de años luz desde este pedazo de roca repleta de agua en su superficie. Antes que sentirse agobiado por el caos báquico acomista sinsentido que sería el universo, observar la estrella, en su titilar intermitente pero permanente, le traía paz. Una paz emanada del hecho de que aún el pesar más grande por el que pudiera estar pasando, de la tontería más ínfima que ocupara su cabeza en esos momentos, o las reflexiones más anodinas que podría tener, esa estrella era indiferente a todo eso. Ella apenas se preocupaba por persistir en su combustión y seguir brillando, generando energía y emitiendo su propia luz. Que algo tan magnífico y bello fuera indiferente a todo lo que le acontecía a él, pero también al resto de los seres humanos, le proveía de una tranquilidad sin par. No sabía muy bien porqué, pero presumía que se trataba de que, a pesar de que cualquier cosa pudiera acontecer, el Universo continuaría con su transcurso, su sucesión de causas y efectos que nada tenían que ver con los acontecimientos humanos. Mirar esa estrella –no sabía su nombre, aunque siempre veía la misma– era algo que hacía a la madrugada, antes de dormir, en una especie de rito que le brindaba sosiego mientras fumaba un cigarrillo y contemplaba otras estrellas lindantes que, de pronto, iban apareciendo en el perfil del cielo negro y amarillento por la contaminación lumínica de la gran urbe.

Sin embargo, desde hacía unos días que ya no era lo mismo. Lo que ajetreaba la vida de la población ya no eran las preocupaciones cotidianas y diarias; digámoslo en una palabra: llegar a fin de mes, cambiar los pesos por dólares ante la apabullante inflación que no dejaba de dispararse cada vez con más ímpetu o disponer de un pequeño sobrante para gastarlo en alguna actividad ociosa ya no era el fin mensual de los hombres y mujeres. Ahora la vida pasaba por otro lado. El mundo estaba en estado de alerta ante una amenaza invisible. Un virus que parecía estancado en el lejano Oriente había, en un abrir y cerrar de ojos, cruzado las iguales de invisibles fronteras que separaban a distintos países y atravesado los reales océanos para circunvalar al mundo en su etéreo transitar. Gran parte del mundo –y él estaba incluido dentro de esa proporción– estaba en estado de cuarentena, sin poder salir de sus hogares salvo para adquirir en las tiendas lo mínimo e indispensable para la supervivencia. La estrella, el Universo y el mundo dejaron de transmitirle solaz y pasaron a ser aquello que ahora era la fuente de peligro, aquello de lo cual debía apartarse si quería salir indemne de toda esa situación.

Asombrosamente, la pandemia, que parecía completamente ajena apenas un mes atrás y en ciernes dos semanas atrás, había tenido un efecto positivo para el presidente de la Nación Raúl Alfonsín. El fracaso del Plan Primavera (paradójicamente lanzado en el invierno de 1988) y una

inflación galopante imposible de ser abordada, por citar algunos acontecimientos que habían minado la imagen presidencial, habían hecho peligrar que Alfonsín pudiera siquiera terminar su mandato de seis años iniciado en 1983, debiendo negociar la entrega del poder con el presidente electo Carlos Saúl Menem, un peronista que cultivaba una imagen gauchesca y bregaba por un peronismo menos ortodoxo que el que había defendido Antonio Cafiero, su par contrincante en las primarias. Si bien los infectados por el virus no alcanzaban la mitad del millar y los muertos podían contarse todavía con los dedos de una mano, la cuarentena dispuesta por Alfonsín había impactado de una manera sumamente favorable en la población según indicaban las encuestas, gracias a que mostraban al líder de la República como un dirigente que tomaba las riendas de los asuntos del país y que, ante todo, propugnaba defender la salud y la vida de los ciudadanos antes que ponderar cualquier otra dimensión económica. Parecía que Alfonsín podía por fin retirarse con la frente en alto, henchido de grandeza y con una aún prometedora carrera política que alumbraba en su porvenir. Alfonsín: el defensor del pueblo ante una gravísima amenaza invisible. Una amenaza que los países de Europa, reacios a declarar la cuarentena en un principio, cobraba ahora la vida por decenas de miles de personas.

Y eso era lo que más le llamaba la atención. Según informaban las autoridades nacionales por radio y televisión,

se trataba de un virus que afectaba a la gente mayor de edad. Él era apenas un muchacho en sus treinta. Aún más, había otras enfermedades endémicas de la Argentina que provocaban más muertes y peores afecciones. Él, viviendo en el centro de la metrópolis de Buenos Aires, se encontraba también defendido de tales enfermedades. La pregunta se le advenía sin buscarla: "¿por qué tanto alarmismo ante una plaga incapaz de matarme?". Todos los recaudos que debía tomar, todas las veces que se lavaba las manos durante un minuto reloj, todas las veces que desinfectaba con alcohol etílico rebajado al 70% los objetos que traía del exterior y otras precauciones les resultaban estúpidas, una coreografía sin sentido ensayada porque así lo aconsejaban los médicos para sentirse más protegido. ¿Pero protegido de qué? ¿De una enfermedad que a él no lo afectaba y que producía un número de infectados y muertos similar a otras enfermedades ya existentes?

De cualquier manera, la decisión ya estaba tomada: el gobierno de la Nación había decretado la cuarentena y no quedaba otra cosa que hacer que estar encerrado en la casa de uno. Lo público ahora se volvía hostil y debía evitarse. Lo máximo que podía acercarse hacia el espacio público era su pequeño balcón, el cual tenía disponible para sí cuando el tender para colgar la ropa no se encontraba desplegado. En esas ocasiones en que no había ropa recién lavada, le gustaba desayunar y merendar allí, en ese balcón, mientras leía. Y

ante sí, lo que antes era una avenida bulliciosa del centro de la ciudad, en donde los hombres, cada uno con un propósito distinto, iban a paso ligero de aquí para allá cual hormigas siguiendo el rastro de una determinada feromona, se había convertido en una selva de hormigón abandonada y estática habitada por una serie de construcciones de cemento que ya no reflejaban la luz del Sol de manera impertérrita y orgullosa, sino que recibían aquellas hilachas de iluminación que se colaban como podían a través de las nubes, bañando las hileras de edificios que se erguían como una serie de defensas y de escudos con un aura sepia. De esta manera, el color gris opaco reinaba toda la vista de la ciudad, haciendo de todo el ambiente que lo rodeaba algo homogéneo e indiferenciable.

Al contrario de lo que les sucedía a muchos, a él no le costaba leer. Sí, se sentía agobiado por la cantidad de libros que había ido acumulando a lo largo del tiempo mientras se dedicaba a otras actividades, pero no, eso no hacía que su interés mermara un ápice. Se suponía a sí mismo haciendo esa misma actividad, la bizantina predisposición a lograr una hazaña imposible, la de lograr leer todo lo que quisiera, cuando se jubilara y viviera al borde de la esperanza de vida promedio. Los resultados no eran claramente exitosos, pero al menos avanzaba como podía y eso le daba tranquilidad.

Sabía, por haber hablado con algunos amigos por teléfono cuando lograba comunicarse con ellos –una tarea sencilla a primera vista pero que a menudo se volvía infructuosa debido al congestionamiento de las líneas–, que la mayoría no podía avanzar una página con la lectura. La realidad los estaba agobiando demasiado. Claro, no su realidad, sino la objetiva, la que estaba sucediendo ahora mismo pero extra muros, afuera. Lo que para ellos entonces era un obstáculo, para él era un aliciente a hacer todo lo que estaba a su alcance. Si el mundo iba a desaparecer, él no iba a participar pasivamente de ese ocaso, sino que iba a oponer su resistencia hasta que sus ojos no dieran más.

Esa era entonces la rutina a la que estaba acostumbrado ya desde hacía al menos una semana y media. Levantarse, desayunar, leer en el balcón, almorzar, leer, dormir la siesta, merendar, leer, cenar y dormir. En el olvido habían quedado ya los días en que intercalaba una rutina de ejercicio luego de la merienda. En el pasado también yacía el esmero por preparar un almuerzo o una cena digna, cocinada con esfuerzo y con dedicación para dotarla de sabores y hacerla saludable. Del ejercicio quedaba ya poco y nada, dependiendo meramente de su intención perezosa. Por su parte, la comida se había limitado a ser cocinada a la noche en porciones grandes de alimentos procesados o de pasta, de forma que sobrara lo suficiente para recalentar para el día siguiente. Esa era la danza sin fin, la revolución cíclica sin principio que

hacía indistinguible un día del otro. Cada día era homólogo al anterior y repetía al que advendría la mañana próxima. Si con cada oportunidad que cada jornada brindaba se trataba de aprender algo, de mejorar algún aspecto de su vida, él o bien lo ignoraba o bien sinceramente no le interesaba en absoluto. Cada día era un gris constante que no se decidía ni por un blanco ni por un negro, ni por algo mejor ni por algo peor: apenas era un mero indecidible, una duda que permanecía así, constantemente sin determinarse, sin resolución alguna.

Lo único que implicaba una alternancia en eso que parecía una repetición continua eran las salidas que realizaba cada tres o cuatro días para hacerse de provisiones en los supermercados lindantes. Cuando apretaba el botón de planta baja del ascensor ya sentía una especie de alivio, como si sus hombros dejaran de estar en guardia y por fin se bajaran. Pero esa sensación agradable era acompañada inmediatamente por otra de mareo cuando abría la puerta de su edificio y contemplaba la avenida que nunca había parecido tan ancha y vacía como en esas ocasiones en que salía. Las veredas despobladas de gente y los carriles ausentes de autos eran acontecimientos imposibles de asimilar viviendo en Buenos Aires. Así que, con sus llaves y billetera en mano, se aprestaba a dirigirse al mercado más próximo, aunque a veces elegía otro ubicado a un par de cuadras más lejos solamente para experimentar ese vértigo que la libertad traía aparejada, porque sabía bien claro que toda oportunidad implicaba una

inseguridad, un desagrado, y que esos estados eran tan efímeros como contados.

Llegaba entonces al mercado y se ponía en la fila de vecinos, respetando la distancia prudencial determinada por el Gobierno Nacional entre la persona que tenía delante y la que tenía detrás. Gente en ojotas, bermudas y pescadores gastados en extremo, usando barbijos por fuera de la nariz y de la boca, algunos de ellos portando una identificación por discapacidad colgada de sus cuellos, mezclada con otros vestidos en camisa sin planchar sobresaliendo sobre el pantalón de jean y otros jóvenes de buen origen aunque vestidos con cierta desidia. ¿Ellos eran realmente sus vecinos? Él, quien pensaba que ya conocía medianamente a su barrio ubicado en la periferia del microcentro porteño, parecía que estaba conociendo una dimensión alterna. Que no se malinterprete: él no estaba entrando en contacto con otro barrio, uno nuevo o desconocido, estaba experimentando el mismo barrio que conocía desde que se mudó allí hacía ya tres años, pero en una faceta distinta. Esto es: el mismo barrio, aunque en una faz diferente. Él no podía evitar sentirse extrañado: ¿recién ahora se topaba con esa realidad desconocida? Esa nueva cara parecía, si se permite la analogía topográfica, emerger en esa situación particular de excepcionalidad, una situación que ni siquiera su abuela había atravesado en sus 90 años que llevaba de vida. El exterior no se cerraba, sólo cambiaba de máscara. O mejor dicho, el Jano bifronte ahora juntaba todas

sus faces en una sola, reunía lo disímil, juntaba lo heterogéneo. Esa situación excepcionalísima de la cuarentena parecía tener, así, una fortísima fuerza centrípeta que hacía aunar lo singular, lo irreductible. Y como el mercado, lo mismo sucedía en las farmacias, en los bancos y en las ferreterías. En cada una de esas filas descubría una riqueza inmensa, una porción del barrio que ahora se hacía visible en la necesidad. Y todos eran acogidos por una realidad que, antes de serle vedada, los recibía en su limitada y reducida serenidad.

En fin, eso era lo único que imponía una suerte de cambio en su eterna rutina que volvía a repetirse una y otra vez. Afortunadamente había podido lograr comunicarse, aunque escasísimas veces, con amigos y familiares vía telefónica. Ellos eran su fuente de información. Se reprochaba él hasta el paroxismo el haber incursionado en un experimento de no comprar ni radio ni televisión, un experimento que, al momento, de mudarse le parecía jocoso, pero que ahora sufría con una ansiedad inusitada. Bien pensaba que podía reemplazar esos artefactos tecnológicos con su colección de discos, ya que él tenía una gran capacidad de escuchar música de manera seguida y continuada y disponía de una variedad de géneros musicales, que iban desde Art Blackey, pasaban por KrzysztofPenderecki, y terminaban en Queen. Pero ahora necesitaba saber las noticias que se iban modificando no día a día, sino hora a hora. La cantidad de infectados, el número de

muertos, la extensión –o no– de la cuarentena, por citar las que ocupaban principalmente su cabeza.

“No vale la pena llorar sobre leche derramada”, “La suerte está echada”, “Tengo que ser un hombre de pelo en pecho” eran expresiones que intentaban de alguna manera cifrar ese sentimiento de auto-reproche para poder seguir avanzando y dejarlo atrás. Lo cierto es que no podía obviarlo, no podía obviarse a sí mismo, y tuvo que recurrir necesariamente a la comunicación con sus allegados para paliar esa sed de noticias que era más fuerte que nunca, una sed tan grande que parecía provenir de las zonas más secas del desierto de Atacama. Logró comunicarse con dos amigos provistos de televisión. Uno de ellos se encontraba en una situación similar a la de él: contaba con cable y desperdiciaba las horas de su estado de vigilia en los canales de cable mientras fumaba marihuana a raudales, enajenado totalmente de la realidad. Lejos de sentir envidia sana por el estado de ataraxia logrado por su amigo, no pudo evitar pensar en el semejante desperdicio de dedicación de actividades intelectuales que su amigo realizaba. Habiendo llamado en vano, procedió a marcar el número que se acordaba de otro amigo. Éste, en cambio, sí estaba al tanto de lo que sucedía en la vida diaria de la República. Según le contó, la misma consistía en la pandemia. Argentina y pandemia eran, por esas semanas, sinónimo. Cada día la cantidad de infectados crecía, los médicos no se ponían de acuerdo sobre el uso del barbijo para

prevenir el contagio (aunque su amigo creía enfáticamente que sí era de utilidad y no cejó de citar distintos ejemplos de chinos y coreanos que habían doblegado al virus gracias al barbijo, en contra de todos los dictámenes de la Organización Mundial de la Salud), la cifra de muertos variaba (a veces fallecían cuatro en un solo día, a veces ninguno), y hacía una semana que los infectados habían dejado de ser únicamente personas provenientes del exterior y se había propagado el contagio comunitario. "Esto va en serio", le decía por el teléfono su amigo. "Seguramente extiendan la cuarentena. Acordate que vamos por el octavo día, pero ya todos los periodistas dan por hecho la extensión hasta fines del mes que viene. En Europa se están muriendo a granel, acá están asustadísimos de que pase lo mismo". Le había preguntado si sabía cuándo iban a anunciar la extensión de la cuarentena y su amigo le había respondido que no se sabía todavía, pero que probablemente el Presidente iba a hablar el viernes o el sábado. También le recordó, por si acaso, que estaban cursando el día miércoles. No se prolongó mucho más la charla: su amigo estaba empecinado en citarle ejemplos y noticias referidas al uso de barbijos y a él eso no le interesaba en absoluto. Le prestó, sin embargo, el oído por varios minutos más hasta que se despidió de él con alguna excusa que no recordaba ya pero que seguramente era la definición misma de lo banal.

Hechas las llamadas a sus amigos, sólo le quedaba comunicarse con sus familiares. Su tía estaba bien aunque no podía comprender la ansiedad que experimentaba en su cotidianidad. Su padre, por su parte, le hacía prácticamente las mismas preguntas, en una suerte de eterno retorno de lo inquisitivo ("¿Vos andás bien?", "¿Qué tal tu día?", "¿Qué hiciste hoy?", "¿Qué comiste?", etcétera), interrumpidas apenas por dudas sobre distintos gastos realizados con su extensión cuando llegaba el resumen de la tarjeta de crédito. Su abuela era un caso aparte. A él no le gustaba hablar por teléfono con ella. Avanzada en edad, la sordera había progresado a la par y la única forma de no recibir como contestaciones una catarata de "Sí", uno tras otro, signo de que no había entendido lo que él le había comentado, era gritar todo lo que pretendía decir. Hablar de esa manera, vociferando las cosas, era algo que a él no le gustaba no solamente por el esfuerzo que eso suponía sino que también porque lo percibía como una falta a la intimidad (cualquier vecino podría escuchar lo que decía). Pero además de esto, en las primeras tres llamadas él trató de hacerle distintas preguntas y de comentarle distintas vivencias que le habían acontecido en la jornada para ser recibido por un escaso interés y ser despachado en menos de cinco minutos. Parecía que su abuela ponderaba mucho el gasto que significaba realizar una llamada telefónica y cronometraba cada segundo hablado. De esa manera, lo que él pensó que era un buen

gesto para con ella, una oportunidad de hablar con su nieto y de alegrarle un poco el día, terminaba siendo una experiencia parecida a ser atendido por un empleado público mal remunerado que odiaba su trabajo, el cual recepcionaba un trámite con la intención de que el mismo desaparezca de su escritorio lo más rápido posible para volver a departir lo más pronto posible con su compañero de mostrador. Afortunadamente, luego de ese par de infructuosos esfuerzos, logró realizar una comunicación que no fuera tan efímera, donde ella le comentara también recíprocamente si se sentía bien (le había admitido que el encierro ya empezaba a molestarla), cómo había sido su día (le contaba la misma rutina de siempre: despertarse al borde de la madrugada, desayuno, almuerzo, siesta, merienda, cena y dormirse temprano), qué había hecho hoy (le había confesado que había salido al palier de su piso sólo para poder caminar más de diez pasos seguidos en línea recta, sin tener que doblar ante una pared), y qué había comido (desayuno: café Dolca batido y con espumita; almuerzo: milanesa de merluza; merienda: tostadas con miel acompañadas por un café con leche con edulcorante; cena: fideos con tuco y un par de galletitas sin sal para cuidar la presión), entre otras preguntas.

Mientras tanto, su vida continuaba con la regularidad excepcional de siempre. El techo era siempre aquello que veía primero al abrir sus ojos y, luego del baño, la cocina era el ambiente al que concurría de manera más inmediata. A pesar

de haberse mudado hace no mucho, podía todavía sentir una presencia que hacía que él no esté por entero solo en ese departamento céntricamente ubicado: los recuerdos. Sucede que la mayoría del mobiliario le había sido regalado por su mamá al haber comprado el inmueble y ella había fallecido un año después de cáncer, casualmente un par de meses antes de que la pandemia llegara a la Argentina. Cada objeto, de esta manera, le traía recuerdos azarosos e inconexos de lo que había sido una vida compartida a su lado. Una vida de un amor isomórfico infantil como así también de cierto cansancio y molestia adolescente y de joven adulto. Esos recuerdos revivían fugaz e intensamente pero, al contrario de sus expectativas, no se volvían etéreos o efímeros. Los recuerdos adquirían cierta delicuescencia, absorbían el paso del tiempo y hacía de esas imágenes pretéritas algo más difuminado y menos determinado, como si se tratara de una pantalla que, aunque en el pasado permitía ver lo que acontecía prístinamente, ahora se veía empañada por una humedad insoportable del ambiente. Sabía, entonces, que de alguna manera él se encontraba acompañado por los recuerdos que daban cuenta de la presencia espectral de algo que, en un ausencia, constituía todo lo que le rodeaba y que le permitía transitar su día a día. Los recuerdos, los recuerdos de ella, sobre ella, que narraban todo lo acontecido y que marcaban aquello que había quedado como pendiente y que

de ese modo inexorablemente debía seguir, sin desarrollarse, sin continuar, sin ser llevados a término.

Esas eran el tipo de reflexiones que ocupaban su mente al ir finalizando el periodo de cuarentena. Por fortuna, en unas de sus salidas había encontrado a pocos metros de la puerta de su edificio, sobre la vereda, al lado de un tacho de basura, una radio que parecía, al menos desde el exterior, en perfectas condiciones. Al principio no le dio mucho importancia, pensó en todo lo que tenía que comprar en el supermercado y en todos los recaudos en que tenía que reparar (dejar las bolsas y zapatillas inmediatamente al entrar, ir al baño para lavarse meticulosamente las manos durante un minutos o dos cumpleaños felices, limpiar luego los productos comprados con una fórmula de alcohol etílico rebajado con agua, por citar algunos), pero al volver se topó con la misma radio que yacía ahí más impoluta que nunca: su carcasa indemne, sus perillas y antena cromadas relucientes, con todos los botones en su lugar. Decidió entonces llevarla a su casa.

Era tarde ya y el Sol comenzaba su ocaso. Mientras tanto, él trataba de encontrar alguna señal en la banda AM de la radio para escuchar las noticias: el Presidente de la Nación estaba por anunciar en cualquier momento su decisión de si iba a extender la cuarentena o no. La línea roja de la radio se desplazaba de izquierda a derecha a lo ancho de todo el espectro radial sin mucho éxito. Sólo lograba oír voces

parecidas a aquellas provenientes del más allá, entrecortadas y lejanas, recubiertas por el sonido de una metálica lluvia de estática. Ya llevaba varios minutos así, sin tener suerte alguna. Mientras, cada tanto él elevaba su vista para contemplar el firmamento en lontananza en busca de su estrella compañera. Pero era muy temprano y los astros no titilaban en el horizonte todavía.

EL AMOR EN LOS TIEMPOS DEL CORONAVIRUS

Martín Federico González

Aquella noche (como tantas otras), se despidió de Fernanda a la lejos, ella había entrado a ducharse, entreabrió la puerta del baño y sacudió la palma, "suerte, cuidate mucho porfa, y te amo", fueron las palabras que soltó desde la ducha ella, y él salió rumbo a la parada del bondi, donde se dirigía a cubrir el turno noche en la farmacia. La única que manejaba guardia nocturna en el centro de Mataderos que, en pleno caos por el Covid-19 en puerta, había metido un turno de noche anticipándose a una ventaja económica posible.Vivían en Lugano, en un monoambiente que Fernanda había heredado del abuelo, con una gata y un perro, los cuales (además de ella), eran la devoción de Valentín. Él, oriundo de Liniers, había conocido a Fernanda en "La colorada" por amigos en común y rápidamente nació el amor. Era un pibe muy de barrio, su madre murió cuando tenía 4 años, víctima de represión policial en una marcha de la izquierda..., casi no tenía recuerdos de ella, y por eso " policía" era mala palabra para él (así como lo es para muchos). Vivió con su padre hasta los casi veinticinco años, cuando Fernanda le planteó el hecho de una posible convivencia, ya que pasaba gran parte de la semana en su casa, y apostando a que no habría ningún tipo de inconvenientes en esa decisión de estadía permanente. Esto había puesto un poco en jaque a Valentín en un principio, por el hecho de sentir que estaba "abandonando" a su viejo, ya que desde pequeño supo hacerse cargo de él solo, y ya de grande, cuando su hijo no demandó más de esa

necesidad paterna, tuvo muchas entradas y salidas con la bebida, por eso su actual preocupación.

Acreedor de una personalidad muy humilde, noble, con muchos valores y conciencia social, generosa y con un carácter imponente cuando era necesario sacarlo a relucir en ciertas situaciones. Según su padre, era toda su herencia materna, siempre se regodeaba de su hijo, diciendo: "es igual a la madre en su forma de ser y sus valores". Estudiante de la carrera de Ciencias Políticas, y activista en varias ONGs ligadas a lo social y a menores en condición de calle, amante de los animales y sentía un profundo y sano querer hacia Fernanda.

Ella cursaba el último año de la carrera de Arquitectura y trabajaba en un estudio de arquitectos como pasante dos días a la semana en Núñez, cerquita de Ciudad Universitaria. Era tres años mayor que él, y su admiración y amor por su novio aumentaban cada día. Sus viejos en un principio no estaban muy de acuerdo con esta unión, el padre sobretodo. Era una piba de clase media alta, venida a menos como tantas otras familias en los ´90 menemistas, herederos de varias propiedades, algún que otro pedacito de tierra en algún pueblito del interior de la provincia. Devotos a la religión católica, con el hábito de asistir los domingos bien tempranito a la misa de las ocho, amigos del cura de la parroquia, y su padre es un tipo de esos que cada tanto te tira la frase: "esto

con los militares no pasaba". Y la madre, bueno.... hacía lo que podía, dentro de la preparación que le habían inculcado de chica, para en un futuro ser sirvienta de un machista que usaba a menudo ese tipo de frases mencionadas anteriormente. Como pasó con casi todas las mujeres de generaciones anteriores.

Eran cónyugues bastante convencionales, con sus vidas y ritmos rutinarios, pero que solían dejar con cierta admiración a quienes recién los conocían y los veían funcionar como pareja en el ámbito social. Se los veía siempre con muy buena energía, ella un poco más polvorita, él un flaco más bien tranqui, y eso en cierto modo, creo, los hacía funcionar así, de manera dinámica. No hay recuerdo de sus allegados de alguna pelea o conflicto en público memorable de ellos.

Querían mudarse a un PH o una casita con patio en una locación conveniente para ambos por sus laburos y universidades, y para que Lolo (el perro), tuviese una vida espaciosamente más digna que en un monoambiente, ya que era un labrador (regalo de Valentín a ella en su primer aniversario), y su tamaño era importante para la vivienda.

Llevaban 3 años de noviazgo y soñaban con ser padres en algún momento, cuando ambos finalicen sus carreras. Según sus cálculos iban a terminar más o menos en simultáneo, y eso alentaba aún más ese deseo de maternidad en Fernanda. No hablaban de casamiento por iglesia, ella respetaba su

ateísmo, él alguna que otra vez se burló "con respeto" de su educación católica, pero siempre dejó bien en claro su oposición a la iglesia y a "estas pelotudeces" que han sabido imponer as familias por siglos, en el afán por mantener vivos ciertos sistemas patriarcales y de poder para el mundo (tenía esa misma opinión sobre todos los sistemas de creencias religiosas, no eran más que sistemas de imposición del hombre para mantener su jerarquía sobre la mujer, pero coincidía con ella en que en el occidente el sistema había empezado a perder esa hegemonía).

Un día antes de decretarse la cuarentena obligatoria, Fernanda se levantó como lo hacía a diario, desde que a Valen le habían asignado el turno noche por el aumento en la demanda en horarios de madrugada,y así poder esperarlo con el desayuno para cuando llegue del laburo y compartir ese momento juntos, antes de que él se fuera a dormir y ella encarase su día..., y sintió un mareo, acompañado por náuseas y vómitos. Salió corriendo al baño, y una vez que pasó el episodio, limpió la evidencia para que su chico, no se preocupase en medio de tanto cansancio, preocupación y desvelo. Además, llevaba varios días muy preocupado por su padre que había tenido una fuerte recaída y, como consecuencia, un episodio violento con un vecino, con denuncia y toda esa pelota. Estuvo a punto de comentarle el episodio, pero ese día Valen llegó con una preocupación mayor..., tácita, pero a él se le notaba enseguida, porque se le borraba la sonrisa, se le ponía

la mirada lejana y le desviaba la atención que le dedicaba a ella en cada movimiento de sus labios. Además, ella como nadie, le sacaba la ficha en un segundo. Sólo su padre y ella lo junaban así...

"¿Te pasó algo amor?", le soltó post beso, y Valen, para no bajar ese momento lindo que compartían antes de despedirse a diario, le gambeteó la pregunta con un: "nada gorda, sólo mucho laburo, y la gente parece más intensa de lo normal". Fernanda lo conocía mucho, como para detenerse con eso, era intensa cuando se lo proponía y sabía que por ahí no venía la mano, porque él ya había atravesado noches de mucho laburo y gente intensa. "No es sólo eso amor, contame!!" Insistió... Y él, ansioso en cierto modo por expresarle su inquietud, pero sin preocuparla, largó:

— Viene heavy este tema del virus choto de estos chinos de mierda, no sé para dónde va a ir todo.
— Tranqui, Valen, no te enrosques de antemano que va a estar todo bien amor..., cuchamelevantás todo, ¿que llego tarde sino?

No pudo aportar mucha calma a su chico desde las palabras o el abrazo de consuelo, porque la preocupación que reinaba en su cabeza en ese momento abarcaba todo su pesar, y ella estaba buscando un consuelo mayor, pero ese no era el momento para plantearlo. Le dio un beso, lo abrazó y arrancó. Camino al estudio compró un test de embarazo. En el horario

de almuerzo le comentó a una amiga del laburo y cuando salieron fueron al depto de ella a hacer la prueba. Se metió en el baño, con todo un nerviosismo desconocido recorriéndole el cuerpo, sudándole las manos.El reactivo le marcó el positivo, y aquel nerviosismo invadió nuevamente, seguido por un llanto y un desconsuelo que, sabía, estando Valen cerca no hubiese existido. Se preguntaba cómo pasó, porque ella se cuidaba, cuándo pasó..., se le cruzó por la bocha su carrera, la de él, su padre con voz de juez de la corte dictando sentencias de mierda, el monoambiente con cinco seres vivos a futuro, pañales, y la preocupación nueva y latente del futuro padre de su hijo o hija sobre un virus que viene asediando a los chinos, migró para Europa y está cagando a palos al sistema de salud tano y ahora a los gallegos... mucha información para procesar en un test de embarazo, sobre el cual todavía recae un cierto escepticismo..., sin saber que un positivo no falla, a diferencia de un negativo. Una mezcla de angustia, duda, y una cuota muy chiquita de felicidad desplazaron aquel nerviosismo y se apoderaron del momento. Un simple mirar a ese test positivo, un segundo de tantear de reojo, queriendo ver, y la vez no…duró un millón de minutos y pensamientos.

Sole, su amiga, al otro lado de la puerta parecía manejar el mismo formato temporal que transcurría dentro de ese baño en su PH en Belgrano. Enseguida la invadió la impaciencia..."¿¡Gorda, qué onda!? ¡Boluda, dame señal de

vida o paso!" Casi que irrumpió en el baño, pero aquella ni se mosqueó, estaba en posición casi fetal en el inodoro, bombacha por los tobillos, ambas manos en los ojos tapando el llanto y la moquera, y del parietal izquierdo asomaba la punta de aquel test de embarazo positivo, culpable de tantos sentimientos desparramados en el baño de un PH.

Ahora venía el momento de consuelo, entendió Sole, de buscarle la vuelta a todo eso para remar y sobrellevar la situación. "Tranquigor, no estás sola, habla con Valen"... todo para Fernanda era un eco lejano atrás de su desconcierto. Primero empezó sacándola del baño y por intentar traerla de nuevo al plano de aquel jueves 19 de marzo. Luego vino el convencimiento para ir por otro test.

A media cuadra había, por suerte, una sucursal de cadena de farmacia, así que la espera por el segundo test no fue tanta, compró uno Sole y corrió hasta su casita con ansias, digamos nervios, no ansias... y la situación fue igual a la primera, así que irrumpió de una en su baño y ya la certeza era otra, así como también cambió la palabra alentadora y mutó al "mi amiga Marce, conoce un médico que interrumpe el embarazo si no es momento gorda, pero primero hablalo con Valen, no son dos villeros en estado de emergencia ustedes". Quizás era medio brusco el comentario para el momento, pero seguían siendo ecos lejanos y Fernanda sólo movía la cabeza y lloraba sacudiendo un test de embarazo positivo distinto en la mano.

Ahora había que sacar adelante a la amiga, la sacó del baño, preparó el mate, le iba a ofrecer una seca de porro, pero dada la "dos veces confirmada" condición de embarazo, se fue al baño, le metió dos secas, como para lidiar ella más relajada con la situación y salió a terminar de aprontar el mate. "Se re siente la loza boluda jajaja", Fernanda le tiró entre la risa y la mirada de desconcierto que apunta a cualquier lado y te pone la jeta de neurótica, y ambas se cagaron de risa, la cosa empezó a descontracturarse.

Tomaron unos mates, se habló rato largo y tendido sobre el asunto, en el medio algunas llamadas perdidas de Valentín, no controlando, porque no era su esencia, pero porque no había un cronograma planeado fuera de lo habitual que ella le hubiese avisado, para no generarle otra preocupación. "Me colgué fumando con Sole amor (foto de WhatsApp en el después de cortar), después me arrima con el auto, tranqui, voy a cenar con vos antes de que te vayas".

Sole la arrimó hasta la casa, tratando de convencerla de que hable con Valentín, pero ella en su interior sabía que esperaría unos días, tratando de buscar el momento y las palabras, y hasta que ese nerviosismo que mantenía desde el baño de Sole le permita expresarse (era muy torpe para manejar las palabras en situaciones límites).

Llegó y su novio la esperaba con la comida..., ahora él le olfateaba un descontento en el rostro a su novia, así que ahora

la pregunta venía desde el otro lado, "Tas bien Fer"? Ella había amasado la secuencia y tenía una conversación ensayada en su cabeza, así que dribleó con un "hoy me dejaste preocupada", Valen se hizo cargo de la situación con un abrazo y un "no era mi intención, era por mi viejo más que nada"..., aún sabiendo que no venía por ese lado la tristeza en los ojos de ella, pero es muy de chabón de hacerse el boludo a veces, cuando no tenés ganas de profundizar. Terminaron de cenar (casi en silencio), y él salió rumbo al laburo.

En ese momento mientras él esperaba el bondi, el presidente Alberto Fernández, anunciaba la ya esperada cuarentena obligatoria en todo el país, para evitar que el virus se siga propagando por toda la república; amenazaba ser riguroso con quienes no acaten esta medida, a partir de las 00:00 hs del día siguiente.

Un tanto alborotados, los tres que manejaban el turno noche de la farmacia "Palomino" en Avenida Juan Bautista Alberdi al 6500, casi donde cruza con Lisandro de la Torre, lograron transcurrir la noche entre personas desesperadas, arrasando con todo alcohol en gel y barbijo existente en la misma. A diferencia de otras veces que le había tocado cubrir la guardia nocturna por alguna ocasión en especial, esta noche pasó en el aire por la fuerte demanda.

Ya siendo poquito más de las 7:00am, comenzaron a caer los reemplazos, Valen intercambió alguna que otra palabra con

alguno y encaró para el locker, ansioso por agarrar sus cosas, cambiarse y llegar para desayunar con su novia, antes de que ella se fuera.

Camino a la parada del colectivo, venía con auriculares puestos, escuchando un vivo de Silvio Rodríguez y Pablo Milanés, cuando no escuchó venir la patrulla, y tampoco interpretó que los sonidos de sirena cortada eran para que él se detuviese. Cuando por fin cayó en cuenta de todo esto, la policía ya se había predispuesto de mala manera pensando que los estaba ninguneando. De manera violenta bajaron dos del patrullero, cuando él reaccionó, con un poco de susto y un tanto de sorpresa, quiso defenderse y esto generó que los oficiales se alteraran aún más.

Él tenía un tema muy pesado con la policía, y sólo había remordimiento y odio de su para/con las fuerzas policiales y la ley.

"¡Soltamerati de mierda, la concha de tu madre!" gritó, esto sólo generaba ponerlos más locos. Los tres oficiales que lo habían abordado habían consumido gran cantidad de cocaína durante las vueltas nocturnas, las cuales les habían asignado para asegurarse que no haya gente caminando por la calle o reunidos en las esquinas, y estaban fuera de sí, manejando un nivel de violencia importante, cuando en el forcejeo y el intento por reducirlo, el tercero bajó de la patrulla y dando un

bastonazo errado le pegó en la cabeza, generándole la muerte instantánea.

Ese fue el momento, donde por un instante se les bajó toda la sustancia y cayeron en cuenta de que algo no había salido bien. Valentín cayó desplomado al piso, los tres se miraron, y por un momento, cuando el aceleramiento se volvió slowmotion, el agente Pardo, el que había dado el bastonazo certero, atinó a tomarle el pulso. Desde el suelo, con el índice medio en el cuello de Valentín los miró a los otros como si no entendiese lo que estaba pasando..., "no tiene pulso", tiró casi sin voz.

Rápidamente, Stagliano, el conductor del móvil policial, ordenó subirlo a la patrulla, y entre los tres casi lo tiraron en el asiento trasero. Se aseguraron que no haya cámaras en la esquina, ni en los garages de vecinos y se fueron. Apagaron el teléfono "del pibe", como había ordenado Pardo, y empezaron a dar vueltas sin rumbo, desesperados, como quien lleva el cuerpo de un pibe que mataron por error en el asiento trasero de una patrulla, y no sabe qué hacer con él..."Perfila para 27 de febrero en Lugano Stagliano", le dijo Cacho Godoy, el tercer oficial en cuestión, Pardo le clavó la mirada. "¡¡Lo envolvemos en algo, con algo de peso y lo tiramos al riachuelo pelotudo, qué me miras así!! ¡Estoy tratando de arreglar la cagada que te mandaste!" Pardo estaba bastante duro, poco por el shock, poco por la falopa, no emitió sonido

alguno. Llegaron casi al puente Olímpico Rivera Sur, la Avenida 27 de febrero, como nunca, estaba desierta por la cuarentena obligatoria. Se mandaron en la Reserva Ecológica Lugano, donde no había un alma, sacaron una bolsa mortuoria del baúl, buscaron algunos adoquines y tiraron el cuerpo desde el puente.

Nuevamente asegurándose de que no haya cámaras o alguna persona merodeando, parece que la cagada le había salido limpita. Subieron a la patrulla y con cierta mezcla de miedo, adrenalina, e infinidad de cosas se juraron no hablar más del tema y hacer como si nada. "Busca una YPF, vamos a tomar un café y tira toda la merca que tengas encima Stagliano, que nos está haciendo mal esa mierda".

En simultáneo, mientras todo esto pasaba, ya siendo pasadas las 8:00am, Fernanda le había escrito a su novio, pero le había llegado un sólo tilde al WhatsApp, raro porque él solía avisarle cuando iba en camino. Comenzó a llamarlo y le daba como apagado. Ahí empezó la preocupación de ella, ya que él no era un pibe de andar sin batería en el teléfono, o de colgar y no avisarle a su novia que iba en camino. Empezaron a correr los miedos de ella por los pensamientos "¿Lo habrán asaltado?". Llamó a la farmacia, pero un compañero le dijo que se había ido hace más de una hora, "Avisame cuando sepas algo, Fer", le dijo. Pensó varias veces si llamar al padre de Valen, que ya debía estar despierto, pero no quería

preocuparlo... lo llamó de todos modos. Tampoco sabía nada de él, "Capaz se quedó sin batería o se le rompió el celular, y con esta historia de la cuarentena los colectivos vienen retrasados", trató de poner una cuota de tranquilidad al nerviosismo de Fernanda, para que la situación no se descontrole, pero él estaba intranquilo también.

Dejaron que pasen un par de horas, antes de arrimarse a una comisaría, llegando el mediodía fueron, pero no quisieron tomar denuncia alguna, hasta no pasadas las 24hs. Transcurrió todo el viernes entre la angustia y la esperanza de que, en algún momento, Valen gire la llave en la puerta y entre, pero no.... llegó la noche, la esperanza moría, y sólo reinaba la angustia.

Pasaron los días, la policía buscó y sigue buscando, la cuarentena terminó y por suerte fue poco el tendal de bajas que dejó el coronavirus en Argentina. La pandemia fue controlada, pero Valen no aparecía.

Otro desaparecido en democracia, una historia de amor huérfana, una piba (finalmente), en camino, lo que quería Valen, para cuando por fin decidan el ser padres. Una carrera casi terminada, y los sueños que se hundieron ese día, después de un bastonazo desacertado, en el riachuelo.

Con toda la tristeza en su espalda Fer siguió. De a ratos pensaba en largar todo, en interrumpir el embarazo, e irse

lejos un tiempo, pero se puso la 10. Era dueña de una sensibilidad increíble (que Valen se encargaba de proteger), pero su fortaleza era aún mayor que cualquier cosa, lo podía más que todo. Siguió por ella, por la nena en camino y por el amor de su novio, que lo tenía ahí, tan presente, como si no hubiese pasado nunca nada. Trataba de desprenderse de esa desazón a diario, y esa panza en crecimiento ayudaba, de a ratos, a borrar los vestigios que le había dejado aquella depresión inicial.

Ocho meses después, un caluroso y húmedo diciembre, cuando sólo quedaba un mal recuerdo de aquella cuarentena que casi le había arrebatado la felicidad, dio a luz a su beba, fruto de aquel amor sano, puro y verdadero. María José decidió llamarla, como la madre de Valen...

PASILLO HELADO

Camila Rafaela

Eran las once menos veinte del sexto sábado de cuarentena. Todo aquello que empezó con un chiste y risas entre amigos, se convirtió en una realidad. Parecía haberse salido de control y aquellas calles donde te solías juntar con los del barrio, se habían convertido en lugares desconocidos.

Con mi hermana Sara nos encontrábamos en casa. Ella es tres años mayor que yo, aunque ni sabemos quién cuida a quién. Hace un mes que no vemos a mamá. Decidió quedarse con la abuela, a ella si que le podía hacer falta compañía, sin embargo, el semblante de Sara mostraba que la abuela no era la única. Se encontraba sentada hecha una bolita en el descanso de la escalera, con la luz parpadeante que hacía la escena más melancólica de lo que ya era. Yo la solía observar; la última semana se sentaba allí, a miraba por la ventana hasta que la noche cayera, y con ella, su apetito. A veces la escuchaba llorar, yo no sabía qué hacer, digamos que mis habilidades de consuelo no eran las mejores, además, ¿Para qué le voy a mentir? Si ni yo sé cómo acabarán las cosas, si lo único que se ve afuera es gente saliendo toda empaquetada como si fueran al espacio exterior y otra gente que se la lleva quien sabrá a dónde.

Lo único que pasa por mi mente es cuan vulnerables somos, así que decido dormir, no hay otra cosa más que hacer. Nunca pensé que me cansaría de hacer las cosas que tanto anhelaba cuando no tenía tiempo, pero más que todo, me canse de tener

tiempo de pensar, porque cuanto más pienso más paranoico me vuelvo. Suele suceder antes de dormir, hasta que mis ojos se van cerrando y mis pensamientos se consumen lentamente.

El domingo se pasó relativamente rápido. Hacía frio así que Sara andaba con un buzo celeste viejo, que tenía bolsillos a los costados. Hizo medialunas. Parecía más animada, sus ojos estaban muy abiertos y miraba un punto fijo. Mientras terminaba mi segunda medialuna pensé que tal vez tenía algo que decirme, pero ese pensamiento voló al ver la palabra "urgente" en el televisor, con su musiquita característica que te previene y te hace mentalizarte antes de ver lo que sigue, como para prepararte un poco: "el control sobre los sospechosos de COVID-19 aumentará y serán monitoreados las veinticuatro horas de los siete días semanales" –Ulises, dice Sara. Ya sabía con qué cara me iba a enfrentar al darme vuelta. -Mamá, dice.

No sabía que contestarle.

Ella volvió a sentarse en el descanso agarrándose las rodillas. Agarré dos medialunas le pasé una y puse mi mano sobre su hombro, lo aprete un poco, en señal de que aguante, de que vamos a estar bien. Me fui arriba a jugar una partida de solitario.

Parece que fue más de una porque el día siguiente me desperté en el sillón del escritorio. Ya era tarde y tenia que

entregar unos trabajos de Filosofía. No esperaba mucho solo lo justo. –Sara, dije con mi voz medio ronca todavía. Fui a buscar un vaso de agua a la cocina suponiendo que ella estaría ahí, pero no. La llamé de vuelta. No contestó. Con mi vaso me dirigí a su habitación, cuando abrí la puerta no estaba, me empecé a desesperar. Si tenemos que hacer algo siempre lo anotamos, para eso está el pizarrón en la cocina, pensé. Decidí esperar un poco, tal vez fue a buscar algo rápido.

Así desayuné, miré la televisión; anunciaban la bajada de temperaturas en esta semana, luego ordené un poco y aún nada. Ahora si me estaba preocupando. Decidí llamar a mamá para ver si ella sabía algo que yo no, pero tampoco, ya se escuchaba su sollozo desde el otro lado del teléfono. -Va a estar todo bien ma, le dije en un intento de tranquilizarla.

Me dediqué a pensar en que lugares podría estar. No podía hacer una denuncia, no habían pasado ni veinticuatro horas. Caí dormido en el sillón, de algo estaba seguro; el dia siguiente iría a la casa de la abuela. Me levanté con un poco de dolor de espalda y toda la cara marcada de la tela del almohadón, me vestí y fui a la cocina. Mire de lejos las medialunas que Sara había preparado anteayer, agarré dos y salí a el exterior, al campo de batalla. Me dirigí a la casa de la abuela, gracias a Dios no estaba tan lejos, pero el hecho de tener que pasar desapercibido lo hacia interminable; no quería

que me lleven, sabía lo que podía pasar y eso era lo que temía por Sara.

Volví a caminar por esas calles a las que solo salíamos para hacer las compras. Hacía bastante que no me iba a más de cinco cuadras. Al fin llegué a lo de la abuela, toqué el timbre rápido, mirando hacia ambos lados, pensando en posible actividad sospechosa, como si eso me diera algún indicio de la repentina desaparición de Sara. Toque el timbre devuelta, abrió la abuela toda emponchada y mirándome de manera acusadora. Ya sabia lo que me esperaba, así, pasando por el largo pasillo me observó de reojo y me dijo

- — No tendrías que haber venido, y suspira para luego seguir. Tu hermana se fue y no pasó por acá, tendrías que saberlo.
- — Abuela porque sea mi hermana no significa que me vaya a contar cada segundo de su vida.
- — No, pero deberías haberlo sabido.
- — ¿Saber qué?

Llegamos a la cocina con la mesada de granito que estaba un poco opaca de todo el uso.

- — Ella iba a venir… (Dijo la voz de mama aproximándose a la cocina), se la llevaron.

Tragué un poco de saliva sintiendo como el corazón me subía a la garganta y me hacía un nudo que me imposibilitaba respirar. Abrí la boca para hablar, pero no pude.

— No digas nada y ni se te ocurra buscarla, (dijo mamá antes de que yo hablara) se la llevaron y yo no pude hacer nada.

Ojalá le hubiera preguntado que tenía que decirme, ojalá me hubiera dado cuenta para que no salga, porque debería haber sido yo. Me concentré en pensar qué hacer ahora, la realidad es esta. Estamos lejos de encontrar una cura y en pleno pico, siendo ya casi mayo, no se esperan mejores resultados en los próximos meses. Siendo posible que los chicos y adolescentes sean inmunes a los síntomas del virus se estuvo buscando la cura en ciertas células y enzimas que producen los jóvenes. Parece ser otra de las noticias que vienen y se van, pero no. Yo lo vi. Los vi. Mamá trabaja en el hospital, se ocupa de varias cosas, y a veces la visito, la visitaba quiero decir, le llevaba la comida, claro, todo cuando se podía salir.

Uno de esos días, hablando con ella en la recepción, pasa una camilla con un chico de unos 17 años aproximadamente. Respirador y labios tirando a azul, no se me hacía impresionante hasta que descubrí que sucedía. Mama salió corriendo tras la camilla y yo seguí un poco por el pasillo hasta que ella entró en una puerta grande junto a la camilla y esta se cerró. Dejando todo misterio detrás de ella, haciéndolo

confidencial y secreto. Ella salió con cara de confusión y me miró y se quedó pensando, sonó un pitido de fondo extenso, haciéndonos dar por sentado lo que ya sabíamos que había sucedido.

Ese fue el último día que fui al hospital, el último día que salí también; mama nos dijo que nos quedemos en casa que era lo mismo dos o tres días más. Ya había salido el decreto del aislamiento obligatorio, pero recién desde el lunes era oficial, nosotros comenzamos un miércoles, se podría decir. No fue hasta después de unos días que me di cuenta, porque nos dijo eso en ese momento.

Vuelvo a la realidad, pero no estoy más en la cocina, ni en la casa de la abuela, estoy en la calle. Esa memoria parecía revivirse en carne viva logrando hacerme olvidar todo a mi alrededor, no recuerdo ni si dije algo, si me dijeron algo; solo escucho el pitido que me indica que no puedo dejar que le suceda lo mismo a Sara.

Directamente voy al hospital donde trabaja mamá, sabiendo que en menos de veinticuatro horas no pueden haberla llevado tan lejos y menos si levanta sospechas. Cada vehículo, inclusive las ambulancias, es revisado. Esperemos que por esta vez la justicia y la seguridad no me fallen. De repente me pregunto si de verdad vale la pena revisar acá, ¿Cómo dejarían a la hija de alguien del personal encerrada en la misma zona de trabajo? Asi paré, y me senté en un banco con

la pintura toda despegada. ¿Qué hacía mama hoy en casa? Hoy debería trabajar, primero pense en llamarla, pero no, ella sabrá que estoy aquí e intentaría detenerme, no puedo ponerla en peligro a ella y a la abuela. Me levanté y seguí mi camino.

Veo el cartel que parecía nunca haberlo notado antes. Sigo de largo. Ya sé a dónde ir, el tema es por dónde. Paso normalmente por la administración, me saco el barbijo para hablar, pero no pregunto por mi hermana, pregunto por mi madre, recibiendo un suspiro de cansancio e intolerancia sin razón:

— Ella no está, le dijimos que no se necesitará de su presencia al menos por la siguiente semana, sabemos de tu abuela, Ulises.

Agradezco y antes de retroceder, una vaga idea viene a mi mente. Pregunto por el Dr. Deaton, mi médico; su oficina esta cerca de mi verdadero destino. El chico que se encuentra ahí me mira dos veces y mira para un lado, asi que decido mirar de reojo guiado por sus pupilas para encontrarme con un guardia viéndome de lejos y asintiéndole al de administración.

— El Dr. Deaton no se encuentra disponible, y menos en plena cuarentena, tu turno será reasignado para finales de junio a menos de que sea una urgencia
— No gracias, buenas tardes, respondo.

Era posible y lo sabias y por eso tenés un plan B, me dije a mi mismo. Me coloco devuelta el barbijo que se encuentra en perfecto estado y me dirijo hacia la puerta de salida, solo que al notar que la vista del guardia se desvía de mi camino vuelvo a girar yendo al baño. Algo curioso de este lugar es que el baño tiene dos entradas, una da al pasillo A y la otra al pasillo B2, facilitándome la movida. Camino entre los focos de luces blancas sobre esas baldosas que se supone son blancas también, aunque el paso del tiempo las volvió amarillentas. Vuelvo a doblar llegando a la intersección del pasillo B2 con el C1. Pediatría. Veo a mi diagonal del lado izquierdo, la oficina del Dr. Deaton, pero algo me detiene. El buzo celeste, ese celeste peculiar, ese buzo con bolsillos a los costados. No pensé y fui sin dudar un segundo, agarré el brazo de aquella chica y la di vuelta.

No era. No era ella, ¿pero qué hacía con su buzo?, ¿qué hacía con el buzo de Sara? Su cara de miedo y desconcierto me indican que todo aquello que pensaba lo había dicho en voz fuerte, logrando que se aleje junto a otra chica que se encontraba al lado suyo dejándome parado ahí por unos treinta segundos. Al lado de la chica, había un banco de madera y esterilla, me iba a sentar cuando veo una lista de pacientes en “observación para la preservación de regresividad”. Cinco hojas eran, con nombres todos en letra minúscula y quien sabe cuántos más, quien estará pensando sobre el paradero de su hijo, hermano, amigo, desconociendo

de la existencia de esta lista, esta lista que dice exactamente todo pero que nadie ve al no saber a qué se refiere.

Ahí estaba ella, ahí estaba su nombre, y un numero al lado que indicaba el receptor de su ser. Porque realmente cuando termine todo esto, cuando termine la supuesta "observación" no quedara nada. Luego había una P y abajo un horario. Extraño. Sabia donde quedaba el laboratorio. Sabia donde quedaba cada lugar de este hospital, es como mi segunda casa, o solía serlo hasta convertirse en lo que es actualmente, un lugar totalmente desconocido y terrorífico.

Mientras caminaba, básicamente trotaba por los pasillos con la hoja en la mano, intentaba que no se me escape lo único seguro que me quedaba sobre el paradero de Sara, sentí el frio, sentí la bajada de temperatura de la que tanto hablaban en la televisión y no creo que sea solo por el hecho de que era casi invierno, la gente con la que me cruzaba estaba tapada hasta donde podía. Llegué a la puerta del laboratorio, una puerta corrediza y transparente que guiaba hacia un ascensor con puertas metálicas. Siempre me pregunté porque estaría un ascensor exclusivamente en un sitio del hospital. Entré, pero este era diferente, solo bajaba. Y solo bajaba a un lugar que yo desconocía completamente; no creo estar loco, no creo que la cuarentena me haya llevado a ese nivel, sino que nunca supe de la existencia de un nivel -2.

Me despabilé al escuchar la puerta abrirse revelando cinco camillas con chicos de entre 15 y 24 años con los labios azules, tan azules como aquella vez. Los observé unos minutos, y toqué el brazo de uno de ellos que parecía apenas estar en sí. Estaba frío, y no porque se aproxime junio. Escuché unos pasos del otro lado del pasillo y decidí esconderme bajo una escalera. Eran el guardia junto a otro más, y algunos doctores que habré conocido de vista. Por delante de ellos llevaban tres chicos más, estos tenían las cabezas cabizbajas, parecían débiles, como sedados, sollozaban y en ese momento mi mente paró y recordó ese sonido similar que provenía del descanso de la escalera y de una silueta que se encontraba allí cada atardecer.

Salí corriendo y empujé a todos, al guardia, cinco veces más grande que yo, pero no importó.-SARA, grité, volví a gritar y pegar puños al aire intentando envocarle a algo. Ella se dio vuelta forcejeo contra uno de los doctores que la sostenía de los brazos y le pega una cachetada. Ella solloza devuelta, mis intentos no tienen resultado y entre las respiraciones desesperadas y las lágrimas en la cara de Sara, intenté devuelta, pero no. No hubo caso, el guardia seguía sosteniéndome, agarrándome la cara como si fuera una especie de pelota, mientras la veía a ella y a los otros tres chicos alejarse en el pasillo, ese pasillo largo que parecía convertirse en un agujero negro que se la llevaba, se la tragaba para no verla nunca más.

HABITACIÓN 72

Martina Tolosa[11]

[11] Podes seguir a Martina en www.instagram.com/martinatolosa/

Lo que más me acuerdo de cuando se fue Alejandro fue el ruido que hizo la puerta cuando la cerró. Me dio la sensación absurda de que el sonido había cambiado, pero estoy segura de que solamente estaba absorta en la tristeza más profunda que había sentido jamás. La puerta sonó a certeza, lo juro.

Con Alejandro recién habíamos llegado de Madrid, uno de los peores focos de contagio del COVID 19, en marzo de 2020. Fue un viaje de mierda. No me refiero a que no cogimos —que tampoco lo hicimos—, hablo de que apenas hablamos. No nos poníamos de acuerdo ni para comer, ni para elegir una excursión, ni un museo, ni un tren hacia algún pueblito mínimo de esos que abundan cerca de la capital española.

La idea de ir a España había sido mía, así que sentí bastante culpa de que hayamos gastado todos nuestros ahorros en un viaje que sólo confirmaría que Alejandro ya no me amaba. Mis características que solían enternecerlo o hacerlo reír, ahora resultaban desdeñables. Me convertían en una exagerada, o en una pesada, ansiosa o insistente. Cualquier cosa que tuviéramos que decidir lo terminaba apartando todavía más de mí, como si las cosas del mundo estuvieran organizadas para contribuir a que me odiase más y más.

El anteúltimo día, después de una discusión fuerte en Plaza Mayor, llegamos a la posada soñada que yo había reservado (con la esperanza de que ahí tomáramos cerveza, nos riéramos

como en aquellos años lejanos y termináramos cayendo, irremediablemente, en el sexo desesperado) y tiró la bomba, o lo que yo sentí como una bomba:

— Cuando volvamos a Buenos Aires, me voy—. Dijo, con la seriedad que solamente guardaba para los momentos que lo ameritaban.

Yo lloré, le pedí por favor que no, intenté convencerlo de todas las maneras que se me ocurrieron. No hay que convencer a la gente de que te quiera, eso lo sabemos todos. Pero qué se yo, cualquiera cree tener la receta necesaria para salir con dignidad y bien parado de ciertas situaciones, hasta que… le suceden.

Creo que hasta me desvestí para que garchemos, ahora pienso: qué falta de contacto con la realidad, que ridícula, que manera de perderme el respeto. Ese día, él se fue a recorrer lo que quedaba de Madrid y yo me quedé en la habitación de la posada llorando, sintiendo lástima por mí misma. Nos quedaban solamente algunos pares de horas juntos. Estuve a punto de pedirle una despedida, un revolcón en la cama, un montón de besos, no sé. Necesitaba un cierre. Algo que me dejara, por el resto de mi vida, un buen recuerdo de nuestra relación y de aquel viaje de mierda.

Alejandro fue implacable: no íbamos a tener un cierre. Ni siquiera íbamos a dormir en la misma cama aquella noche.

Pidió una frazada a la señora que atendía la posada y durmió en el sillón, como recordándome las peores épocas de mi infancia en las que mis propios padres estaban a punto de divorciarse. Por primera vez pude enojarme en lugar de llorar.

— Sabés como me cagó la vida el divorcio de mis viejos, sabés el significado que tiene para mí que duermas en el sillón. ¿Ni siquiera te va a importar eso?

El que contestó no fue el Alejandro con el que yo había estado los últimos diez años, sino otra cosa. Una cosa llena de maldad y resentimiento, o peor, una cosa que no me registraba, ni a mí ni a mis emociones.

— Crecé, Julieta.

Pidió cambiarse de asiento en el avión. A eso llegaba su crueldad. Yo había dejado de ser su novia para convertirme en un monstruo desagradable que él no quería tener cerca. Creo que de las doce horas que duró nuestro viaje a Buenos Aires, diez las pasé llorando. El tipo del asiento de al lado me miró primero con lástima, expresión que después pasó a ser un híbrido entre molestia y confusión. A mí no me daba vergüenza llorar. Si eso traía a Alejandro de vuelta a mi lado, hubiera sido capaz de cantarle una serenata romántica arriba del avión. Pero sabía que no había vuelta atrás.

Cuando llegamos a Ezeiza llovía a cántaros, como si el escenario estuviera ya dispuesto para la peor separación posible. Caminé al lado de Alejandro como si todavía estuviésemos unidos por algún tipo de vínculo. Él, mudo.

— Estimados pasajeros del vuelo 3342: Debido a que acaban de regresar de una zona de riesgo importante por el alto contagio del virus COVID 19, serán trasladados al hotel que el gobierno de la ciudad de Buenos Aires disponga por un lapso de catorce días. Favor de presentarse en el mostrador de Aerolíneas Argentinas.

El anuncio nos cayó como un baldazo de agua fría: los pasajeros corrían de un lado a otro, incluyéndome a mí, que corría detrás de mi exnovio para saber a dónde nos llevarían. Se escuchaban quejas y resoplidos, gente hablando por teléfono con sus familiares, en fin. Un caos.

Después de que nos hicieran las pruebas pertinentes, nos subieron a un colectivo rudimentario que nos llevó a uno de los hoteles dispuestos para los viajeros. Un hotel de tres estrellas en el centro de la Capital, un poco avejentado. Ya dentro, nos dieron las llaves de nuestras respectivas habitaciones. Le entregaron a Alejandro la número setenta y dos, y a mí nada.

— Disculpe, señor —dije —Falto yo.

— Usted tiene la setenta y dos—. Dijo el voluntario calvo.
— No, no —interrumpió mi ahora exnovio —Nosotros no estamos juntos.

El tipo buscó algo en la computadora de la recepción y puso cara de examinar la pantalla.

— Julieta Montes. Sí, sí. En efecto. La setenta y dos.
— Maestro… —arremetió, con algo de soberbia, Alejandro —Nosotros nos acabamos de separar, no podemos compartir la habitación. Puedo dejarle la setenta y dos a ella y vos me ubicás en otra a mí.
— Maestro… —dijo, irónicamente, el voluntario —Hay ochenta habitaciones, todas ocupadas. Todas. Las dobles por los matrimonios. Las simples por los solteros. La información la proporcionó Aerolíneas Argentinas de acuerdo a los pasajes que sacaron, y ustedes estaban juntos. Si se separaron, no sé, qué se yo. Te llevo unas mantas para que improvises una cama en el sillón.

Se pelearon enseguida. Alejandro lo puteó al tipo, a Aerolíneas, al hotel y a María Santísima. Yo, muda. Emprendimos el camino hacia la habitación setenta y dos, la que nos tendría cautivos los próximos catorce días.

— Al menos no te pusieron con un desconocido—. Dije para calmar a mi ex.
— Hubiera sido preferible.

Lloré de nuevo: odiaba hacerlo, pero era incontrolable. Si no sacaba las lágrimas de mi organismo, sentía que me ahogaría.

Me tiré en la cama de dos plazas que jamás compartiríamos. Alejandro se sentó en su sillón poco higienizado, con las manos tapándose la cara. Yo me saqué la ropa que traía del avión y me quedé en corpiño y bombacha frente a él.

— ¿Te acordás cuando me compraste esta tanga?

Ni siquiera me miró. Me sentí un gusano. Una cucaracha desagradable que intentaba usar su sexualidad para reconquistar a quien alguna vez la había querido. Ni siquiera apelando a sus más bajos instintos podía atraerlo. Me puse un jogging y me tiré a la cama cuyo acolchado estaba, también, muy poco higienizado.

Eran las tres de la tarde y el voto de silencio persistía. Alejandro sacó un libro de su bolso y se puso a leer. Yo prendí la tele.

— Estoy leyendo. Apagá.

Le hice caso. Evitaba pronunciar mi nombre: creo que era una especie de castigo que me había dispuesto. Lo que no se nombra, no existe.

Me quedé charlando con mis amigas por WhatsApp. Ninguna podía creer lo que estaba pasando: pasar catorce días en cuarentena con tu ex suena a película mala de Hollywood. Una de esas comedias en las que los protagonistas terminan juntos. Lamentablemente, este no sería el caso.

Le mandé una foto nuestra por WhatsApp: una foto de hacía cinco años en Lima, Perú. Nuestro primer viaje juntos. En ese momento, tanta felicidad parecía haber ocurrido en otra vida. Creí que la foto podría despertar su sensibilidad, tocarle ciertas fibras, recordarle el amor que nos teníamos y que podíamos recuperar. Me respondió bloqueándome. Otra vez lloré. En silencio.

Me dormí, creo. Pasaron las horas hasta que el teléfono de la habitación sonó a las nueve en punto. Era uno de los voluntarios informándonos que habían dejado la cena en el pasillo. Alejandro abrió la puerta y tomó la suya. Yo fui detrás. Fideos con salsa.

Su ley de hielo continuaba. De cuando en cuando miraba el celular y desviaba una llamada. No logré ver de quién. Otras veces —mirando la pantalla— lanzaba alguna risa. Eso me dolía en el alma: Alejandro no estaba triste, estaba profundamente furioso. No le costaba absolutamente nada ignorarme, fingir que yo no estaba en esa habitación. No le importaba el hecho de que fuéramos a estar los próximos trece días confinados en una pieza de dos por dos. Eso no le

hacía recapacitar, no le movía ninguna fibra sensible pasar el tiempo con lo que solía ser su novia y que ahora era un conjunto de lágrimas, sollozos y quizá, eventualmente, algún ataque de pánico.

Dormir fue prácticamente imposible, no por el hecho —al que yo ya estaba acostumbrada— de que Alejandro roncase como un animal, sino porque, de repente, éramos una expareja. Nombrarnos así me quitaba el sueño.

A las tres de la mañana tenía los ojos abiertos y la cara mojada de tanto llorar. Él, impasible, seguía con su orquesta de ronquidos y respiraciones varias. Creo que logré pegar los ojos como a las cuatro o cinco de la mañana.

Cuando me desperté dormía a mi lado. Los ojos y la boca cerrados, la respiración como entonada, todos sus rasgos en perfecta armonía. Le di un beso para despertarlo.

— Qué suerte que estás acá —le dije, embelesada con su cara. Respondió sonriéndome. Me abrazó y me sacó el pijama con delicadeza, pasó la lengua por todos los sectores en los que debía, se subiósobre mí con la energía de siempre. Orgasmo mío: inmediato, fortísimo, de esos que te trasladan a otra dimensión: a la de la vida real.

Abrí los ojos y me desperté en el plano más doloroso posible: Alejandro ya no me amaba. Estaba afuera fumando un

cigarrillo. Eran las nueve de la mañana. En la mesa del balcón, una taza de café sucia y un plato lleno de migas. Me acerqué.

— ¿Desayunaste?

Nada. Ni un sí, tampoco un no, un respiro, una respuesta con lenguaje no verbal. Absolutamente nada. Fue como hablarle al aire o como no hablarle a nada.

Mi bandeja de desayuno ya no estaba en el pasillo: cuando llamé para que me la alcanzaran, me dijeron que la comida de las bandejas que los huéspedes no consumían era donada a no sé qué otro sitio cerca de ahí con gente necesitada.

- — Podrías haber entrado mi bandeja, ¿no?— le reclamé, por primera vez, a Alejandro.
- — Podrías no haberte cogido a mi hermano—. Contestó sin que se le moviera un solo músculo de la cara. Era la primera vez que me hablaba durante horas.

Por fin comprendí todo: Alejandro se había enterado de aquel episodio que había sucedido cinco años atrás. Por eso me odiaba así, con saña. Pensé por unos segundos qué responder.

- — Alejandro, yo… estaba mal. Por favor. Pasaron cinco años, pensá en todas las cosas hermosas que vivimos después—. Le dije. Entonces entró de nuevo a

nuestra habitación y cerró la puerta del balcón de un golpe.

— ¿Cinco años? Sí, Julieta, pasaron cinco años. ¡Pero yo me enteré en Madrid, hace una semana! ¡Una semana! ¡Y ni siquiera por vos!

De repente me enojé. El hecho de que supiera algo así y no dijera nada me pareció inhumano, monstruoso.

— ¿Y por qué no dijiste nada? ¿Acaso te importa un pito que tu hermano se coja a tu mujer?
— Quería que me lo dijeras vos, pero fuiste incapaz porque sos una sádica, los últimos cinco años estuvimos viviendo una mentira y no fuiste capaz de ser sincera. Cinco años viéndome la cara de boludo, qué increíble, sos una desconocida.

Me dieron ganas de llorar. El ataque era muy fuerte. Alejandro no era de gritar, pero en ese momento estaba fuera de sí mismo. No pude evitar que las lágrimas se me cayeran.

— Encima llorás. Sos una hipócrita. Me venís a decir que pasaron cinco años, como si el tiempo tuviera algo que ver. A mi hermano te cogiste, hija de puta.
— No hace falta que me insultes—susurré, entre hipos. —Y pasó una sola vez.
— ¿Una sola vez? ¿Y a mí qué carajo me importa si fue una vez o cinco o cien? Si no querés que te insulte,

entonces no me hables, no me busques, no quiero saber nada con vos. Sos la persona que más me lastim… Ya está.

— Si soy la persona que más te lastimó, ¿por qué no mostrás ni un mísero sentimiento? No llorás, no me puteás, no hacés nada.
— No vale la pena. Ni siquiera te conozco.

Lloré de nuevo. No podía respirar. Los hipos se me atascaron en el medio de la garganta, me sentí ahogada. Las piernas se me aflojaron como si se estuvieran desabrochando de mi cuerpo. Nos íbamos a separar: era un hecho.

— ¿Me perdonás?— le pregunté, con un hilo de voz apenas perceptible.
— ¿Eh? No. No te perdono. No quiero que me hables, ni siquiera que me mires. Lo único que quiero es que se pasen rápido los próximos días para no verte la cara nunca más en mi vida.
— ¿Y nuestras cosas? ¿El departamento? ¿Qué vas a hacer?
— Quedate con todo, no me importa.
— ¿Tus guitarras? ¿Los peces?
— Quedate con todo. Pero por favor te lo pido: no me hables más.

Lloró. Quiso esconderlo, pero lo vi. Me acerqué para abrazarlo, contenerlo, pero se alejó de un salto y se quedó en

el balcón que daba al pulmón del hotel. Tres horas se quedó ahí, mirando a la nada. Estaba de espaldas, pero se lo veía sollozando, la espalda se le encorvaba y sus músculos se contraían y se relajaban varias veces en poco tiempo. De tanto en tanto se escuchaba un gimoteo. Había destruido a Alejandro.

Vi que había dejado su celular tirado en el sillón donde había dormido y por fin pude ver quién había llamado tan insistentemente: Javier. Veinticinco llamadas perdidas.

Pasamos sin hablarnos los siguientes trece días. Cuando terminó nuestra cuarentena, Alejandro cerró la puerta de la setenta y dos de una manera especial. Ruido a certeza.

Nos separamos para siempre.

EL ABRAZO

Isaías M. Creig[12]

[12]Podes seguir a Isaías en www.instagram.com/sentenciogomez/

1

Abajo los cadáveres se pudren bajo el sol. Desde mi departamento en el piso trece no los veo y por suerte tampoco los huelo. Ahora escribo frente a un ventanal que va desde el piso hasta el techo de mi casa con un vidrio doble, el cual hace unos años servía para evitar los ruidos molestos de la calle pero que ahora sólo reproduce el silencio del afuera. Sobre mi mesa un florero con flores artificiales distrae el gris de mi mirada, un sahumerio de palo santo invade el ambiente y la respiración que aprendí en yoga mantiene mi mente clara. Mi casa es amplia y limpia, tengo un piano de cola, tres baños, una cocina con vista al Rio de la Plata y habitaciones que no bajan de los veinte metros cuadrados cada una. Tengo mi alacena llena, salud y trabajo; eso es una cuestión para agradecer en los tiempos que nos tocan vivir. Mientras acaricio con mis pies descalzos la alfombra blanca y mullida debajo de mi escritorio, miro cada tanto hacia la calle para asegurarme de que sigo lejos. Entonces aparece Blanca con sus ochenta y tres años y una bandeja a cuestas. Deja a mi lado un vaso de leche con galletitas, tu merienda Federico, me dice para luego retirarse en silencio. Agarro una galletita y le doy un mordisco mientras miro hacia el horizonte. Estoy condenado a vivir entre la imagen magnánima de este mundo y la pequeñez de nuestra humanidad.

2

Hoy los cuerpos llegan por primera vez a mí en forma de un aroma agridulce. Me asomo a la ventana y corroboro que las montañas crecieron aún más. Suspiro porque de todas formas me mantengo a una distancia considerable. Decido concentrarme en el horizonte y el río.

Apenas comenzó todo, la situación estaba controlada. El gobierno había previsto camas, respiradores, servicios básicos de subsistencia y cuarentena por un mes. Contábamos con el tiempo de nuestro lado. Todos los habitantes de este país tomamos las precauciones necesarias: aislamiento, higiene y distanciamiento social. Nunca imaginé que la prevención podía ser la causa de nuestra muerte humana.

3

Cuando el virus comenzó a debilitarse y la vacuna llegó a nuestras vidas el asunto pasó a formar parte de nuestro recuerdo. Sin embargo, el distanciamiento social y físico luego de un año de practicarlo se convirtió en una costumbre social. Con el tiempo dejamos de abrazarnos, besarnos y tocarnos. En cada lugar los dos metros de distancia con otras personas fueron la norma cultural y casi no cruzábamos palabras con nadie que esté por fuera del espectro virtual. Y así, poco a poco, sin que nos diéramos cuenta los cuerpos

como medios de expresión dejaron de ser importantes y todo tipo de relación comenzó a ser a distancia; una distancia que se fue prolongando cada vez más. Fue así como llenamos nuestras alacenas, acumulamos mercadería en depósitos privados, ambientamos nuestras casas con todas las comodidades y nos recluimos. Ya no hacía falta estar presente en lugares para dar cuenta de que existíamos, con encender la computadora y mostrar nuestra cara, todo estaba bien. En cuanto al sexo, la pornografía siempre estuvo a mano y fuimos capaces de inventar todo tipo de implementos tecnológicos para compartir con un otro con el cerebro lo que antes sentíamos con el cuerpo. Los años pasaron hasta que se crearon los famosos avatares que trabajaban y socializaban virtualmente por uno. Ya ni siquiera había que estar frente a la computadora, el personaje virtual gracias a un tipo de inteligencia artificial, aprendía en el lapso de tres meses todo lo concerniente a nuestro trabajo. De más está decir que esto era considerado ilegal, pero la legalidad a veces no la hace la justicia sino las propia repetición de la acción a través del tiempo. Así que la venta de avatares fue un éxito en el mercado negro a tal punto que en pocos meses casi toda la sociedad perteneciente al mercado formal de trabajo contaba con uno. Así fue que nos dedicamos a sentarnos en nuestros cómodos sillones durante otros tantos años, encerrados, cómodos y distanciados de los demás cuerpos hasta el día en que apareció el primer cadáver.

4

Y luego otro más y otro y otro. En cada esquina los cuerpos fueron amontonándose como bolsas de basura. Al principio se armó un pequeño escándalo, pero la misma distancia creada entre nosotros hizo que la novedad se transformara en rutina. Desde entonces nadie se preocupó por aquellos cuerpos que se hicieron parte del paisaje. Eran desechos obvios de un sistema virtual implementado. Por mi parte, cuando vi el primer montón sólo pensé en que se veían como muñecos de cera derretidos.

En mi casa el primero en morir fue mi padre, quien se desplomó frente a la computadora. Yo fui quien lo encontró y al verlo me quedé inmóvil sin saber qué hacer. Hacía tanto tiempo que no lo tocaba que había perdido el norte de su existencia. Estando en la misma casa nos hablábamos a través de nuestros avatares, así que cuando vi su cuerpo arrugado derramado sobre el teclado no sentí absolutamente nada. Llamé al resto de la familia y sin tocarlo nunca directamente lo envolvimos en sus sábanas y llamamos a emergencias. “Si el cuerpo ya no vive sólo tiene que dejarlo en la vereda, el recolector pasará a recogerlo” respondió la operadora con voz mecánica. Así que, no sin esfuerzo, lo bajamos a la calle y allí lo encastramos en una de las tantas pirámides humanas que se desplegaban sobre la cuadra. “Para qué se gastan en bajarlo,

yo a mi abuelo lo tiré por la ventana” nos dijo un vecino al vernos acomodar a nuestro padre. Nos miramos sorprendidos y avergonzados por no haber pensado en aquella solución tan práctica.

Mi padre dejó su avatar en piloto automático así que en la virtualidad seguía trabajando gracias a la inteligencia artificial. Cuando el resto de mi familia vio esto y se dio cuenta de que podía seguir viviendo sin cuerpo decidió lanzarse al vacío por motus propio, “es como dicen en los foros, Fede, este cuerpo ya no sirve para nada” me dijo uno de mis hermanos antes de tirarse. Entre cada muerte no pasó más que un día. Los recolectores nunca recogieron los cuerpos y ante cada uno de mis reclamos la operadora respondía que estaban colapsados, que había una demora de meses; de todas formas a esa altura ya sabía que ella era un avatar en piloto automático.

5

Tres días después de la muerte física de mi madre, la última en lanzarse, decidí seguirla. Abrí los ventanales, asomé las puntas de mis pies descalzos, aspiré profundo y me dispuse a saltar pero a mitad del impulso el grito de Blanca me detuvo: “¡Ya está lista su merienda, señor Federico!” Esto me sobresaltó porque ella nunca gritaba. Entonces, ahí mismo,

caí en la cuenta de que Blanca era, hasta el momento, para mí, un cuerpo en piloto automático deambulando en mi casa.

Abandoné el precipicio pensando en que no era buena idea lanzarme sin merendar antes. Cerré los ventanales y le dije que me la traiga al comedor. Entonces ella, luego de acercarse y dejar la bandeja, me miró y con un gesto tan natural como sutil apoyó su mano sobre la mía. No puedo precisar con palabras lo que sentí en ese momento, tan sólo con decir que el tacto de su piel con la mía me produjo tal conmoción que me desmayé, ya estoy dando cuenta de lo mucho que me afectó. Aquel suceso me descolocó de tal forma que ya no pude ser el mismo. Mi memoria afectiva se reconecto a mi cuerpo despertándome a una nueva vida. Lo que había olvidado estaba de nuevo en mí, porque siempre había estado ahí.

6

Nunca más Blanca se atrevió a repetir el gesto y yo tampoco supe pedírselo. No sabía cuándo, ni cómo, no tenía el coraje y tampoco podía expresarme a través de mi avatar porque Blanca no tenía uno. Pasaron años en los que mis debates internos fueron profundizándose, pero un día no pude soportarlo más, por fin enfrenté todos mis miedos e indecisiones y decidido, apretando los puños a ambos lados

de mi cuerpo caminé hasta su habitación. Te dejé un budín de limón en el horno, me dijo al verme entrar, luego se desplomó. Desde donde yo estaba no era más que un pequeño ladrillo en el medio de una habitación oscura y gris. Me agaché a su lado y acaricié sus manos, su piel se sentía como un papel suave y resquebradizo. Las acerqué a mis mejillas y me acaricié. La sensación era extraña, pero no revitalizante. El aroma a limón que desprendían me recordó su budín en el horno. Una gota de agua que salió de mis ojos me asustó al principio, luego recordé lo que significaba y largué muchas más.

Una vez que me deshice de Blanca, embargado por el descubrimiento de mi soledad, decidí por fin terminar con mi cuerpo tanto virtual como físico, así que nuevamente abrí los ventanales, asomé mis pies al vacío y mire hacia abajo: desde arriba las montañas de cuerpos parecían hormigueros desparramados sobre un campo de cemento y suciedad. Me pregunté si en este mundo habitaría en algún lugar alguien de carne y hueso como yo. Al ver aquel paisaje desolador descubrí que el silencio que provoca la soledad es el ruido más hiriente en la carne de cualquier humano. Entonces las vi: dos hormigas caminando entre aquellos hormigueros. Recordé los cientos de historias que repetían en los chats grupales dónde yo participaba, leyendas urbanas sobre personas marginales, caídas del sistema que todavía vivían permitiéndose tocarse y comunicándose a través del tacto.

Estos cuentos provocaban toda clase de comentarios y muchas veces eran utilizados por padres y madres para asustar a sus hijos si no se comportaban como era debido. Giré sobre mis pasos y casi corriendo fui en busca de mis binoculares. Enfoqué y pude distinguir a dos hombres. El corazón comenzó a palpitarme con fuerza mientras que mis manos transpiraban a mares. Hacía tiempo que no sentía a mi cuerpo tan mío. Me abalancé hacia el ascensor y luego corrí desesperado hasta detenerme frente a ellos. Vestían con restos de lo que alguna vez fue ropa, tenían barba, pelos largos y sucios, sus ojos se veían pequeños, pero luminosos. El olor a podredumbre revolvió mi estómago provocándome nauseas que logré controlar, quiero abrazarlos, les dije entonces. Me miraron primero sorprendidos pero no asustados, luego sonrieron con sus ojos y después con sus bocas. Sonrieron así durante unos segundos hasta que, por fin, abrieron sus brazos; yo inhalé profundo, abrí los míos y caí sobre ellos.

LAS ÚLTIMAS PALABRAS QUE ESCRIBÍ

Alejandro S. Hernández[13]

[13] Podes seguir a Ale en www.instagram.com/ultimovuelo.libro/

No se sabe bien a partir de qué momento todo se volvió irreversible, si fue cuando la catástrofe sanitaria abrió la puerta al regreso de erradicadas enfermedades o cuando el colapso económico dio lugar a la anarquía total, pero lo que si sabemos hoy es que la pandemia terminó con la vida tal cual la conocimos hasta el año 2020, cuando todo comenzó.

Recuerdo esos primeros meses, de uno en uno todos los países del mundo fueron aplicando distintos protocolos de emergencia, los más repetidos fueron la cuarentena, o el aislamiento, primero parcial, luego total y en algún caso directamente el Estado de sitio, para volver más severo el control de circulación de la población, porque al principio el plan era ese: frenar la circulación de la población y, en consecuencia, del virus, para evitar su propagación.

Los problemas empezaron con el pasar de los meses, ya a medidos de ese año, cuando se suponía que la (tan mencionada en esa época) curva del efecto contagio tenía que tender hacia abajo, no lo hizo. Los países europeos que más afectados se veían en ese entonces, Italia, España y Gran Bretaña, no sólo no vieron caer la cantidad de contagiados por el COVID-19 al llegar el calor, sino que se aceleraron. Para dar un ejemplo, Italia entró en mayo del 2020 con 150 mil infectados, para agosto superaba los 500 mil, y los muertos superaban los 120 mil.

Al extenderse la vida del virus, impensada para todos en ese momento, hizo que se extendiera la cuarentena y se recrudezcan los controles sanitarios para seguir evitando la circulación de la población, pero el factor económico empezó a ser una variable cada vez más preponderante para elaborar un plan a más largo plazo de lo esperado.

Al finalizar el 2020 se estimaban unos catorce millones de contagiados en el mundo, claro está, porque se creía aún que China había logrado frenar la epidemia. El pánico mundial empezó en marzo del 2021, cuando un cable que nunca se aclaró bien de donde surgió, pasó de mano en mano, de mandatario en mandatario europeo hasta llegar a los expertos en salud que tomaban las decisiones para enfrentar la pandemia; el cable sencillamente informaba que el gobierno chino había estado mintiendo desde el día uno, que los casos informados siempre fueron infinitamente menores a los reales, y que en marzo del 2020 la curva no había descendido como se creía, sino que en diciembre del 2020 China tenía no menos de cincuenta millones de infectados.

Por primer vez, no había un plan certero, la idea del aislamiento, la cuarentena o el estado de sitio como solución a la pandemia, eran puestos en duda y abandonados por algunos países, como lo hicieron México, Estados Unidos, España, Ecuador y Japón entre otros. El resultado fue catastrófico,

pocos meses tardaron en intentar volver al aislamiento, pero todos sin éxito.

Recuerdo ese discurso de Donald Trump antes de ser derrocado por el congreso de los Estados Unidos, mismo congreso que un tiempo antes lo había declarado reelecto de manera unánime y sin elecciones, dada la "situación de emergencia mundial". Trump decía por cadena nacional (y casi mundial) un 10 de marzo del año 2021:"*Si queremos recuperar nuestra América, si queremos poner de pie a nuestra gran Nación nuevamente, debemos volver a nuestros trabajos, a nuestros colegios, a nuestros deberes como ciudadanos, ya ha quedado demostrado que la cuarentena de nada sirve, solo provocó la destrucción de la economía y la expansión de esta espantosa gripe china, hagamos todos juntos, hoy más que nunca, América grande de nuevo.*"

Seis meses después de esto, Estados Unidos veía triplicados sus casos de COVI-19 y esta vez la economía no se detenía por orden del ejecutivo, sino por la brutal crisis sanitaria; los hospitales no daban a basto, todos los estadios y centros deportivos eran usados como hospedajes de emergencia, Estados Unidos era un territorio de guerra. Para noviembre del 2021 superaba los doce millones de infectados y casi dos millones de muertos.

A fin del año 2021 la situación del mundo era totalmente caótica, algunos países reforzaron severamente sus fronteras,

militarizando cada metro disparando a cualquier persona o cosa que intentara ingresar. Dentro de estos países que optaron por la opción del aislamiento total, la economía capitalista clásica fue reemplazada por un pseudo comunismo, donde el dinero había dejado de circular y todo se canjeaba o se distribuía de manera variada por las fuerzas del Estado. Los países que mejor hicieron esto fueron aquellos que contaban con los recursos para hacerlo, claro. A los tres que mejor les fue, son Canadá, Argentina y Australia, aunque también lo intentó durante un tiempo corto Madagascar, pero luego contaré que pasó con la inmensa isla africana.

Estos tres países organizaron la forma de continuar con la producción de alimentos primarios para poder distribuirlos en toda la población (primero fue en las zonas de pobreza y marginalidad, pero al dejar de funcionar el sistema monetario, fue necesario en todo el país) y así evitar el descontrol total, como pasaba en muchos países donde los saqueos no se hicieron esperar y la economía y la organización estatal colapsaron rotundamente.

Durante un tiempo considerable funcionó muy bien, pese al avance de la enfermedad en los tres casos, hubo un tiempo de paz social, aunque inevitablemente con algunos brotes de violencia, pero que eran rápidamente controlados. Así Argentina, gradualmente pasó del capitalismo al comunismo soviético más severo entre el año 2022 y el 2027 cuando

finalmente todo colapsó. Canadá logró una estabilidad similar, pero hasta el año 2025, cuando el control fronterizo ya no pudo contener las olas de estadounidenses ingresando al último país del norte continental, lo cual causó un colapso en el sistema comunitario, saqueos en todas las ciudades y una posterior anarquía total.

Lo de Australia fue muy distinto, ya que empezó con el "comunitarismo" recién en el año 2024, cuando un cuarenta por ciento de su población tenía COVID-19, colapsando de manera gradual, pero total, a la economía. Fue entonces cuando el gobierno aprobó el fin de la moneda como elemento de intercambio, y se reemplazó por el racionamiento forzado en manos del Estado, tomando como modelos a Argentina y Canadá, que para ese entonces parecían ser los únicos países del mundo con estabilidad social.

Pero duraría muy poco este sistema para el país de Oceanía, y no por mal funcionamiento, al contrario, se cree que luego de implementar el comunitarismo, Australia logró torcer la tan mentada curva de la enfermedad. A los doce meses de haberse cambiado el sistema económico, parecía tener controlada la epidemia al haber podido aislar completamente a los afectados y tener total control sobre los alimentos de toda la población. Pero fue en ese momento que ocurrió el famoso suceso de abril del 2025. Quizás este sea el momento exacto en el que la humanidad perdió completamente la

esperanza de volver a la normalidad perdida cinco años atrás, quizás fue aquí cuando le vimos el verdadero rostro al ser humano. Esa raza que se creía imbatible, comenzaba a desaparecer.

A comienzos del año 2025 el Japón vivía una crisis brutal, el ejército dividía sus tareas en repeler todo intento de invasión de China por agua y aire, que para ese entonces había visto perecer más de 200 millones de personas a causa del COVID-19, y con el colapso de su sistema sanitario en 2024, habían revivido viejas enfermedades extintas, como poliomielitis, la difteria y la viruela, que también comenzaban a atacar sin piedad a esa gigantesca población enferma y desahuciada.

Intentado frenar todo tipo de invasión desesperada de chinos, el ejército nipón también buscaba contener el caos social reinante tras el colapso financiero; el noventa por ciento de los japoneses no estudiaba ni trabajaba, a duras penas buscaba conseguir alimentos para no morir de hambre en las calles desiertas de ciudades que alguna vez fueron envidia del mundo.

Fue con este escenario desesperante, que el gobierno japonés pensó en una salida, de la cual hay dos hipótesis: la primera es que la invasión era para buscar alimentos y un nuevo territorio donde intentar reorganizar el país para combatir la pandemia, pero la otra, quizás la más realista, encontrar un

territorio “sano” donde la clase dominante japonesa pueda estar segura del caos total en el que estaba inmerso Japón.

Sea el motivo por el que fuere, el 15 de marzo del año 2025 Japón empezó el intento de invasión sobre Corea del Norte. Pasando por encima de la arrasada Corea del Sur, que había sido aplastada por el COVID-19 de manera fulminante. El ejército japonés llegaba a las puertas del reino de Kim Jong-un. La invasión se produjo primero por tierra para neutralizar la defensa de frontera y luego por aire, con cientos de aviones de guerra con el objetivo de destruir en toda Corea del Norte las posibles respuestas.

Todo parecía muy sencillo para el Japón, en sólo veinte días había avanzado hasta el centro del socialista país vecino. Kim Jong-un, en los primeros días del ataque había aparecido fervorosamente en los medios de comunicación, pero a partir del primero de abril, nada se sabía de él. El 6 del mismo mes, las autoridades japonesas daban por sentada la victoria, se especulaba que para el 15 de ese mes, se tendría control absoluto sobre el territorio.

La alegría para el Japón era doble, porque no sólo conquistaba un territorio enorme, muy útil para darle respiro al castigado país, sino que corroboraba lo que se creía, en Corea del Norte el COVID-19 había sido neutralizado mediante un aislamiento total por tres años, en 2024 el Corona virus había dejado de existir en ese país. Todo

marchaba a la perfección para el gobierno nipón, hasta el 10 de abril del 2025.

A las 14hs la Fuerza Aérea Japonesa emitió un alerta a Tokio, informando:

"*un inminente ataque contra territorio por una fuerza militar extranjera mediante el uso de armas de destrucción masiva.*"

Este alerta era automático, se recibió en la sede central del gobierno japonés, y mientras intentaban comprender a qué hacía referencia, sobre el Japón cayeron veinte bombas que habían sido lanzadas desde algún punto remoto del Mar de China Oriental.

El Buró de Dirección de Artillería de Corea del Norte al ver inminente la derrota, sacó del país todos los misiles nucleares y los subió a un portaaviones de bandera presuntamente china. La descontrolada situación japonesa sin dudas ayudó a que esta operación diera resultado sin ser descubierta a tiempo. Desde este portaaviones es que salieron los Taepodong-2 y los Hwasong-15 con destino a Japón, imposible saber cuántos lanzaron, pero con certeza sabemos que veinte dieron con territorio nipón. Con el mero impacto de los proyectiles se extinguió la vida de unos 100 millones de japoneses, pero la verdadera catástrofe fue lo que vino después.

Las ojivas nucleares de los misiles contenían plutonio y uranio, que al explotar entraron instantáneamente en una reacción en cadena de fisión nuclear descontrolada, provocando la explosión y la destrucción total dentro de un perímetro limitado, pero además volvieron al entorno circundante altamente radiactivo, dejando secuelas irreversibles en el organismo de cualquier ser vivo. La expansión de la explosión nuclear fue gigantesca, llegando a toda Asia y también, a Oceanía.

China se encontraba en una etapa terminal, su población en mediados de 2025 no debía superar los 300 millones, y el resto de los países asiáticos se encontraban en la misma, o peor situación, como fue el caso del sudeste asiático, que para 2024 prácticamente no tenía servicio eléctrico activo, lo que provocó la falta de alimentos y un silencioso genocidio a causa de la hambruna.

Con el fallido intento de la invasión a Corea del Norte, no sólo se terminó con casi la totalidad de la vida humana en Asia a causa de la contaminación, sino también con la de Oceanía, que de manera pacífica y organizada, intentó sostenerse en pie con el plan comunitario. La contaminación llegó tan pronto que nada pudo hacer el gobierno, a duras penas distribuían alimentos y sostenían los centros de atención sanitaria para los infectados con el COVID-19, la

radiación terminó con toda vida vegetal, el desenlace fue incontenible: hambruna, caos, saqueos, muerte y exterminio.

Cuesta recordar con claridad lo que fue pasando, porque fue todo simultáneo en todo el mundo, aunque con distintos grados y etapas que se fueron dando temporalmente alternativas según la región. Los pocos como Australia, Canadá y Argentina, que resistieron más tiempo, fueron de una u otra manera alcanzados por la desgracia de sus vecinos.

Algo parecido a lo de Corea del Norte, vivió Irlanda (en 2021 se unificó ante la necesidad de combatir el COVID-19) cuando desde Inglaterra, la Marina Real le declaró la guerra al "*no querer colaborar con el Reino Unido*". Fue también en el 2025, Inglaterra vivía una anarquía absoluta, millones de infectados, millones de muertos, la economía colapsada y por consiguiente, los saqueos y el enfrentamiento de civiles y militares a la orden del día.

Irlanda se sostenía estable, aislada del mundo por completo, hacía lo que podía para detener la enfermedad, pero en medio de este plan, fue brutalmente atacada e invadida por Inglaterra, quien en poco más de seis meses hizo colapsar el sistema de la pequeña isla, llevando a ésta al mismo destino que sus vecinos. Para mediados de 2025 la anarquía reinaba también aquí, todo el Reino Unido estaba colapsado camino al exterminio.

Como dije que pasó en China, fue sucediendo lentamente en todo el mundo: el colapso económico arrastró al colapso sanitario, quien sin presupuesto dejó de fabricar y distribuir vacunas, lo que junto a la extinción de los sistemas sanitarios de las ciudades, provocó el regreso de erradicadas enfermedades. Para el año 2025 la guerra ya no era sólo contra el COVID-19, sino contra antiguas epidemias y el hambre.

En ese año, al enterarse de la guerra entre Irlanda e Inglaterra, el Almirante Sotomayor unilateralmente decidió tomar los doce barcos de guerra argentinos y recuperar las Islas Malvinas. Primero se atacaron los puertos de ambas islas, y luego por tierra se fue avanzando casi sin oposición. Las Islas habían sido prácticamente abandonadas por el Reino Unido desde el año 2023 cuando colapsó su economía por completo. En unas pocas horas del primer desembarco, Sotomayor hacía izar la bandera Argentina en esas islas tras cuarenta y tres años.

Pero antes de hablar de nuestro continente, voy a mencionar lo que ocurrió con África. El continente negro había sido el menos afectado inicialmente por el virus, quizás por ser el más aislado de Europa o Asía, pero esto duró poco. Para el año 2021 cuando se evidenció que la pandemia no se detendría tan fácilmente, comenzaron a emigrar miles de europeos al África con la esperanza de encontrar algún tipo de

refugio. Por fuerza de corrupción, o de violencia directa como pasó con la invasión de la alianza Francesa-Italiana sobre Madagascar (el intento de reordenar el país de manera comunitaria, sucumbió ante la violenta invasión), unos siete millones de europeos llegaron a los países africanos entre 2021 y 2024, el resultado fue apocalíptico.

Los países africanos que contaban con los sistemas de salud más precarios del planeta, se vieron sobrepasados a los pocos meses de superar los cuatro dígitos de contagiados, para el 2025 no había región de África que no sea azotada por los saqueos y la violencia brutal entre civiles y militares o paramilitares. En 2026 África entera ya no tenía energía eléctrica, por lo que casi no se supo más nada de esta región.

En Europa la última región en caer fue la rusa, de alguna forma logró aislar su parte asiática para evitar el avance de la contaminación por la guerra Corea – Japón, pero aún así no pudo con el avance del Coronavirus, al colapso económico del 2025 le sobrevino uno de los inviernos más fríos registrados, por lo que las fallas cada vez más seguidas en el sistema eléctrico se sumaron a la escases de gas, dando como resultado una infinidad de muertes a costas del frío y la hambruna.

Rusia logró evitar la migración masiva de los ex países soviéticos, también evitó que la radiación asiática llegué a su parte europea, pero no pudo evitar la crudeza de un invierno

que mató media población en dos meses. Durante el 2026 y 2027 Rusia iría irremediablemente cayendo en la misma desgracia que sus vecinos europeos: saqueos, enfrentamientos sangrientos entre civiles y militares, incrementando de esta manera la pandemia y reaparición de enfermedades.

Antártida fue el único rincón habitado del planeta que nunca supo del Coronavirus, pero lamentablemente no hizo falta para su llegada. Al quedar las bases aquí situadas totalmente abandonadas por sus naciones, para el año 2025 se habían acabado todos los suministros. En los años previos se vivieron situaciones desesperantes, las bases que primero se quedaron sin alimentos buscaron al comienzo pacíficamente que las otras les compartan los suyos, y luego de manera violenta. Cuando la situación se puso extremadamente agresiva, hubo quienes intentaron subir a los barcos para escapar a continente, pero la desesperación del humano, muestra que somos la única raza con ansias de autodestrucción, los grupos que quedaban afuera los atacaron hasta hundirlos, de esta forma quedaron varados para siempre en estas heladas tierras. El último contacto se tuvo con una base rusa que relataba que ya no sabían de nadie más con vida, el histórico registro dice lo siguiente:

"*el sol ya no sale en el este, la última bala que nos quedaba la usó Dimitri sin preguntarme hace unos días, al menos su cuerpo me sirve para que los osos se entretengan un poco*

mientras intento pescar. Creo que no queda nadie con vida en todo este congelado continente, la última vez que supe de alguien fue hace más de seis meses, lamento haberlo matado, envidio su suerte. Si no vienen por mi quemaré este lugar conmigo dentro, no seré alimento de las bestias, no merezco ese final.”

Por último detallaré la suerte que corrió América. El primer país en quedar sin red eléctrica fue Ecuador, quien tras la idea de terminar la cuarentena, tardó sólo setenta y siete días en extinguirse como Estado, casi todas las fuerzas de seguridad abandonaron su puesto de trabajo y comenzaron a “colaborar” con las olas de saqueos. Se desconoce el paradero de Lenin Moreno, que si bien se sospechó que fue asesinado, nunca más se supo de él. Esto ocurrió a fines del año 2024, sus países vecinos tuvieron que aplicar una brutal represión en sus fronteras para evitar lo inevitable, la ola de migración.

Colombia, luego Venezuela, le siguió en efecto. El Caribe aguantó un poco más, pero no mucho gracias a los miles de norteamericanos que migraban en sus barcos a estos países buscando la salvación. Uno tras otro los paraísos caribeños se trasformaron en campos de hambre y muerte, no tardaron mucho en perder todo contacto con el mundo, o lo que quedaba de él para fines del 2026, cuando se cortó el último vínculo con esta región del mundo.

Luego de que Estados Unidos dejará de existir como tal, tras el 2025 cuando el Estado ya no pudo combatir la epidemia y una tres cuarta parte de la población con vida tenía alguna enfermedad letal, no pudo sostener a su ejército unido; esto provocó una ola brutal de mexicanos que desesperados por el infierno vivido en su país tras las nulas medidas tomadas por López Obrador, ingresaron desde el sur acelerando el proceso epidemiológico y de destrucción total del sistema social, la ola de saqueos terminó por destruir una Nación que ya no tenía Estado. Para el año 2027 Estados Unidos era uno de los poquísimos rincones del mundo que aún tenían red eléctrica, pero ya nadie se contactaba. Para mal mayor, un atentado anónimo en 2026 había contaminado los principales canales de agua potable del país, los pocos millones que aún vivían estaban condenados.

Argentina fue quizás el último rincón del mundo donde se respiraba civilización. La política comunitaria obligatoria estaba aún en pie a comienzos del 2027, pero la caída en desgracia de Brasil en 2025, tras el asesinato de Jair Bolsonaro a manos del ejército brasilero, había desencadenado el colapso total de un país que contaba con sesenta millones de personas infectadas y más de medio país saqueando todo lo que encontraba en el camino. Estoy seguro que el ejército no asesinó a Bolsonaro para buscar estabilidad, fue una mera venganza contra el peor presidente de su historia.

Lo cierto es que tras este declive, Argentina ya no tuvo fuerzas para defender su frontera, Chile y Uruguay habían caído en completa desgracia por la pandemia y el regreso de las viejas enfermedades, por lo que no tenían fuerza suficiente para ser una amenaza seria, pero Brasil si, y en no más de tres meses unos doscientos mil brasileros cruzaron por Misiones saqueando todo lo que encontraban a su paso y contagiando a cientos de miles con COVID-19 y otras trágicas enfermedades. Para septiembre del 2027 Argentina entraba en su crisis final, en todo el país se había descontrolado lo que tendía de un hilo, la salud colapsó, la economía comunitaria murió junto a la posibilidad de estabilidad para algún día levantar cabeza. En diciembre finalmente se perdió toda señal con el exterior.

Un simple virus, una simple cepa logró lo que parecía predestinado para toda una raza, su propio exterminio. La única forma que tenía la raza humana de sobrevivir a algo semejante, era mediante la mutua cooperación, algunos lo intentaron, pero el egoísmo y la estupidez de sus vecinos se lo impidieron, era “todos juntos o ninguno”, bueno, parece que ya sabemos cuál fue el camino elegido.

¿Si el mundo se salvó? ¿Si la humanidad logró sobrevivir a la pandemia y se recuperó el perdido estilo de vida? No me lo pregunten a mí, yo fui el último sobreviviente de la

expedición Malvinas, y estas son las últimas palabras que escribí.

TOPOGRAFÍA DE LA PANDEMIA



Wuhan, 1° de febrero hombre cae muerto en la calle y es aislado por prevención.



Control de fiebre enXiaogan.



La falta de insumos llevó a los ciudadanos chinos a improvisar medidas de seguridad para poder salir a la calle.



Mercado de la ciudad de Nanjing.



Personal de sanidad se prepara para desinfectar la Wuhan RailwayStation.



Máquina de desinfección en Chongqing, resultó obsoleta para combatir el virus.


Desinfección de calles de Wuhan, durante la cuarentena.



Caminata precavida en el lago Dishuihu, afueras de Shanghái.



Pasajeros en tránsito del aeropuerto de Shenzhen.



Polideportivo equipado para recibir desplazados.



Subte de Hong Kong, mantenga distancia por favor.

Se terminaron los cuentos y relatos, pero no la cuarentena, así que no te olvides:

¡QUEDATE EN CASA!

"Hasta que alegres lleguen esos ojos
que llorando me hicieron ir a ti,
puedes sentarte, o puedes ir tras ellos.
No esperes mis palabras, ni consejos ya;
libre, sano y recto es tu albedrío,
y fuera error no obrar lo que él te diga:
y por esto te mitro y te corono."

Distribuido por sus autores y Editorial ***Las viudas de Hobsbawm***.

https://www.instagram.com/cuentosyrelatoscortosok/

ISBN 978-987-86-4314-4

9 789878 643144